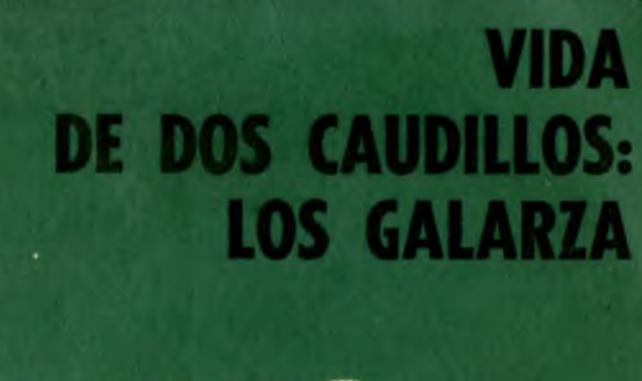


VIDA DE DOS CAUDILLOS: LOS GALARZA

W. Lockhart

ebo

VIDA DE DOS CAUDILLOS: LOS GALARZA

6

VIDA DE DOS CAUDILLOS: LOS GALARZA

W. Lockhart



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
Colección de Bolsillo

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
Yí 1364 Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley — Impreso en el Uruguay — 1968

ADVERTENCIA

Puede resultar oportuno señalar, en primer lugar, que con este trabajo no hemos querido hacer sino lo que creemos más indicado cuando se abordan personajes y acontecimientos nunca estudiados antes: atenerse al documento y al informe, no omitir prácticamente nada de lo así registrado, desplegar el mazo completo de todo lo que llegara a nuestras manos, sin apurarnos por someterlo a interpretaciones o teorías. Lo que no quisimos hacer es por lo tanto ceder a la tentación de establecer y definir épocas y procesos, de superponer analogías y conceptos, con los que se pretende comúnmente, con desaprensión toynbiana o cerrazón sistematizadora, explicarlo todo. Tales conceptos pueden ser muy útiles, en efecto, cuando surgen o se elaboran al final del recorrido, pero se convierten en un enemigo mortal de la ecuanimidad histórica cuando se adoptan como punto de partida, al someter a esquema lo que debe ser materia viva y reconocimiento abierto de todo cuanto forma la compleja trama de lo acontecido. Preferimos renunciar aquí a ese fácil halago de la generalización impresionante, para aproximarnos con todo el respeto y la atención posibles a peripecias que eran hasta ahora tan poco conocidas. Estamos así en condiciones de afirmar que no se encontrará una sola línea de este trabajo que no esté refrendada por documentaciones y testimonios de irrecusable validez, ya que nuestro propósito no fue otro que el de ofrecer una versión ordenada y fiel de un pedazo de nuestra historia que permanecía inexplorado. Apenas si podrá encontrarse nuestro juicio personal en algún pasaje aislado, por otra parte de fácil identificación. Si mi interés por el personaje como tal predominó casi siempre por sobre la eventual intención de adscribirlo a determinantes y

condicionamientos de más vasta validez, atribúyase pues a que, más que explicar y deducir, me atrajo la recuperación de una vida concreta y del clima en que se desarrolló. Esa y no otra es la razón de que esta obra haya nacido en torno sobre todo a un hecho, el asesinato del periodista Coello, pues fue en este hecho en donde aquella vida y ese clima llegaron a su culminación. No sé si el lector más exigente admitirá esa manera de parcializar la intensificación de mi enfoque; puedo únicamente alegar que lo hice con clara conciencia de que obtenía de ese modo el único realce conciliable con la totalidad de los hechos conocidos y con su reordenación según los criterios que esos hechos volvían más plausibles. Creo innecesario aclarar, finalmente, que no se encontrará en mi obra una apología ni nada que se le parezca; no hubo en efecto sombra o sospecha que le ahorrara al personaje, y si en mí pudo privar tal vez una actitud de simpatía, puedo dar fe de que en ningún momento me condujo a deformar los hechos ni el modo de reestructurarlos.

* * *

Hemos utilizado para este trabajo datos extraídos del Archivo General de la Nación, archivos de la Jefatura de Policía, del Concejo Departamental (hoy Intendencia) y del Juzgado Departamental de Soriano, del Archivo Idiarte Borda, del Archivo del General Pablo Galarza (Volumen II del tomo 390) en el Museo Histórico Nacional, colecciones de prensa de la Biblioteca Eusebio E. Giménez (donaciones Jaime Ferrer Olais y Aníbal Seuánez Olivera), de la Biblioteca Nacional, del archivo del diario "El Radical" de Mercedes (donación Jesús Chelle) y del mencionado Archivo Idiarte Borda, correspondencia Pablo Galarza-Rufino Díaz Galarza (1928-1935) en poder del Sr. Oscar Martínez, numerosas publicaciones entre las cuales señalamos "La Revolución Oriental de 1870", de Abdón Arózteguy; "Recuerdos del terruño", de Ramón Montero y Brown; varias obras sobre las revoluciones de 1897 y 1904, como "Sangre de hermanos", "Tupambaé y Masoller", "Campañas del general Benavente", etc., y gran cantidad de testimonios personales, entre los cuales debo mencionar los proporcionados por los vecinos de Mercedes, Luis y Emilio Maglia, Pedro Rosales, Salvador Fuentes, Domingo Troche, Luis Flores, Nicanor Pérez Roubin, Alejo Hounie, Pedro Lozano, Juan José Moreira, Aníbal Seuánez Olivera, Gregoria Samas,

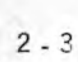
Fermín González Galarza, Justino Pérez, sargento Juan Pereira (asistente de Galarza en 1904), Mónica Galarza, León Machuca, Enero Erosa, Ricardo Rovira, Salvador Sbrés, Fructuoso Méndez Bello, Eliso Olasagasti, Martín Giménez, Víctor Doti, señora Gutiérrez de Lucioni, Eugenio Lisaut, y, en Montevideo coroneles Ordeix, Schultze, Solano V. Lima, Alejandro Sandoval, general José María Gomeza, Capitán de Navío Carlos Olivieri, Federico Fleurquin y Acacia Schultze.

W. L.

1







2 - 3





4



5

FOTOGRAFIAS

EL CAOS Y EL AZAR

Epoca de Rosas: época de pasiones incontroladas, de guerra sin cuartel, de "vivas" y de "mueras" radicales, de miedos que agredían y de odios que contaminaban todo. El departamento de Soriano, convertido en estratégica base de operaciones, hervía de emigrados argentinos. Se urdían planes, se ejercitaban rencores y se gritaban juramentos, en reuniones que eran un escándalo continuo para los atemorizados pobladores de Mercedes y Soriano. En el café de Vilela, modesto rancho de paredes de material y techo de paja situado en la esquina donde hoy se levanta la Biblioteca Giménez, resonaba la palabra encendida de Lavalle, los apóstrofes de Suárez y Olavarría, el consejo elocuente del presbítero De la Peña y de los hermanos Del Carril; allí empezó a encenderse el verbo de Mármol y allí también, en ese singular cenáculo del talento y de la heroicidad, se congregaron, unidas en la desgracia y en el ansia de desquite, otras personalidades de figuración destacada en la Revolución Argentina, como Miguel Cajaraville, el héroe de Suipacha, Gabriel Piedracueva, Martiniano Chilavert, los hermanos Elías, Alsina, Argerich, Vega, Medina, Méndez, Maciel, Peña, Pirán...

La autoridad apenas si podía mantener entretanto una apariencia de orden. Hacía largos años ya que imperaba una virtual anarquía. La Cruzada de Lavalleja no había venido sino a imponer un nuevo dilema del que los Regidores de Soriano, que no sabían a qué santo encomendarse, habían procurado zafarse como me-

jor pudieron. Así fue que mientras el 24 de abril, atemorizados por el sable vibrante de Lavalleja, le juran adhesión a "las fuerzas armadas de la Patria", tres días después, pasado ya el aluvión libertador, le envían un parte de adhesión al Barón de la Laguna, excusando tal demora por "el miedo de que (dicho parte) fuera interceptado".

Jurada la Constitución el 25 de julio de 1830, no siguió rigiendo en realidad otra ley que la fuerza y la arbitrariedad. Soriano vivía en efecto en una encrucijada, tanto geográfica como política, y parecía naturalmente destinado a servir de escenario a los conflictos que se sucedían sin interrupción. Cuota importante en ese sentido les correspondió a los emigrados argentinos, con Olavarría y Lavalle a la cabeza, quienes desde 1830 promovieron sucesivos desórdenes y chocaron en diversas oportunidades con las autoridades constituídas, con el Jefe Político, con el Comandante del Departamento Miguel G. Planes, y con los Alcaldes de Mercedes y Soriano. Como lo expresara años después el general Paz, "los emigrados dirigían virtualmente a la autoridad"; les sobraban para ello energía y capacidad; y les daban así a nuestras contiendas cívicas (Lavalleja levantándose contra Rivera, y Rivera, años después, contra Oribe) motivos adicionales de exaltación y belicosidad. La pasión política, en aquellos años de trastornos contínuos, no podía menos que enconarse y absorber la atención de todos, desde que les iba en ello la vida y hacienda juntamente. Enajenados, en efecto, los bienes de los españoles en 1815, luego los de los portugueses (quienes según el censo de 1824 constituían más de la mitad de la población de Mercedes), confiscados algunos por Rivera y luego otros distintos por Oribe, la ley aparecía como un privilegio exclusivo de los vencedores. Un gran azar —como dice Ezequiel Martínez Estrada— sucedía a un gran caos. No cabían por lo tanto otras virtudes cívicas que el valor y la entereza en la defensa de los propios fueros. Y en esas virtudes debieron ir adiestrándose quienes debían afrontar semejante coyuntura, armados de todas las armas necesarias para subsistir y resistir la acechanza de sus eventuales enemigos.

NACE GERVASIO

El origen de los Galarza ha podido ser claramente establecido. (1) Se sabe así que corre por sus venas sangre española mezclada con charrúa, y no chaná, como se creyó durante mucho tiempo.

Durante las guerras de la independencia llegó a la zona que se conocía como Paysandú un regimiento porteño que mandaba el general Lucio Mansilla. Venía en dicha fuerza el sargento Gervasio Galarza, oriundo de Buenos Aires, hijo natural de Alejandro Galarza y María de la Cruz Caro. Quedó el sargento Galarza afincado a la zona, y allí contrajo matrimonio el 1 de agosto de 1827 con María Buiquiri, india natural de Paysandú, hija legítima de Cornelio Buiquiri y Margarita Vayó; este matrimonio pertenecía a un conjunto de indios asentados en la zona desde hacía cerca de 30 años, en cuyo lapso dieron muestra de mansedumbre y acatamiento a la autoridad. Es de hacer notar que Buiquiri es nombre netamente guaraní, así como Vayó puede suponerse charrúa. El cura vicario de Paysandú, Bernardo Nellu Laviña, declara en la partida de casamiento libro 2do. folio 30 que María Buiquiri Vayó conocía la doctrina cristiana; saber leer y escribir, en ese entonces, revelaba una cultura poco usual, aún entre las damas de más figuración. Firman como testigos Florentina Casas y Gregorio Alanis, antiguo hacendado de Paysandú en cuyos campos trabajaba quizás por ese entonces el sargento Galarza. Consagrada la independencia del país en 1830, el matrimonio Galarza-Buiquiri pasó a residir en Santo Domingo Soriano. Y con ellos venía un tapecito a quien pusieron Gervasio, como el padre. No consta su fecha de nacimiento, pero posteriormente se le atribuyó la de 1824, no sabemos con cuáles fundamentos.

Pasó así Gervasio Galarza Buiquiri su infancia y juventud en una región, que, como vimos, estaba signada por la anarquía y la violencia. Siendo aún muy joven, y desde que había que adoptar una bandera, adoptó la divisa colorada que Rivera hiciera extraer a sus sol-

(1) Plácido Abad, en "La Mañana" del 11 de agosto de 1944.

dados en 1836 de la bayeta de los ponchos. Vivió en el 39 la inquietud que aparejó la entrada al departamento del doloreño Doroteo Véliz, avanzada del invasor Echagüe, su lucha con Anacleto Medina, y luego su muerte, a orillas del arroyo Las Maulas; la exaltación que provocara en el 42 la expedición de Rivera a la Argentina, su desastre en Arenal Grande, el pánico consiguiente, el departamento expuesto a la presunta furia de los federales, de aquellos "monstruos de la humanidad", como los denominara entonces Riobó, Alcalde de Mercedes, en una arenga apasionada que pronunciara en la plaza principal. Y luego la movilización total bajo la mano férrea de Melchor Pacheco y Obes, y la emigración a Colonia, en largas caravanas, de los pobladores aterrorizados... En lo alto de las lomas situadas al sur de Mercedes, los cadáveres de dos traidores mandados ahorcar por Don Melchor, quedaban como pasto de los cuervos; de sus ranchos, incendiados como escarmiento y advertencia, se levantaban dos columnas de humo negro, última visión que les quedara de Mercedes a las familias que emigraban.

NACE PABLO

Empezaba así la que habría de llamarse Guerra Grande, aquel tremendo desquicio de ocho años de lucha sin cuartel que tan indecible desolación trajo a la campaña. El departamento quedó a entera merced del invasor. En enero del 43 Tomás Gómez ocupa así la semiabandonada Mercedes. Pero de pronto debió sufrir el hostigamiento del incansable Calengo Centurión, de Doldán, del teniente Saavedra y de Máximo Pérez, quien afilaba ya sus garras de caudillo. Gervasio Galarza, obligado a servir a órdenes del capitán federal Liborio Acosta, sintió arder en sus venas la pasión que despertara el ejemplo vivo de Rivera y esperó impaciente su oportunidad. No tardó ésta en presentarse. Y aprovechando una distracción de los rosistas, se azotó una noche al Río Negro y atinó a refugiarse en los tupidos montes de la isla del Infante. Junto a él escapaba una joven india, María Fleitas, con quien ya compartía

amores y aventuras. Debieron ambos desplazarse de una a otra isla, de acuerdo a los movimientos de los invasores. Y en 1846 nacía Nicasio Gervasio, el primer fruto de esos accidentados amores. Poco después, el 25 de enero de 1848, nacía Pablo; queda constancia de su nacimiento en el libro séptimo de bautismos, foja 16, de la iglesia de Gualeguaychú, bajo la firma del cura vicario Olascoaga y con fecha 28 de octubre de 1851 (fecha en la cual, firmada la paz, pudo Gervasio cumplir tal diligencia). Queda de paso desvirtuada la especie, difundida por el propio Pablo, de que había nacido en el 51, número que utilizaba como marca para sus ganados, y que parecían por otra parte corroborar los quince años de edad que le atribuía el censo efectuado en Mercedes en 1866. Gervasio vivía temporadas en Gualeguaychú, donde residía un hermano de crianza. Nuestra búsqueda se inspiró en una frase que le conocíamos a Mónica Galarza, frase que le dirigiera a su hermano en 1935: "No podés tener 84 años, porque ésa es la edad que tengo yo, y por cierto que no somos mellizos". Comprobada esta última afirmación en una visita que le hiciéramos a Mónica en 1954, un año antes de su muerte acaecida a los 104 años de edad, no nos restaba sino confirmar nuestra presunción, lo que pudimos hacer por gentileza de las autoridades eclesiásticas de Mercedes y Gualeguaychú. Terminemos diciendo que, ante las palabras de Mónica, Pablo se limitaba a sonreir; puede suponerse que no ignoraba la verdad, pero que se complacía en disimular en algo su avanzada edad.

AÑOS DE LUCHA

Gervasio no pudo frecuentar otra escuela que aquella vida salvaje y acosada que le imponían las circunstancias. Hostigado sin pausas, corriendo a cada paso incalculables albures, la costumbre del miedo enardeció su valentía, le dio su base natural e inquebrantable, y de ese modo se fue forjando también su sentido moral insobornable, sentido revelado en esos rasgos tan sumarios como definidos que caracterizaban al gaucho

de esa época. Leales hasta la muerte con el amigo, enemigo a muerte del falso y del traidor, aquellos hombres asumían siempre, bordeando a veces la barbarie o incurriendo francamente en ella, una indudable autenticidad humana. Para el criterio moderado propio de tiempos más estables podrán parecer alternativamente inhumanos o sobrehumanos. Pero en tales circunstancias, los excesos, en uno y otro sentido, estaban determinados exclusivamente por la fuerza de las cosas. Juzguémoslos, ya que ello parece ineludible y desde que nada puede escapar a la universalidad de ciertos criterios morales básicos; pero no dejemos de tener en cuenta, y con relieve principal, la coyuntura social en que debieron vivir. Necesario se hace colorear la consideración objetiva de los hechos con una profunda simpatía y hasta con esa pasión que Goethe consideraba necesaria para compenetrarnos íntimamente del acontecer histórico. Lejos de ser contradictorias, esas dos actitudes, la científica y la artística, son igual y mutuamente indispensables si pretendemos que la frialdad de los memoriales se convierta en historia candente y aleccionadora. La verdad histórica requiere, junto al frío escalpelo disector, la cálida y directa percepción del pulso de lo que fuera actualidad irremplazable; percepción que es, que debe ser, en parte ineludible, reconstrucción continuamente sujeta a caución y a revisión. Porque sabemos lo que fuimos a través de lo que somos, pero sabemos lo que somos si sabemos a su vez lo que fuimos en la acción precursora de nuestros antepasados.

* * *

Gervasio debió abrirse paso por la vida como debía hacerlo por entre las espesas arboledas de las islas, entre pánicos y revoluciones, malones y "alarmas" no siempre "admirables", y sabiéndosela ganar también con sus tareas de leñador, domando baguales chúcaros, ayudando en los tropeos y en las yerras, en todas esas tareas camperas por las que siempre conservó invencible inclinación. Porque siempre fue, contra todas las apariencias, amante de la paz y un enamorado de las faenas de la tierra; nunca gozaba más que cuando

echaba la tropa por delante y cuidaba de ella con celosa atención; el destino lo obligó a guerrear y a él se sometió sin ascos; pero en el fondo era manso y cordial, afanoso de convivencias amistosas.

Ya en plena guerra, habría de conseguirse el sustento según vinieran las cosas, pialando en ocasiones algún novillo para desollarlo y después despostarlo con diestros tajos de su facón, y para asar la carne luego de ensartarla en tosco asador de ñandubay, viviendo por lo común en rudas intemperies, cubierto escasamente por el poncho o bajo improvisados ranchejos de varas verdes, alerta siempre ante la posible presencia de algún merodeador. La astucia, el golpe de intuición, la destreza y baquía, resultaban tan indispensables entonces como la fuerza y el coraje. Había que valerse de sus propios recursos, inventarlos cuando era menester. No podía pensarse en recurrir a autoridad alguna: Mercedes en manos de Oribe, Montevideo detrás de un cerco inquebrantable, sólo incursiones esporádicas de Rivera o Venancio Flores podían traer un fugaz simulacro de disciplina. En los interregnos, no había otra autoridad que la de quienes sabían hacerse digna de ella por sus cualidades naturales.

Gervasio se agregó así en un principio a un pequeño grupo que comandaba Juan de la Cruz Ledesma, el temible "degollador", según solían denominarlo sus enemigos. Junto con él operaban Bernabé Ledesma, Canuto Galarza (hermano de Gervasio), el teniente Santos Víbora y los dos Ojedas, emparentados también con los Ledesma. Dicha partida, según lo consigna Mariano Berro en sus memorias, "asolaba Soriano y sus campiñas". Lo cierto es que a aquellos esforzados montoneros, acosados como lo estaban los gubernistas por los federales, no les quedaba otro expediente que vivir del matreraje y la rapiña. Ni pensar en recibir socorros de un gobierno obligado a permanecer agazapado detrás de las murallas de Montevideo. Las estancias habían quedado prácticamente abandonadas, no había ocasiones de trabajo regular, el ganado escaseaba cada vez más y el poco que quedaba era fácil presa de aquellos incansables "cruza-campos", quienes solían vender-

lo a vil precio a los aprovechados compradores que se acercaban a las costas de la Agraciada y de Colonia. En cuanto a crímenes, sí, no pueden haber dejado entonces de cometerse; pero no le faltaba razón a Hudson cuando, enfrentado a nuestra realidad, afirmaba en su "Tierra purpúrea": "No es cierto que las comunidades que con más frecuencia nos horrorizan con sus crímenes violentos sean moralmente peor que las otras. Una comunidad en la que no hay muchos crímenes no puede ser moralmente sana". Matar y morir, en efecto, estaba en el orden de las cosas. La vida es ciertamente sagrada, pero a veces andan muy revueltas las cosas en la tierra. Y aquellos crímenes no eran sino el producto de cualidades que no podían encontrar su oportunidad. La vida, propia o ajena, se apreciaba en poco. De ahí el modo, precisamente, con que le daban su valor: jugándolo todo a una sola carta, buscando en el riesgo ese temple y esa conciencia de sí que no había otro modo de adquirir. Eran grandes vivientes, y por eso aceptaban sin ascos el morir.

Llevando tal género de vida, Galarza y María Fleitas estaban reviviendo el estilo de vida de sus antepasados, reencontraban así la razón de su nostalgia. De origen charrúa los dos, volvieron a vivir como los nómades guerreros cuya sangre llevaban en sus venas. La madre de Gervasio, María Buiquiri, era, como ya dijimos, de sangre charrúa; en su padre, por su parte, se mezclaban las sangres charrúa y española; en cuanto a María Fleitas era también charrúa, con alguna veta española entremezclada; pasó su niñez en Salto, en humildes tareas de servidumbre, y se le atribuye en las partidas bautismales origen entrerriano. Hecha en las rudas tareas del campo —era famosa, por ejemplo, su habilidad para capar potrillos— fue siempre para Gervasio una compañera insustituible. Hija de Dominga Altamiranda y padre desconocido, aparece en alguna partida con el nombre de María Ojeda. Su rostro enérgico, su boca imperiosa, de labios finos y apretados, la mirada franca que muestra en sus últimos retratos, reflejan con elocuencia su carácter firme y decidido. El rostro de Gervasio, en cambio, sus ojos de mirar

abierto y sosegado, su virilidad segura de sí y teñida de condescendencia, dan prueba de su mansedumbre esencial, tanto como de su irreductible fortaleza.

ORIGEN DE SU FAMA

La vida de Gervasio fue pródiga en episodios intensos, y en luchas cruentas. En setiembre del 45 se producía la fuga de Mercedes de más de 300 de sus pobladores. Apoderándose de tres grandes embarcaciones surtas en el puerto, huyeron río abajo y lograron llegar a la isla del Vizcaíno, donde los esperaba nada menos que el glorioso Garibaldi, a cuyas órdenes actuaba Galarza por entonces. Y fue bajo su mando que combatió meses después en la memorable acción de San Antonio; allí fue donde conquistó sus galones de sargento y la consideración respetuosa de sus compañeros.

El 14 de junio de 1846, Mercedes caía al fin ante el embate llevado por Rivera. Pero poco duró la hegemonía gubernista. En enero del 47, en efecto, el pueblo debía ser evacuado, y días después la isla del Vizcaíno bullía nuevamente de ocupantes. La falta absoluta de víveres obligó a los prófugos a caer en malón sobre Soriano; pero la proximidad del enemigo los obligó a una nueva evacuación, debiendo finalmente refugiarse en la isla Martín García, donde habrían de sufrir espantosas privaciones. Galarza tuvo en la emergencia una actuación largo tiempo recordada. Fue él en efecto quien, luego de correr serios peligros, logró traer los víveres indispensables a los prófugos de Colonia y Martín García. Y sólo su arrojo y su conocimiento del terreno le permitieron aliviar la penosa situación que atravesaban los refugiados. La isla de Lobos y Vizcaíno, aquel tradicional refugio de matreros que había sido limpiado meses atrás por su propietario Samuel Lafone, volvieron a constituirse en una base de operaciones indispensables para quienes, como Galarza, conocían al dedillo sus intrincados montes y sus picadas estratégicas. Comandaba entonces esas islas el doloreño Javier Gomensoro, quien, apostado en la isla de Lobos, sin recursos, y bloqueado estrechamente por fuerzas

enemigas, impuso contribuciones ilegales a cuantas embarcaciones nacionales efectuaban el cabotaje con Montevideo; es de suponer la participación activa que debió caberle a Galarza en tales circunstancias.

Allí fue un día a buscarlo, sabedor de su temple, aquel precoz y temerario jefe de montoneras que fue Máximo Pérez. Sucesos no bien aclarados de una adolescencia tumultuosa habían hecho de Máximo un gaucho alzado, y luego, formalizada la guerra, un peleador independiente, reacio a disciplinas, con el cual Don Frutos, Venancio Flores y Calengo Centurión, compañeros de cintillo, apenas si podían mantener contactos que les permitieran coordinar sus movimientos. Al frente de los cien o doscientos hombres resueltos que lo seguían incondicionalmente, Máximo irrumpía como un turbión salido nadie sabía de donde entre las fuerzas enemigas, sembraba el terror en las estancias semiabandonadas, y volvía a desaparecer entre aquellos tupidos montes a cuyo amparo se había acostumbrado a vivir. Durante aquellos ocho años de anarquía vivió de esa suerte; y fue con él con quien Gervasio pudo así realizar un inigualado aprendizaje, endurecer aún más su curtido pellejo de criollo hecho a los avatares de una campaña semibárbara.

NUEVAS LUCHAS

Su hijo Pablo no pudo recibir tampoco en su niñez otro aprendizaje que las tareas del campo, en las que pronto descolló por su destreza en el manejo del lazo y de las boleadoras, así como para jinetear en "redomao" y para toda otra faena que requiriese entereza y decisión. Alto y delgado, de facciones netamente indias, relataba hace tiempo Miguel Scola, estanciero radicado en Casas Blancas, la hilaridad que provocaba en su estancia la triste figura del muchacho. Scola debía imponer su autoridad para que reinara la cordura ante quien, una vez montado en los potros más bellacos, parecía transfigurarse y mostrar ya la pasta inconfundible de su raza. Digamos de paso que durante la Guerra Grande, Scola, amenazado de muerte, debió

esconderse más de seis meses en la copa de un árbol, adonde su esposa iba a llevarle el alimento. Se firmó, al fin, en el 51, una paz que no reconocía ni vencidos ni vencedores. Llegó luego el derrumbamiento de Rosas en Monte Caseros, batalla en la que le cupo a Gervasio relevante comportamiento. Pero nuestra patria siguió debatiéndose entre oposiciones que no podían ser aplacadas por la letra muerta de los tratados. Así, por ejemplo, en el 53 Soriano fue nuevamente escenario de enconados combates, en uno de los cuales resultó muerto a lanzazos el prestigioso coronel Bernardino Báez. En el 56 fue Máximo Pérez, ya todo un personaje, quien levantó el poncho en defensa del gobierno y congregó en torno suyo la nutrida hueste de sus partidarios, alegando la existencia de movimientos revolucionarios que —decía— no estaba dispuesto a permitir. Y se produjo luego la "Hecatombe de Quinteros", de la que Gervasio escapó no sin antes correr serios peligros, con el consiguiente recrudecimiento de enconos que tan lamentable secuela produjo entre las dos familias orientales. Situación, digamos en honor a la verdad, que en vano intentó suavizar el Gobierno de Bernardo P. Berro, electo Presidente en 1860. Los colorados exiliados en su mayoría voluntariamente, peleando muchos de ellos a las órdenes de Mitre en Pavón, Cepeda y en otras ocasiones, urdían silenciosamente su revancha. Y la guerra volvió a estallar, asolando de nuevo nuestra semidesierta campaña.

CON VENANCIO FLORES

En 1863, en efecto, Venancio Flores invadía el país y comenzaba aquella larga campaña de tres años que habría de llevarlo al poder. No relataremos aquí las innúmeras peripecias de aquella nueva guerra entre los dos partidos que tan adentrados estaban ya en la conciencia popular. Diremos solamente que Gervasio, que había sido designado Alférez en el 61, fue ascendido sucesivamente a teniente primero y segundo en el 63 y a capitán en el 64, en mérito a sus servicios a la causa florista. Servicios que no hubiera prestado si no hubie-

ran mediado las instancias de Máximo Pérez, quien, augurándole un porvenir destacado en filas del partido, consiguió al fin que Gervasio dejara el modesto oficio de carnicero que por entonces ejercía.

EL PREMIO DE SU ESFUERZO

Terminada la guerra, elevado Máximo Pérez a la Jefatura del departamento, Gervasio fue designado comisario de Soriano, y recibió además, en pago de sus servicios guerreros, los campos que habrían de constituir la base de sus futuras estancias.

De acuerdo a una disposición del 19 de octubre de 1866, Máximo Pérez, Jefe Político de Soriano, quedaba autorizado para disponer de los terrenos del ejido de Soriano. Uno de los más favorecidos fue Gervasio Galarza, a quien se le otorgaron en enero del 70, nueve cuadras situadas al oeste de la villa; lindando al oeste con el terreno del "finado Lisondo", y al sur "con el que fue de Raimundo Niegas", al norte y este con baldíos (Libro 447, 1849-1869, Archivo G. de la Nación); se le otorgó otro baldío de nueve cuadras en Los Hornos y un sitio de 42 por 25 mts. en plena villa; lindaba al norte con Bartolo Piaggio, al sur con Atanasio Cheveste, al este con María Cáceres y al oeste con calle pública. Su nombramiento de Comisario de Soriano se produjo en enero de 1868. Agreguemos que, como consecuencia de la ola de regularizaciones de matrimonios que impuso la voluntad de Máximo Pérez, el 2 de marzo de 1868 Gervasio Galarza y María Fleitas legalizaron su unión, de la cual ya habían tenido ocho descendientes: Nicasio Gervasio (1846), fallecido en 1862; Paulo (1848); María Mónica (1851 - 1955); Paula Ciriaca (1863); Dominga (1866) e Isidora (1867); un año después de la legalización nacería Gervasio Leopoldino (1869). Fueron testigos del casamiento de Gervasio, D. Raimundo Vega y Doña Domitilia Gadea. A fines de ese mismo año contraía enlace María Mónica Galarza con Bernabé González, sorianense e hijo de Eugenio González y Natalia Malo. Poco después contraía enlace otra hija de Gervasio, Rufina Secundina, (libros existentes en la Iglesia de Dolores).

LA GUERRA CONTRA APARICIO

El conato de levantamiento con que Máximo desafiara la autoridad presidencial del general Lorenzo Batlle, lo contó entre sus más entusiastas sostenedores. Y llegó 1870, año en que Timoteo Aparicio invade a su vez el país tentando la rehabilitación de la divisa blanca.

La actuación de Gervasio en dicha emergencia es conocida ya con más detalles. Dejaba por entonces de ser un oscuro capitán, para constituirse en el jefe natural de su región, imán de voluntades y organizador de las huestes del partido.

En junio del 70 se hace ver por primera vez derrotando a José y Antolín Alvarez en las cercanías de Dolores. Tomada Mercedes en agosto por Anacleto Medina, debió Galarza seguir operando al norte del Río Negro, mandando la vanguardia bajo las órdenes inmediatas de Manuel Caraballo. A fines de ese mismo mes entró al departamento en busca de las fuerzas revolucionarias que estaban reuniendo caballadas para los infantes acampados en Agraciada. Al frente de 700 hombres de caballería, el 4 de setiembre vadeó el paso de la Arena, sobre el San Salvador, quebrantando la guardia allí apostada. A poco ya se estaba tiroteando con las avanzadas del ejército de Salvañach, a las que quebrantó al galope con 200 hombres escalonados y llevándoles la carga al grueso de las fuerzas enemigas, 350 hombres que lo esperaban a pie firme con la infantería al centro, formando cuadro y los flancos protegidos por la caballería. El choque fue enconado. El ala derecha de Salvañach, comandada por Urán y Corrales, logró rechazar el ataque, pero quebrantada el ala izquierda ante el empuje bravío de los jinetes de Galarza, se produjo un desbande general. siendo perseguidos los revolucionarios por más de una legua. Galarza destacó en su parte la "valiente comportación" que tuvieron en la emergencia Luciano Tolosa, "el tigre de Carmelo", y el bravo sorianense Florismán Carbajal. Salvañach logró retroceder en orden con unos cien jinetes, siendo tiroteado de contínuo hasta que pudo refugiarse en Dolores. Allí los infantes de los in-

surrectos se acantonaron en las azoteas, en tanto la caballería, desmontada, bloqueaba las cuatro bocacalles que dan a la plaza. Caraballo, que quiso recoger personalmente los lauros de la jornada, dispuso que Gervasio quedara en la otra margen del San Salvador, en tanto él apostaba sus fuerzas a cuatro cuadras de los cantones enemigos, estableciendo un cerco y formalizando un tiroteo durante todo ese día. Agotadas al fin las municiones, los defensores de la plaza, que ya habían rechazado dos intimaciones de rendición, aprovecharon la oscuridad de la noche para escurrirse entre las fuerzas sitiadoras. Fue recién entonces que pudo intervenir Galarza, pero los revolucionarios ya habían tomado demasiado distancia.

RINCON DE LA HIGUERA

Días después se producía la sangrienta batalla del Corralito: 4.000 revolucionarios de Aparicio derrotaron tras larga lucha a los 4.000 de Francisco Caraballo, cuya ala izquierda integraban las caballerías de Galarza y del carmelitano Tolosa; Tolosa huyó en mitad de la refriega y el ala derecha fue también quebrada, formalizándose entonces una lucha ardorosa cuerpo a cuerpo. Esa noche, Caraballo, derrotado, logró escabullirse luego de violar la palabra que le diera al Jefe de los revolucionarios; perseguido tenazmente, el consejo y la baquía de Gervasio, que conocía el terreno palmo a palmo, le permitió refugiarse en los montes de Soriano, continuando luego la lucha en los tupidos esterales de la isla de Lobos. Se peleó con saña en las espesuras del Rincón de la Higuera, aprovechando el mayor conocimiento de sus angostas picadas; allí fue donde Galarza, combatiendo desde la copa de los árboles, diezmó literalmente la infantería de Bastarrica, incendiando luego el monte y permitiendo así que muchos colorados se salvaran embarcándose o dispersándose; y uno de los que se salvó como por milagro fue el propio Galarza, luego de haber salvado en esa jornada a Caraballo de un desastre que parecía seguro.

NOBLE GESTO DE GERVASIO

El 8 de diciembre, el vapor "Anita", incorporado a la revolución, fondeaba en la boca del Yaguary, donde quedó al acecho de "El Chaná", vaporcito que hacía la carrera desde Mercedes. Ocho revolucionarios apostados en un bote, fingiéndose pescadores, lograron detener y apoderarse de la embarcación. Apercibidos del hecho, los gubernistas, apostados en la isla de Lobos a una cuadra de distancia, lo sometieron a recio tiroteo; las víctimas propiciatorias estaban siendo los pasajeros de "El Chaná", barco que los revolucionarios estaban utilizando de pantalla, pero llegado Galarza al lugar de la refriega, ordenó que cesara el fuego de inmediato. Fue gracias a ese noble gesto que los insurgentes pudieron escapar, no sin antes sufrir nuevos tiroteos de los gubernistas.

OTRAS INTERVENCIONES

Ascendido a teniente coronel, Gervasio logró en 1871 una nueva serie de victorias. Así es como el 13 de enero vence y dispersa cerca de Dolores a una fuerza del comandante Romero, ocasionándole numerosas bajas; el 5 de febrero sorprende y dispersa una partida en el Yapeyú; veinte días después sorprende a Olivera en Don Esteban, al norte del Río Negro, persiguiéndolo a lo largo de cuatro leguas y ocasionándole doce muertes; dos días después derrota a Juan Centurión, matándole 30 hombres y haciéndole una persecución de seis leguas. "Le garanto —dice Galarza en su parte— que no han salido seis hombres juntos. Hoy me voy a ocupar de recorrer su departamento, tengo buenas caballadas y una división entusiasmada."

El 21 de marzo derrota cerca de Fray Bentos a Tránsito Pérez, quién sufrió la pérdida de once hombres. Galarza estuvo a punto de apresar a Enrique Olivera, quien se escapó de entre las manos cuando lo tenía cercado en su estancia. En mayo el departamento de Soriano llegó a estar casi totalmente dominado por los blancos. Pero el 17 de julio se produce la importante

batalla de Manantiales, donde tanto Gervasio como Pablo, este último en acciones que se calificaron de heroicas, volvieron a destacar su proverbial bravura. Veinte días después, luego de cruzar el Río Negro por el Correntino con 200 hombres, Gervasio sorprende al comandante Bellido en momentos en que éste vadeaba el arroyo Corto. Bellido, que apenas si tuvo tiempo de montar en pelo, huyó con el resto de su gente a unirse a los 400 hombres que tenía Urán en el Cololó. Urán no atendió debidamente las advertencias de Bellido, y así fue que dos horas después, Galarza, cayendo como un alud, produjo en sus fuerzas una confusión enorme, sufriendo Urán 70 víctimas entre muertos y ahogados en el Río Negro, y dispersándose el resto hacia el sur.

El 28 de octubre Gervasio volvía a obtener otra victoria derrotando en el Chileno, a unas ocho leguas de Nueva Palmira, a una partida mandada por el capitán Flores, hiriendo a éste y matándole cuatro soldados. Poco después habría de correr serio peligro a raíz de una persecución de que lo hizo objeto en el arroyo Víboras el comandante Alvarez, pero la oportuna y arrojada intervención de su coterráneo Juan de la Cruz Bello Artigas, nieto del prócer, le permitió salvarse de una muerte que parecía segura.

PRIMERAS ARMAS DE PABLO

A comienzos de 1872 Galarza seguía operando junto con Tolosa, habiéndosele encomendado entonces el asedio de Mercedes. Todas estas hazañas, unidas al recuerdo de su actuación durante la Guerra Grande y la Revolución de Flores, hacían que el nombre de Gervasio fuera pronunciado ya con devoción por sus correligionarios de Soriano. En cuanto a Pablo, hizo sus primeras armas en esa campaña a las órdenes de Máximo Pérez como integrante de la División Soriano. Aún recuerda la hija de Aniceto Gutiérrez el encargue que Gervasio le hiciera entonces a su padre: "Si sale jodido, vos mismo lo lanceás". Pero no hubo por cierto necesidad; basta consignar que en esa campaña le cupo

a Pablo el honor de intervenir en la heroica acción del Rincón de Ramírez, donde la gente de Máximo resistió a pie firme, formando cuadro hombro contra hombro, la carga cerrada que le llevó la pujante caballería de Aparicio, increíble hazaña en la que Pablo venía a recoger los primeros lauros de su larga carrera militar. Combatiendo luego en el norte del país, Pablo resultó herido de cierta gravedad. Ostentaba ya el grado de mayor, siendo ascendido en el 72 a ayudante mayor, grado luego suprimido y que era superior al de teniente.

A poco de iniciada dicha campaña, Máximo Pérez, disgustado con la gestión presidencial, liaba sus petates y se radicaba en Entre Ríos. De ahí que al terminar la contienda, en el 72, era el de Gervasio Galarza el nombre que ocupaba ahora un lugar de privilegio entre los colorados de Soriano.

CAUDILLO DE SORIANO

Aunque Máximo Pérez, vuelto poco después de firmada la paz a sus pagos, seguía siendo el Jefe indiscutido, Gervasio, más accesible, más bonachón y más dado a las maniobras políticas que por entonces se estilaban, se convirtió en el factotum del Partido, dispensador universal de gracias y promotor decisivo de candidaturas.

Así fue que Garzón, valga un ejemplo, llegó a ser representante, gracias a sus buenos oficios. No faltó ocasión en que correligionarios inescrupulosos, validos del analfabetismo del caudillo, consiguieron hacerlo firmar listas y adhesiones a determinados candidatos. Pero en los momentos culminantes Gervasio sabía hacer prevalecer su voluntad, como en las elecciones del 72, en las que según relata el cronista de “El Liberal”. (Archivo de Idiarte Borda) Gervasio Galarza, contraviniendo órdenes expresas del Jefe Político Figueroa, luego de congregar ochenta de sus partidarios, se puso a su frente y marchó con ellos a las urnas como un solo hombre. No sin razón lo defendió entonces un cro-

nista: "Si los llevan a la guerra, ¿porqué no llevarlos a las elecciones?".

Poco después, Figueroa publicaba en la prensa una famosa carta, en la que denunciaba los trabajos que hacía Galarza para que se nombrasen comisarios a su sabor. La amistad que los unía a ambos padeció desde entonces un enfriamiento permanente.

UNA PELEA MEMORABLE

La autoridad de Galarza debió enfrentar sin embargo en cierta ocasión una oposición que dio lugar a un memorable suceso. Tal fue el singular encuentro que sostuvo con el bravo comisario de Soriano Isidoro Gué el 7 de enero de 1872.

Todo empezó con un negrito de doce años ("pero con crímenes de cuarenta", agregaban algunos enterados), Margarito Verdún, a quien una tarde le dio por largar su pingo al galope por las calles de Soriano, llevándose por delante a una señora y a un vecino. Perseguido por la policía, el negrito atinó a refugiarse en la casa de Galarza, la que estaba situada frente a la plaza, del lado opuesto al cuartel. Acudió entonces Gué a prenderlo con tres soldados de a caballo; mientras dos de ellos vigilaban el portillo del fondo, Gué reclamó el prófugo a María Fleitas, la cual, en ausencia de su esposo, se vio obligada a acceder. Pero no bien se disponían a retirarse, cuando, avisado del hecho, se vio aparecer a Gervasio, quien increpó duramente a Gué tratándolo de "blanco" e insultándolo en tono airado. Enceguecido, Galarza atacó a facón limpio, acertando Gué a defenderse con su espada, hasta que uno de sus soldados atinó a descerrajar dos tiros, con los que consiguió llamar a sosiego al excitado caudillo. Aprovechó esa coyuntura para sacar a su vez el revólver, y Galarza optó entonces por entrarse en su casa como una tromba, en tanto Gué cruzaba la plaza en dirección a la casa del vecino Viesi. Pero no había llegado todavía cuando volvió a aparecer Galarza esta vez a caballo y lanza en ristre, acometiendo al comisario, quien debió parar con su espada varios lanzazos furibundos. Rodea-

dos por los soldados del cuartel, debió Galarza retirarse de nuevo en tanto Gué iba a juntarse con su amigo Benito Basadoni, quien, junto con varios vecinos, estaba presenciando la pelea desde la puerta de su casa. Pero poco duró el sosiego, pues por tercera vez se apareció Galarza, munido ahora de revólver; luego de insultar a discreción al comisario, advirtió que desde el cuartel, a sus espaldas, se le acercaban varios celadores; optó entonces por retirarse, no sin antes desafiar a Gué a que saliera a pelear fuera del pueblo. Juntó de inmediato varios de sus hombres y salió con ellos a esperarlo; pero Gué prefirió, muy cuerdamente, atrincherarse en el cuartel a la espera de un ataque. El ataque, finalmente, no se produjo. Y al otro día logró escabullirse a Mercedes con el negro en cuestión, terminando aquel enconado triple lance a facón, lanza y revólver, armas que fueron elegidas en un riguroso orden de preferencia gaucha. Pocos días después se anotaba la presencia de Galarza en el teatro, como si tal cosa, mientras Gué, por su parte, daba renovada fé de su valor, allá, por junio del mismo año, en efecto, aprehendiendo al famoso guerrillero Bernabé Ledesma, quien, borracho, había estado a punto de dar muerte al Juez de Paz de Soriano Sugo; Gué había reducido al fugitivo poniéndole el revólver en el pecho, y lo trajo luego atado hasta Mercedes. Pero no pasó un mes sin que Ledesma quedara en libertad, seguramente por intercesión de Galarza, su antiguo compañero de correrías.

Digamos, como justificación de las actitudes del caudillo, que en aquellos tiempos la ley escrita padecía la inconsistencia con que era sostenida por los encargados de aplicarla, y que, debido a ello, la voluntad del caudillo significaba una instancia que resultaba temerario desafiar. Era así común buscar asilo en la casa del caudillo, sometiéndose a su juicio y a su severidad o clemencia paternal. Pretender invadir entonces tal jurisdicción, implicaba desconocer las atribuciones del señor del pago. Era casi una subversión, una ofensa indisculpable inferida al dispensador natural de gracias y castigos. Si Galarza lo hubiera consentido, su ascendiente hubiera sufrido sensibles menguas. Podemos

considerar excesivos sus desbordes, pero no la razón que lo movía, porque era su prestigio de conductor lo que estaba en juego y, sin él, Galarza hubiera tenido que dejar de ser Galarza, es decir, una pieza indispensable en la ordenación de aquella sociedad rudimentaria.

PABLO EN MONTEVIDEO

Era en aquel mismo año cuando Pablo Galarza, apenas "un gauchito bozal", como lo denominara entonces su acompañante Madrid, volvía a Montevideo para estudiar agrimensura, estudios que había comenzado años atrás, y que debió interrumpir en el 70, convocado para pelear contra Aparicio. En la cubierta del "Saturno", uno de los tres vapores de la Compañía Salteña que hacían la carrera trisemanal a Buenos Aires y Montevideo, el porte gallardo y la firmeza de su actitud atraían la atención de todos. Contribuían a ello el amplio pañuelo rojo que usaba a manera de golilla, así como el abigarrado colorido de una serie de anillos de mostacilla que exhibía con vanidosa complacencia. Pablo Galarza, en efecto, fue siempre singularmente afecto a lo que sus enemigos llamarán "arlequinadas"; tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, su atuendo, por su elegancia, por su refinado aunque bizarro atildamiento, tenía que distinguirlo de cuantos lo rodearan, su melena renegrida brillar como ninguna, y lograr así, anunciado por un penetrante olor a agua florida, destacar una personalidad cuyo influjo buscaba irradiar en torno suyo y dejar cumplida constancia de su presencia.

Con ese viaje a la capital, la vida de Pablo habría de entrar en una etapa decisiva. Su padre Gervasio, el viejo caudillo, había decidido abrirle a su hijo horizontes que a él, analfabeto, le estaban vedados, pese al prestigio que había sabido conquistar en el departamento. Y es que las épocas cambiaban, y el veterano caudillo sabía que, sin alguna clase de instrucción, era ahora más difícil abrirse un camino de provecho. Estudió Galarza en el Colegio de los Padres Esculapios,

donde, según testimonio de su compañero Roberto Mendoza, resultó ser alumno aprovechado, aprendiendo pasablemente el francés y hasta algunas nociones rudimentarias de inglés. Su hermano Gervasio no demostró parecida disposición. Pese a la voluntad de su padre, quien deseaba estudiara medicina, realizó solamente algunos estudios de escribanía, pues, como él mismo dijera en cierta ocasión, "únicamente a los trompazos me hubiera recibido yo de médico".(1)

NUEVAS LUCHAS

En 1874 se produce un nuevo levantamiento de Máximo Pérez, acontecimiento que levantó el consiguiente revuelo en sus pagos de Soriano. Gervasio, olvidando en la emergencia los muchos favores que le debía al jefe invasor, se mantuvo fiel al gobierno. Sospechoso sin embargo para muchos, debió declarar expresamente su total prescindencia del movimiento, contra el cual no adoptó sino medidas tan blandas como ambiguas. Derrotado Pérez en el Duraznito y deshechas sus fuerzas, se le encargó a Gervasio su persecución; pero lo hizo de tal modo, yendo siempre por donde el prófugo no iba, que cuando volvió a Mercedes la prensa no dejó de burlarse por su "encarnizada" búsqueda del caudillo, a la sazón a buen recaudo en las costas de Entre Rios.

Y llegó 1875, "año terrible" de crisis y de revoluciones. En julio, bajo la inspiración del caudillo blanco Juan José Díaz Olivera, se sublevaba la Guardia Nacional de Mercedes y estallaba en todas partes la Revolución llamada Tricolor. Dudoso en un principio, la influyente presencia del Cnel. Gaudencio decidió a Gervasio a luchar por el Gobierno, actuando un tiempo junto a las fuerzas del Cnel. Moyano. En cuanto a Pablo, que había debido interrumpir por segunda vez sus estudios, le cupo en Perseverano una actuación destacada, salvando la vida como por milagro, con el pon-

(1) Datos suministrados por Ariosto González y el vecino de Mercedes Alejo Hounié.

cho acribillado por cinco balazos, al pretender extraer las estriberas pertenecientes al General Medina que usaba su padre Gervasio, y que, al caer muerto su brioso caballo árabe, quedaran apretadas contra el suelo. "Llovían balas —relataba Pablo muchos años después—, y cuando llueven, los ponchos atajan algo, pero no todo". La intervención de Gervasio fue en esa campaña muy poco entusiasta, abandonando la lucha a las primeras de cambio. Pablo trabó en esa ocasión conocimiento con Latorre, a quien poco después, según datos desmentidos por otros, sirvió como domador y compositor de caballos de carrera. Pablo ostentaba ya el grado de capitán, y en febrero del 76 se le concedía un destino en la policía de Soriano. Gervasio reactivó en ese año su actividad política, propiciando reuniones en Mercedes de apoyo a Latorre y a favor del llamado a una convención encargada de proceder a la reforma constitucional.

En Montevideo Pablo se hizo pronto famoso por la indumentaria totalmente roja con que se aparecía en todas partes. Santos y el "francés" Courtin solían llevarlo al teatro, donde, sentados en la parte más visible de los palcos bajos, se constituía en un espectáculo fuera de programa. Pero su personalidad acusaba ya características que anunciaban su destino. Así es que cierto día Santos, señalando a Pablo Galarza que estaba limpiando un caballo de Latorre, le dijo a un acompañante: "Mire, amigo; ahí tiene un mozo de su departamento que tiene grandes aspiraciones; va a ir lejos; es hijo del Coronel Galarza".

EL SEGUNDO REGIMIENTO

Esas aspiraciones empezaron a satisfacerse el 22 de marzo de 1880, fecha en la que Pablo fue nombrado ayudante del Ministerio de Guerra y Marina, siendo ascendido a Sargento Mayor un mes después. Cuando la rebelión de M. Caraballo, en mayo del 80, apenas si tuvo ocasión de estrenar su flamante grado. El 14 de octubre de ese mismo año, el gobierno del Dr. Vidal creaba tres regimientos de caballería para el servicio

de fronteras, designando a Pablo el mando del Nº 2. En mayo del 81 el Cnel. Santos lo designa teniente coronel, confiriéndole a Gervasio la efectividad de coronel el 1º de febrero de 1882.

Al poco tiempo Pablo organizó y disciplinó su regimiento hasta convertirlo en una fuerza de eficacia que habría de resultar legendaria. No sólo cuidaba el adiestramiento de su gente sino también su aspecto exterior, renovando a menudo sus "relumbronas chaquetillas", y estableciendo un severo control sobre su comportamiento.

La organización del regimiento se llevó a cabo en Corrales, (Minas de Corrales), perteneciente entonces al departamento de Tacuarembó. Fue, desde un principio, una tarea que Pablo emprendió con la mayor dedicación; fue su obra de arte, un producto integral de su paciencia. Hasta los detalles más nimios, como la empuñadura de los sables (según modificación que propuso en diciembre del 81) fueron objeto de reforma y perfeccionamiento: el tipo de montura, los procedimientos de remonta, doma y adiestramiento de las dos cabalgaduras que, según su resolución de aquella misma fecha, debía tener siempre disponibles cada soldado, las tácticas de pelea, las maniobras de conjunto, todo fue objeto de cuidadosa organización, convirtiendo el regimiento en un ejemplo admirable de destreza y disciplina.

Hallamos un interesante testimonio al respecto en algunas crónicas que escribiera en Mercedes el Capitán español y Maestro de Esgrima Mariano Sabat y Fargas, quien el 17 de julio de 1885 contraía enlace con la joven María Luisa Ercasty, haciendo de padrino en representación del Presidente de la República, el propio Pablo Galarza. Escribe Sabat: "¿Se podría encontrar en Inglaterra o Europa un jinete igual al Tte. Cnel. Pablo Galarza? No; nos aventuramos a afirmarlo. ¿Se conseguiría en aquellos países hacer salir del cuartel para el campo de instrucción a un regimiento de caballería montado en potros casi cerriles y llegar al campo y maniobrar con la precisión y exactitud que lo hizo el Regimiento 2º de Caballería?". Explica luego el por qué Galarza no usaba monturas y

arreos a la europea, lo que requería la existencia de buenos caminos y de puentes; las alteraciones que Galarza introdujo en el recado, —afirma Sabat— facilitan mucho las maniobras de la caballería. "El Jefe Galarza —dice en otro artículo— es un tirador que puede presentarse en cualquier parte y luchar con cualquier escuela; un tirador de primera fuerza [...] Galarza como tirador reúne condiciones de primer orden: es alto, delgado y esconde el cuerpo detrás del guante; luego, es elegante y correcto una vez puesto en guardia. ¿Y las piernas? Sí, amigo mío, las piernas las verás que obedecen como verdaderos resortes. Parte a fondo con la velocidad más veloz, luego tiene la vista como el águila y la mirada penetrante como verdadero criollo. En fin, amigo mío, es el Heredia oriental". Ese año se organizó un asalto en el Teatro a beneficio de las obras del Hospital. Se enfrentaron en primer lugar el joven Gervasio Galarza con Larramendi, anotándose alguna superioridad de parte de este último. El número culminante lo constituyó el asalto sostenido por Pablo Galarza y Sabat, quienes fueron ovacionados después de una lucha en la que ninguno de los dos pudo sacar ventajas.

LAS COSTUMBRES DE PABLO

Jineteando con su marcial apostura en alguno de sus caballos árabes, solía lucir brillantes uniformes, impecable, con su melena rizada sujeta por el kepis, guantes de cabritilla, pantalón color lacre, chaqueta azul bien ceñida y espalderas negras, todo lo cual hacía resaltar el vigor y prestancia de su cuerpo. Orgulloso de su regimiento, lo exhibía en todas las procesiones cívicas y religiosas, ocupaba con él una de las naves laterales del templo en los solemnes Te-Deum de los días patrios, y hasta lo llevaba a las veces, en rigurosa formación, a realizar compras en las tiendas; uno de los más favorecidos en esas ocasiones era Eduardo Espinosa, con tienda en la esquina de San José y 25 de Mayo (hoy Hogar Español), adonde, apenas cobrados los suel-

dos, iba de compras el regimiento en pleno bajo el mando de Galarza. Aunque Espinosa era blanco, llegó a ser años después secretario de confianza de Galarza.

En ocasión de la llegada a Mercedes del Presbítero Juan Pedro Rodríguez, el primer salesiano de nacionalidad uruguaya, Galarza desplegó aparatosamente su regimiento frente al Colegio San Miguel el día de San Pedro, y al son de la famosa banda que dirigía el brasileño Leal, entró a saludar al visitante. Igual despliegue solía gastar ante la casa de una dama nacionalista a la que cortejaba con indeclinable constancia; luego de contentarse durante largo tiempo sólo con verla fugazmente, la cortejada se rindió al fin a tan empecinado galán; queda aún como testimonio del romance la casa que le regaló Galarza en calle Buenos Aires casi Ferrería. Otras muchas aventuras parecidas, alguna vez sin fortuna, le atribuye la opinión, en este punto significativa, del Presbítero e historiador Montero y Brown.

Provocaban general expectativa los ejercicios militares que solían efectuar los 400 integrantes de las cuatro compañías que componían el 2º regimiento. La recia voz de orden de Galarza, trasmitida por los toques vibrantes de los dos clarines, uno blanco y el otro negro, y luego los movimientos precisos, casi coreográficos, de los jinetes, despertaban la admiración de los numerosos curiosos que se apostaban entre los aguaribayes de la Plaza Nueva. Los escolares raboneros eran los más entusiastas y su alboroto arreciaba los días de fiesta patria, a la madrugada, cuando se hacían tres salvas con carabina corta, pues eran muchas las balas que fallaban, y de ellas hacían de inmediato provisión a fin de usarlas en las tradicionales fiestas de San Juan y de San Pedro. Hubo ocasión en que estando Galarza postrado en cama con fiebre alta, sintió dar una salva desordenada; de inmediato se envolvió en su poncho y salió a la plaza, donde ordenó que se repitiera la descarga; así se hizo, y fue entonces como si se disparara un solo tiro.

Era de verse la marcialidad en que desfilaba el regimiento, encabezado por una treintena de "guayaquises" (designación que ya se le aplicara a los célebres

aprendices de Rivera), muchachos dejados de la mano de Dios y de la de sus familias; Pablo los hacía rapar, los adiestraba y endurecía con trabajos especiales y una acertada disciplina, y llegó a formar con ellos su escolta preferida. Apenas amanecido, los llevaba al Dacá con el resto del regimiento, o al "palo alto", en el Río Negro, en donde aprendían a nadar y a manejar las cabalgaduras y luego a manejar el sable, de a pie y de a caballo, maniobras que hacía repetir en plena calle al regimiento entero para solaz y admiración del numeroso público que se congregaba para presenciar el espectáculo. Una de las costumbres de Galarza era la de hacer formar a su gente en los días de lluvia cara al viento, por curtirla de ese modo contra toda clase de inclemencias. Desde las barrancas que se levantaban detrás del lugar donde estaba el cementerio viejo, el pueblo podía presenciar a menudo maniobras, jineteadas, tiro al blanco y simulacros de combate, en los que alguna vez, ante la sorpresa general, el mismo Pablo hubo de caer prisionero de las fuerzas enemigas. Resultó memorable la espantada que pegó en cierta ocasión el caballo de Galarza, un tordillo negro de hermosa estampa que había comprado a unos gitanos, espantada que lo llevó desde la plaza Nueva hasta la alameda de la costa, donde al fin Galarza pudo sofrenarlo con brazo férreo y presencia de ánimo, debiendo para ello arrancarle a su cabalgadura un mechón de crines e improvisarle con ellas un bocado. Pablo, entonces de estampa delgada y nerviosa, parecía una "anguila" —según lo recuerdan algunos testigos presenciales— por el modo con que sus piernas finísimas se prendían al caballo, así como por la presteza y elegancia de que hacía ostentación. Quedan testimonios también de que el rigor que solía imponer a sus subordinados no significaba desconsideración ni abuso ante estos, a quienes rodeaba por lo demás de todas las comodidades posibles, procurándoles buena alimentación y cómodo descanso, preocupándose personalmente porque contaran con sus camas mullidas, jergas de chala, y más adelante, cuando ello fue posible, de lana. Si en algún momento hacía sentir la disciplina con dureza, ello acontecía cuando alguno de sus soldados resultaba penado

por la policía; Galarza no se lo perdonaba y descargaba su enojo contra el infractor, sobre el cual, en algunos casos, hacía descargar también algunos palos. Eran frecuentes las sesiones de esgrima con sus subordinados; habiendo sido tocado en cierta ocasión por un soldado de apellido Albornoz, manifestó su complacencia proponiéndolo para el cargo de sargento.

Los conflictos jurisdiccionales con el Jefe Político, a quien el regimiento tenía que solicitarle permiso cada vez que quería salir a la calle, no dejaban de provocar frecuentes rozamientos, como aconteciera aún en la época en que la Jefatura estaba ocupada por Carlos Albín, amigo dilecto de Galarza. Hubo alguna incidencia digna de especial mención, como la que protagonizó el sargento Sosa; sorprendido en el Zambullón, casa de mal vivir situada junto a la Alameda de la costa, y asediado por la policía a raíz de una trifulca en la que había intervenido, se defendió bizarramente haciendo molinetes con un alambre, hasta que la proximidad de un grupo de sus compañeros del regimiento provocó el alejamiento de los policianos.

El esmero con que Galarza solía rodear la presentación de su regimiento, fue puesto a prueba en tiempos de Herrera y Obes, quien lo mandó llamar un 25 de agosto para que desfilara sabiendo que no disponía en ese momento de vestuario apropiado; Galarza resolvió entonces que el batallón desfilara de civil, y lo que quiso ser, según la intención del Presidente, una exhibición deplorable, se convirtió en una apoteosis, conquistado el público por aquel inesperado desfile de gauchos auténticos.

Al igual que Máximo Pérez y que su padre Gervasio (y que la gran mayoría, digámoslo de paso, de los caudillos de la época) Pablo no era afecto ni al alcohol (salvo algún vaso de buen vino) ni al tabaco. Sus platos favoritos eran la carne y los chorizos asados; fue su costumbre durante muchos años que le trajeran un asador con la carne ya preparada, lo clavaba frente a sí en un viejo sillón destartalado, y de ahí mismo se servía con la sola ayuda de su cuchillo. Gustaba también del guiso con abundante grasa y pimientos, y luego, como postre, una manzana. Era indeclinable su afi-

ción al mate, al que acostumbraba agregar hojas de marcela. A menudo disponía que se efectuaran carneadas en el cuartel a fin de poder proporcionarle carne gratis a las familias pobres que acudían entonces en crecida cantidad. En los días de gran calor gustaba bañarse en un gran tacho de hierro, en tanto algunos de sus hombres le echaban baldazos encima. Luego de la siesta, arrellanado en un sillón, se hacía abanicar con grandes palmas por dos chinas viejas, a la manera de un monarca africano. A la noche solía recorrer la ciudad montado en un petizo a fin de controlar la actividad de los serenos y descubrir las contravenciones a la ley de juegos. Sus diversiones favoritas eran las pencas que se realizaban con frecuencia frente a su casa situada en el actual hipódromo, con jinetes descalzos, de vincha, chiripá y bombacha; gustaba también jugar al billar en la confitería Pujado (donde hoy está la Joyería Rossi). Habiendo un día estallado un incendio en la confitería, allá fue Pablo, sin darse tiempo ni para aperar su cabalgadura, a combatir el fuego a puro balde; expresión, ésta, de su dinamismo; y afán, al mismo tiempo, de exhibirse, como cuando su famosa banda daba conciertos en la plaza. Se quitaban entonces las cadenas que la rodeaban, y Pablo era el primero en entrar con su acostumbrada marcialidad; las chinas, cubiertas sus cabezas con pañuelos rojos, atestaban de inmediato los mejores lugares, en tanto las familias "bien", entre atemorizadas y curiosas, se mantenían a prudente distancia.

AMENAZAS DE INVASION

Las amenazas que se cernían desde todas las fronteras, allí donde Latorre, Máximo Pérez y muchos otros emigrados urdían sus planes de invasión, obligaban a una vigilancia contínua de parte del gobierno. Santos había tomado todas las providencias necesarias, reforzando el ejército, distribuyendo las fuerzas y aleccionando a los jefes, entre los cuales Pablo Galarza, en un departamento tan expuesto a invasiones como el de Soriano, constituía una pieza de fundamental importancia. En

marzo del 81, Galarza le hacía llegar a Santos un informe confidencial: "Máximo Pérez aguarda en Entre Ríos el momento propicio para dar el zarpazo [...] Pero no me dejo fascinar por halagos de tigre que no tiene limadas las garras [...]; le hice presente que, si por un evento, llegan a penetrar en este depto., he de perseguirlos y batirlos hasta exterminarlos". Lo acompañaba en su actitud su padre Gervasio, a quien en una correspondencia de la época se le califica de "hombre de sacrificio y de bolsillo siempre abierto para cosas del partido". En carta dirigida en julio del 81 a Juan Idiarte Borda, le comunica un correligionario: "No hicimos más tachas porque tenemos mayoría"; se cuidaba de esa manera el frente interno con el mismo celo y diligencia que el externo.

Pero Gervasio debía enfrentar una situación particularmente peligrosa, de lo cual da fe una carta que el 4 de marzo Pablo le dirigía a Santos: decía en ella que muchos individuos "que siempre han sido muy afectos al Coronel Pérez" le demostraban ostensiblemente a su "tata" su mala voluntad y se oponían a cuanto éste dispusiera; tales individuos —agregaba— "andan muy orgullosos y tratan de querer asesinarlo", ante lo cual Gervasio, que "no quiere convertirse en un obstáculo", estaba dispuesto a renunciar. Según dice muy bien Pablo, su "tata" no vivía de la espada sino de su trabajo, pero aún así Pablo le escribió disuadiéndolo de su propósito y le envió al alférez Victoriano Varela para que lo respaldara.

EL MITO DE LA "OBSECUENCIA" DE PABLO

Por esa época se produjo un incidente digno de relatarse y sopesarse. A Pablo se le había encomendado el cuidado de la frontera, amenazada de invasión por las fuerzas de Pintos Bandeira, cuando se le hizo llegar a Santos la denuncia de que el jefe oriental se había internado en tierra brasileña, en donde habría cometido no sabemos qué arbitrariedades. No conocemos el texto de la carta que le enviara entonces Santos a Galarza, pero sí la respuesta, respuesta que nos muestra

un Galarza muy distinto del jefe obsecuente ante los superiores que algunos pretendían ver en él. Con una firmeza y desaprensión sorprendente, Pablo le escribe el 4 de mayo de 1881 a Santos diciéndole, entre otras cosas: "No estoy dispuesto a permitir alusiones o afirmaciones ofensivas a la Nación ni al honor de mis oficiales; sintiendo que en seis meses que llevo de residencia en este punto, haya sido Ud. el primero que se haya explicado de esa manera poco sólida". Reproche lleno de dignidad y hasta desafiante, dirigido a quien, al fin de cuentas, había sido su principal apoyo. Y agrega luego; "V. E. ha cedido a la exaltación", y "esa carta me parece ambigua y fuera de tiempo". Días después, el 18 de mayo de 1881, Pablo Galarza era ascendido a Teniente Coronel Graduado; así es como se ganaba sus grados el jefe chaná: con sus méritos militares y defendiendo sus derechos con viril altivez, lejos de ese servil sometimiento con que algunos pretendieron caracterizarlo. Semanas después, Pablo, en señal de reconciliación, le enviaba a Santos uno de aquellos magníficos caballos que sabía preparar con mano maestra. El 30 de diciembre le vuelve a escribir explicándole su gestión con minuciosidad, asegurándole recién ahora que no volverá a cruzar la frontera y haciéndole llegar sus protestas de amistad. Le sobraba derecho al caudillo chaná para contestar como lo hizo en cierta ocasión a alguien que lo motejara de "gubernista sin condiciones". "Yo soy gubernista —dijo entonces Pablo— mientras el gobierno se porte correctamente".

* * *

En Soriano, entre tanto, su padre Gervasio recibía el 3 de julio del 81 una carta desde Gualeguaychú del coronel Courtin, quien, deseando asociarse a un nuevo movimiento subversivo, lo invita a conferenciar en Buenos Aires o en Gualeguaychú. Gervasio dio cuenta a Santos de tales gestiones de inmediato y reitera su total adhesión al Gobierno. En esos días Pablo hacía uso de una corta licencia, dejando a su cuñado Ortega al cuidado de la frontera.

En agosto de ese mismo año se produjo la invasión del coronel Simón Martínez. Frustrada casi al nacer, obli-

gó sin embargo a redoblar la vigilancia y a mantener el flamante 2do. de Caballería en pie de guerra. Al mes siguiente, Gervasio Galarza pedía ser relevado transitoriamente de su vigilancia en el departamento; aducía como motivo su necesidad de conducir una tropa de ganado a Santa Lucía; tropero antes que guerrero, no perdía ocasión de delegar sus obligaciones militares para satisfacer su verdadera vocación. En la misma carta le informaba a Santos que se le había presentado el prestigioso comandante blanco Sellanes, quien le había revelado sus "buenas disposiciones", y a quien Gervasio recomienda para Sargento Mayor.

El 2 de junio de 1882, luego de ocho días de viaje desde Soriano a través de Paysandú, regresaba Pablo a Corrales, donde pronto se vio envuelto en conflictos con el Jefe Político del departamento Carlos Escayola. Pablo, según informara a Santos, desarrollaba por entonces una intensa actividad, persiguiendo y apresando a algunos matreros peligrosos que azotaban la región desde hacía un tiempo, y que escapaban de común a la acción de la policía. Tal invasión de jurisdicciones irritó a Escayola, quien mandó citar a Ortega para que declarara acerca del asesinato de algunos mercachifles franceses que no había podido ser develado. Pablo contestó a dicha citación impugnándola por no habérsele notificado primeramente a él, agregando que no esperara a Ortega, pues éste debía cumplir una misión por el arroyo San Luis. Sólo después que Escayola se avino a efectuar la citación como lo exigía Galarza, acudió Ortega a efectuar las declaraciones.

MAXIMO INVADE EL DEPARTAMENTO

En julio de 1882, Máximo Pérez, concretando sus viejos propósitos de revolución, invadía el país al frente de unos pocos hombres. Las intrigas de José M. Gómez, engañando al caudillo chaná con connivencias que no existían, precipitaron una empresa que no podía terminar sino en el fracaso. Durante quince días, Pérez, al frente de los doscientos hombres que pudo reunir, recorrió nuestro departamento acosado por las fuerzas de

Máximo Tajes y de Galarza, sin que llegara a librarse combate alguno. En cierto momento, las fuerzas de Galarza y las de su antiguo jefe se encontraron a corta distancia, a uno y otro lado del arroyo Vera; ambos jefes se apartaron de sus efectivos y se adelantaron a sostener una breve entrevista. Luego de dejar sus lanzas clavadas en el suelo, se aproximaron en lo alto de una loma, en donde se apreció durante varios minutos las siluetas de los dos caudillos. No se sabe a ciencia cierta de qué hablaron; pero Galarza, seguramente, buscaba inducir a Pérez a que abandonara aquella imposible tentativa. Lo cierto es que no hubo combate. Pérez huyó rumbo a la Agraciada y allá se precipitaron Tajes y Galarza; "o lo hago tirar al agua o lo agarro", comunicó Galarza entonces. Pero el viejo zorro logró escabullirse entre los montes, y tomó hacia la frontera del Brasil. Cerca ya de su liberación, cayó muerto de una bala perdida a raíz de una escaramuza con una partida gubernista. Dos días después llegaba Galarza al lugar del hecho y se daba la revolución por terminada.

En octubre de ese mismo año se reunía el Colegio Elector para senador en Mercedes; cuando parecía que iba a predominar la candidatura de Idiarte Borda, se apareció Pablo con la noticia de que "el presidente recomendaba la candidatura de Liborio Echevarría". En carta confidencial a Borda, el jefe Político José Modesto Irisarri clamaba contra tales "recomendaciones de la omnipotencia", agregando que debieron aceptar "a disgusto el candidato de Pablo para no comprometerlo en Montevideo". Pocas semanas después lo ratificaba: "Consumatum est", le escribía a Borda. Convertido en carta de triunfo, Galarza se embarcaba para Montevideo, en donde le fue fácil conseguir que Santos premiara a los obsecuentes; se mencionaba por ejemplo entre ellos a Luis Madrid, a cuyo hijo se le procuró destino en una repartición pública.

JEFATURA POLITICA DE PABLO

En agosto de 1882 Santos le escribe a Pablo Galarza ofreciéndole la Jefatura Política del departamento de

Soriano. Pablo, indeciso, se vino entonces a Mercedes desde Corrales con el propósito de recabar la opinión de Gervasio.

El 24 del mismo mes Pablo le contesta a Santos comunicándola la opinión favorable de su "tata". En la misma carta recomienda a José M. Irisarri para ocupar el cargo de Oficial Primero de la Jefatura. Es del caso aclarar que en el Archivo del General Santos encontramos más de una recomendación acompañada por misivas confidenciales en las que Pablo solía expresarse con total sinceridad; refiriéndose v. gr. a un vecino de Mercedes (octubre de 1882), Galarza expresa que la recomendación la hacía "para sacárselo de encima" y le agrega a Santos que procediese "como le viniera en gana". De manera análoga se manifiesta en otra carta confidencial fechada en julio de 1884, adjunta a una carta oficial en la que recomienda al médico brasileño José M. de Mendouça: "estoy obligado a llenar las conveniencias", le dice bajo cuerda.

Antes de abandonar su campamento de Corrales, Galarza le escribe francamente a Santos pidiéndole su ayuda para saldar sus deudas. Le envía por su parte un cajoncito del cuarzo aurífero que se sacaba de la zona y otro caballo de su soberbia colección. Le solicita también a Santos la destitución de su pariente Eladio Gutiérrez, sub-delegado en Dolores, culpable de haber contraído deudas en nombre del regimiento, y le propone en su lugar a Pascual Valdés. "Seré inexorable —dice Pablo en su carta— y no habrán de detenerme los vínculos familiares ni de ninguna otra clase con quienes incurran en tales faltas". El 31 de octubre le ordena a Gutiérrez que vaya a Dolores a presentar renuncia, dándole veinte días de plazo para que vuelva a Corrales con un inventario completo de las existencias de la comisaría. De vuelta Gutiérrez, Galarza le pidió explicaciones por la demora con que había traspasado sus poderes a Valdés. Galarza, como se ve, imponía disciplina con una severidad que no admitía excepciones ni cortapisas.

En diciembre de 1882, el Regimiento Nº 2, con Pablo Galarza al frente, hacía su entrada en el departamento de Soriano. Como primera providencia, el jefe chaná es-

tableció su base de operaciones en el Paso de la Arena, lugar situado a unas cuarenta cuadras de Dolores, en una barranca sobre el San Salvador. Ordenó la construcción de algunos galpones y casas de material, y en el 84 Santos en persona venía a inaugurar oficialmente el cuartel, al cual se le quiso poner el nombre de Galarza, pero que, a sugestión de éste, se designó finalmente con el nombre del general Fausto Aguilar. Santos fue recibido en Dolores con grandes fiestas y un baile en su honor, baile que el distinguido visitante abrió tomando a la señorita Justina Solari como compañera.

La primer preocupación de Pablo Galarza en su nueva residencia tuvo su origen en la ascendencia que un grupo caracterizado de personalidades de tendencia blanca mantenía sobre la ciudad de Mercedes. "Hay siete u ocho doctores blancos —le escribe a Santos a fines del 82— que nos están haciendo un mal terrible en el departamento". Buscando atenuar tan molesta hegemonía, Gervasio le solicita a Santos en esos días el envío de algún abogado de tendencia colorada, a lo cual Santos contesta enviando al Dr. Benito Cuñarro, más necesario en la emergencia como colorado que como doctor. Se avecinaban días de lucha y era necesario disponer de gente con la cual pudiera contarse llegado el caso.

Pablo, que había contraído enlace en Montevideo con Catalina Linares, y que carecía por entonces de bienes de fortuna, se vio obligado en mayo del 82 a solicitarle a Santos un adelanto a fin de poder comprar la casa situada en Colón y Don Bosco, haciendo cruz al cuartel, casa cuyo costo total era de seis mil pesos. Anteriormente se levantaba en tal lugar el rancho de uno de sus asistentes; Galarza dispuso las reformas necesarias, dándole el aspecto que hoy conserva en sus líneas principales. "Haber si me puede ayudar a comprarla —le escribía Pablo a Santos— aunque después tenga que devolver con lo que Ud. me ayude". Cata Linares hacía una vida más bien retirada; solía pasearse vestida de negro por la Plaza Nueva acompañada por una sirvienta. Vino a vivir con ella una de sus hermanas, cuyo noviazgo con el cocinero de Galarza dio lugar a que éste expresara visiblemente su disgusto.

El 17 de enero de 1883, habiendo renunciado Irisarri

a la Jefatura, Galarza era designado Jefe Político de Soriano interinamente, siendo confirmado como titular en marzo del mismo año. Ya no tenía así motivo para calificar a los policías de "mataperros y gallinas", como, con su peculiar acento entrerriano, solía hacerlo hasta entonces. Mercedes, seccionada desde hacía un tiempo en dos partes irreconciliables (al norte, Irisarri con la policía; al sur, Galarza con su Regimiento), quedaba ahora unificada bajo la irrestricta autoridad del caudillo de Soriano. Pero subsistía la presencia inquietante de los blancos, cuyos trabajos Pablo trató de inmediato de controlar y contrarrestar. Su correspondencia con Santos menudea en informes y opiniones al respecto. "Nuestros adversarios trabajan sin tregua —le escribía en febrero del 83—; los doctores Gil y González Roca (todo un "frailún", según Galarza) reciben mucha correspondencia; tienen un centro masónico (La Logia Armonía) donde se reúnen sábados y martes; me parece más política que masonería". Alternaba con ellos Mariano Pereira Núñez, "buen jesuita", a quien —informa Galarza— no le pierde pisada, haciéndole seguir a todos lados. "El único que es medio vivo —dice, ya más aliviado, en carta fechada el 11 de julio de 1883— es Juan José Díaz Olivera"; "los demás no arrastran a nadie". A Sellanes, a la sazón en Fray Bentos, y al doloreño Francisco Solari, conocido en su pueblo por el "Loco Pancho", no los dejaba tampoco ni a sol ni a sombra. En agosto, Galarza, alarmado, comunica que Díaz Olivera estaba vendiendo vacas y majadas; le anuncia a Santos que "tata" iba a bajar a la capital y que él lo haría después, primero, porque su esposa estaba enferma, y segundo, porque "uno" debe quedar vigilando en el departamento. En ese mismo mes envía una denuncia contra el Inspector de Escuelas Albino Benedetti; lo califica de "blanco enragé" y comunica que está haciendo propaganda "constitucionalista", por lo cual aconseja su destitución sin más trámite, designándose en su lugar a Germán Fasawer, que es "muy superior al Inspector actual". Poco tiempo después, Benedetti resultaba destituído.

Por esa época Galarza pide también el envío de un agrimensor colorado. Otro pedido que le hace a Santos en febrero del 83, apenas instalado en la Jefatura y por

intermedio de Juan Idiarte Borda y de Tezanos, consistió en todos los útiles necesarios a fin de instalar "una imprentita para la publicación de un Diario que responda a los intereses del Partido". En enero del 84 escribía que "los blancos andan desmoralizados", y que Francisco Solari había ofrecido su colaboración al Gobierno, para lo cual pensaba instalarse en Montevideo.

Otra de las primeras providencias de importancia tomadas por Galarza en su nuevo cargo fue la de activar el traslado a Mercedes de los restos de Máximo Pérez. En mayo del 83 se realizaron las exequias fúnebres, rindiéndole Galarza honores militares ante la sorpresa de la prensa montevideana, la cual denunciaba lo que para ella era la improcedente glorificación de un rebelde. Galarza procedió también a reorganizar la policía, consiguiendo de inmediato un refuerzo de 25 guardias y el nombramiento de varios incondicionales como subdelegados en distintos puntos del departamento. Entre ellos figuraba en febrero de 1883 como subdelegado en Soriano el capitán Urbano Machuca, personaje que conviene no olvidemos.

Su inflexibilidad de funcionario se manifestó apenas se instaló en su despacho jefaturial, al comprobar los "gatuperios e irregularidades" cometidos por el comisario de la 4ª sección Angel Alvarez, a quien en febrero del 83, expulsó de la comisaría con cajas destempladas.

LA CRECIENTE DEL 84

En el mes de abril de 1884 se producía la mayor creciente que se haya registrado frente a Mercedes antes de la producida en 1959.

Según crónica escrita por el Dr. José May, se podía pasar desde el bote al balcón del primer piso del Hotel Navarro, luego local de la Intendencia, en las actuales Avda. Asencio y Colón. Hubo muchas pérdidas de vidas y de bienes (habitaciones, ganado, carbón, etc.); y para colmo de males, la creciente coincidió con una gran epidemia de viruela, lo que dificultó la evacuación de los damnificados. Fue entonces que la población pudo admirar la diligencia y el arrojo de Pablo Galarza, quien

intervino personalmente en el salvataje de muchos enfermos. Debió arrostrar entonces situaciones de sumo riesgo. Montado en caballos especialmente entrenados, socorrió a muchas personas; se le vio venir muchas veces, poniéndole el pecho a la corriente, con un montaraz agarrado de las crines y otro de la cola; debe saberse que el manejo del caballo en tal emergencia requiere singular maestría, saber conducirlo con suaves palmadas, sin recurrir para nada al freno, lo que provocaría la espantada del animal. Galarza dispuso que las víctimas fueran alojadas en las casas del centro, "estuvieran o no ocupadas", auxilió con recursos a muchos de los perjudicados, y conquistó en suma tal aprobación y aplauso, que un grupo de vecinos decidió concretar el agradecimiento popular formando una Comisión de Homenaje. Esta Comisión resolvió regalarle una medalla de oro y un álbum y rendirle un homenaje que alcanzó extraordinarias dimensiones. Se organizó una manifestación que partió del Colegio José Mª Campos con banda de música al frente, siendo recibida en la Plaza Nueva por Galarza, a quien rodeaba su oficialidad. El Dr. Pittamiglio, Juez Letrado del Dpto., pronunció un largo discurso alusivo; luego tomó la palabra el Dr. Escolástico Imas, quien expresó que se congratulaba al ver el modo con que actuaba la autoridad; "no soy oposicionista por sistema —dijo— ni quemo incienso por adulación", elogiando "la honradez, la abnegación y el desprendimiento" de Galarza. Este contestó con una breve y sentida alocución, en la que dijo que "no sabía como agradecer tanta honra", y que "no había hecho más que cumplir con su deber". Cerró el acto José M. Campos, quien le entregó la medalla y un álbum, y ya oscurecido, regresó la comitiva escoltada por el escuadrón.

Creemos de interés reproducir íntegramente la carta en la que Galarza comunica a Santos los efectos de la creciente.

"Confidencial. Sr. Presidente de la República Brigadier General Don Máximo Santos.
Mi estimado General:

Una nueva calamidad fortuita ha venido a sobresaltar los ánimos de los moradores de esta ciudad y que aun-

que someramente llevo a su dominio que son sensibles las pérdidas que irroga a numerosas familias que habitaban sobre las riberas del Río Negro.

Las lluvias torrenciales que han reinado han sacado el río de su cauce, el que avanzando sobre la Ciudad ha invadido por algunos puntos hasta cuatro cuadras: los edificios que estaban sobre la costa, las calles Río Negro, Soriano y Paysandú se hallan a flote y sus habitantes han tenido ante el inminente riesgo que abandonarlos.

Para atenuar los efectos y consolar las familias desvalidas y sin recursos he puesto a su disposición cuantos carros, carretas y botes hay en la ciudad y alquilado viviendas para los que han tenido que abandonar sus hogares, prestándoles todo el auxilio de hombres para evitar mayores pérdidas y como lo creía mi deber, noche y día recorrer a caballo con fuerzas del Cuerpo, sacando las familias y, si bien es cierto que la creciente se acentúa en la hora en que escribo, también tengo que participar a V. E. que no ha habido desgracias personales que lamentar, y he procurado por todos los medios a mi alcance auxiliar la desgracia y proporcionarle un albergue a los que de él carecían y recursos a los que lo necesitaban. El nivel del Río Negro es rasante con el de las Casillas aduaneras y en las calles surcan los botes en todas direcciones conduciendo familias y transportando mercaderías, muebles y demás adminículos de los inundados. La opinión general de los habitantes dice hacer un cuarto de siglo que no ha presenciado creciente por el estilo y serán de alguna importancia las pérdidas sufridas en los edificios.

Creyendo en esto como en lo que a la Administración de V. E. se requiere hallar su aprobación, con sentimiento de alta estima me suscribo subalterno afectísimo y SS.

P. Galarza.

Despacho, Mayo 2 de 1884".

Respetuoso con todo lo que fuera representación oficial, Galarza le escribió el 11 de mayo al Presidente Santos consultándole acerca de la conveniencia de aceptar la medalla y el acto público que se le ofrecía, pues,

por su parte, considerada "estemporánea" tal manifestación. Meses después volvía a consultar al Presidente sobre la conveniencia o no de usar dicha medalla en ocasión de celebrarse actos cívicos. Misia Teresita, la esposa del Presidente, contribuyó con 628 pesos para el auxilio de los damnificados.

MEJORAS Y PROYECTOS

La actividad de Galarza no se limitaba a esas espectaculares demostraciones de arrojo. Una de sus preocupaciones dominantes fue la de mejorar el aspecto de la ciudad. Hizo así arreglar y prolongar la calle San José (hoy Roosevelt) hasta unirla al camino a Bequeló; dispuso también el arreglo de las calles 18 de Julio y 25 de Mayo, lo que permitió decir al cronista de "La Reforma" que ya "podía salir del reducido círculo de sus habitaciones", y que "los carruajes podían ahora cruzar la ciudad de uno a otro extremo"; reformó la Plaza Nueva, donde la Banda daba ahora retretas todos los domingos, agregándole bancos y faroles; refaccionó el edificio del cuartel; arregló y hermoseó el cementerio; dispuso y dirigió la construcción de una alameda en la costa, de la que hoy queda solamente un par de bellísimos ejemplares; hizo construir un mercado en calles Asamblea (Artigas) y Maldonado (F. Sánchez); contribuyó con $ 50 y ayudó por todos los medios a la construcción del asilo, y dispuso la creación de un hospital, "inspiración puramente suya", creando un impuesto de $ 0.50 por cada cabeza de ganado que entraba en Tablada a fin de conseguir recursos; al poco tiempo se compraba al Dr. Camps por $ 450 el terreno necesario para levantar la obra. Gestionó y obtuvo la instalación del teléfono por la empresa Ferrari en noviembre de 1885, dando así lugar a innumerables bromas, algunas bastante pesadas, con las cuales los primeros usuarios creyeron oportuno estrenar aquel flamante y sorprendente medio de comunicación. Creó y organizó la Banda de Dolores en 1884, consiguiendo de Santos los instrumentos necesarios y poniendo a su frente a Marcelino Varela ("el petizo Varelita") egresado de la flamante

Escuela de Artes y Oficios creada en Montevideo por Santos, obra para la cual Galarza enviara oportunamente su aporte y recogiera suscripciones. Propuso en el 86 la creación de un médico municipal con el cometido de asistir a la población modesta. En mayo del 84 gestiona la cesión de tierras fiscales para ocupación y explotación por parte de los jefes de familia (abundantes, precisamente, en ese mes de crecientes) sin sitio disponible, así como para los "errantes", nueva y deplorable clase social cuya situación se había agravado en esos años debido en primer lugar a las facilidades que se concedieron para el alambrado de campos; este último pedido provocó algunas fricciones con la Junta Local, presidida a la sazón por Juan José de Zuloaga, la que se negó a ceder para tales efectos las tierras de los ejidos. Las relaciones de Galarza con la Junta, digámoslo de paso, estaban lejos de ser cordiales. Y ello sucedió desde un principio.

Así, por ejemplo, en julio del 83 Galarza propone obligar a los estancieros a que pagasen los caminos, puentes y demás gastos de vialidad que los beneficiaren directamente, cediéndoles en cambio el privilegio del peaje o la devolución del costo hasta que volvieran a manos del Gobierno. Enervado por la inercia de la Junta, poco compatible con su temperamento vivaz y expeditivo, Galarza le hizo saber entonces a Santos que sus miembros se dejaban dominar por "su flema y su inercia" y que nada resolvían; denuncia de paso al secretario Dionisio Viera, figura que años después alcanzaría gran relevancia en filas blancas, quien, según Galarza, "los emponzoñaba" con su irreductible oposición. A raíz de una denuncia elevada por el Dr. Mendouça a la Presidencia acerca de las actividades de Viera, Santos le reprochó a Galarza la destemplanza con que procedía su "recomendado"; Galarza se sacó el cargo de encima anunciándole a Santos que desde ese momento adoptaría la norma de "no empeñarse por nadie". No dejaba, sin embargo, de seguir recomendando a alguna gente de su confianza; recomienda así al escribano Rito Castellanos para que sustituyera al actuario del Juzgado Evia, enfermo por entonces, a Florentino Razquin para el correo de Soriano, y al capitán Tavera para que fuera

agregado a la Plana Mayor de su Regimiento, aún cuando no correspondía que figuraran en él militares con graduación inferior a teniente. Recomienda además a un tal Cabrera, quien tenía pendiente una causa judicial, aclarando Galarza: "mi ruego es para el individuo y no para la causa". Galarza hizo en cambio objeto de su censura al Oficial Primero de la Jefatura D'Acosta, quien, habiendo recibido críticas de "La España Federal", había enviado una solicitada firmada por varios vecinos sin haber consultado antes a su jefe. Cayeron también bajo la censura de Galarza los hermanos Vicente y Octavio Muela (no así Miguel, cuya mansedumbre alaba) quienes, según le informa a Santos, andaban siempre trenzados en pendencias, las que amenazaban desembocar en alguna desgracia; los acusa de cometer fechorías y de abusar de su autoridad, actuando con "terquedad y aspereza", "cosa que no permitiré", termina diciendo, "por más correligionarios que sean". Pero así como era inflexible en el contralor de sus subordinados, Galarza sabía justificarlos en las debidas ocasiones, como justificó a Florismán Carbajal y a Bartolomé Leiva, acusados de cometer arbitrariedades en el Monzón, en donde, según Galarza, habían procedido con plausible energía en la persecución de jugadores y maleantes, siendo merecedores de la aprobación de los hacendados de la zona. En cuanto a su ayudante Varela, preso desde hacía un mes por orden de Santos, Galarza intercede por él y manda preguntar si es hora de soltarlo. Por esa misma época le solicita a Santos que destituya a Cataumbert de su cargo en el correo.

Por abril del 84 informaba que su hermano Gervasio, Palacios y Machuca mantenían una estrecha vigilancia en las costas del Uruguay. Y, dato importante, comunicaba también el número de inscriptos registrados en Mercedes, en contestación a un requerimiento de Santos; así es que le informaba que en setiembre del 84 en la 1ª sección había 680 inscriptos, de los cuales sólo habían unos 24 blancos, control minucioso que Santos no dejaba de imponer en toda la extensión de la República.

A fines de 1884, Santos le hacía llegar a Galarza los últimos mil pesos prometidos para el pago de la casa.

Pero regalo de estimación fue el que le hiciera el mes anterior a su padre Gervasio: nada menos que el "Huáscar", aquel noble parejero que usara Máximo Pérez en su última campaña. Invitado para la gran parada militar a realizarse en Punta Carreta el 25 de Agosto, Galarza excusó su inasistencia aduciendo que su caballada estaba flaca e impresentable, que no tenía a quien solicitarle caballos y además que carecía de ropa de parada, y que inclusive la ropa de diario hacía ya cuatro años que no se renovaba. En dicha carta informaba que sólo unos "pocos blancos y algunos colorados expresan descontento y que tanto él como su padre están "dispuestísimos" a demostrar su lealtad. Solucionados los problemas del vestuario y de la caballada, Pablo fue a dichas maniobras, dejando a su padre Gervasio al cuidado del departamento. Gervasio le mandó decir a Santos que prefería quedarse, pero que pronto iría a Montevideo a fin de recibir instrucciones para "la lucha que se avecina". Ese año Pablo le hizo llegar a Santos seis soldados con todas las condiciones y medidas que se exigían a los integrantes de la Escolta Presidencial; entre ellos mandaba al Sargento Píriz, "enérgico como lo son los otros". La actividad política seguía concentrada por esa época en manos de Gervasio, quien en el 84 le mandó pedir permiso a Santos para formar una nueva comisión del Partido Colorado.

Pablo se desplazaba a menudo al Cuartel Aguilar, posición estratégica desde la cual dominaba Dolores, Soriano y Mercedes, y en la que podía recoger informaciones muy útiles para su seguridad y la del gobierno, informaciones que a veces le llegaban desde Buenos Aires, en donde corresponsales oficiosos mantenían a Galarza al tanto de todo movimiento sospechoso. En marzo del 84 Gervasio podía así trasmitir a Santos el proyecto que habían concebido algunos emigrados de volar un cuartel en Montevideo valiéndose del caño maestro. La insurrección del mayor Visillac, en abril del 84, no pasó de ser una fugaz intentona contra la cual Galarza, puesto de inmediato en pie de guerra, no tuvo ocasión material de intervenir.

Los carnavales de 1885 alcanzaron inigualada brillantez, gracias en gran parte a la intervención de Galarza;

contribuyó en efecto a la formación de numerosas comparsas: "Los envidiosos", "Los Pobres Negros orientales", "Los hijos del pueblo", "El lujo de la miseria", "Los estudiantes del 85", "La Improvisada", "Los indios" y otras más, todas montadas a caballo, "con orquestillas de guitarras y flautas". En los desfiles llegaron a participar "hasta 18 carruajes", todo un record de la época. Dichas comparsas tenían por costumbre visitar las casas de familia avisadas al efecto, las que engalanaban los estandartes de los visitantes con coronas de flores y les servían refrigerio. Las fiestas de carnaval culminaban con espectaculares asaltos a lanza organizados por el mismo Galarza. A esos simulacros sucedió una lucha real, pues por esa época se produjo el levantamiento de Gil, de Layera y de Berro, quienes invadieron el país, siendo prontamente derrotados; Galarza, que llegó tarde con su Regimiento, realizó luego un extenso recorrido de inspección a través de varios departamentos. Quincenalmente relevaba las guardias que vigilaban las costas del Uruguay, siguiendo asi órdenes de Santos. Mercedes lo recibió como a un triunfador, y su vera efigie, dibujada por el precoz artista Hermenegildo Sabat, quien apenas contaba once años, fue expuesta en las vidrieras de la Foto Olarau, causando admiración por "su increíble parecido". Trascendió luego, aunque no sabemos con que grado de veracidad, un incidente en el que Pablo Galarza debió enfrentar la reacción de Máximo Tajes. El 31 de marzo del 86, Pablo Galarza, estaba ya a punto de ordenar el decapitamiento del prisionero Teodoro Berro Olascoaga, herido en la emergencia, cuando Tajes le hizo llegar la orden de que lo perdonara; Pablo insistió en su propósito aduciendo órdenes del gobierno, y Tajes le habría ordenado entonces que se presentara ante su escolta en calidad de arrestado por haber puesto en duda el carácter oficial de sus disposiciones.

La gestión jefaturial de Galarza era debidamente valorada por el cronista de "La Reforma", quien encomió "su espíritu progresista y la realización de obras de verdadera utilidad pública"; la ciudad se embellecía con la "continua construcción de edificios"; no dejaba empero de hacer la salvedad de "uno que otro abuso de sus

subalternos", y de alguna medida arbitraria, como un registro injustificado de que fueran objeto una noche los concurrentes al circo.

FIN DE LA ERA DE SANTOS

Conviene hacer notar que por ese entonces los colorados del departamento sufrían la divergencia de algunos de sus miembros más conceptuados, quienes proyectaban construir un partido transitorio, sin distinción de divisas, llamado Partido de la Conciliación. A esas reuniones concurría el joven Antonio P. Coello, por entonces corrector y a las veces gacetillero de "La Reforma". Disuelto el Partido de la Conciliación, pasó "La Reforma" a ser un órgano constitucionalista, encargándose a Coello la redacción en forma permanente de la gacetilla. Debe señalarse también la influencia notable que tuvo la renuncia de Santos, ocurrida el 18 de noviembre de 1886, y el advenimiento de Máximo Tajes, una de cuyas primeras medidas fue derogar todas las disposiciones tomadas en la época de Santos, que limitaban la libertad de prensa. El militarismo sufría por lo demás un rudo golpe con la creación del llamado Ministerio de la Conciliación.

El prestigio de Galarza no obstante, iba en aumento; en diciembre del 84 se le concedía el grado de teniente-coronel efectivo, con antigüedad a febrero del 83, y en febrero del 86 el de coronel de caballería. Con esta misma fecha, su padre Gervasio era ascendido a general de brigada.

Fue por esa época cuando se produjo en Mercedes un pánico memorable. Eran las dos de la mañana, cuando la paz de la noche fue sacudida por vibrantes toques de alarma provenientes del cuartel; se oyó de inmediato resonar un tropel de caballería que atacaba a la guarnición. La conmoción fue tremenda. Los serenos hacían sonar sus pitos desesperadamente; uno de ellos, sorprendido por la caballada, se arrojó al suelo y escondió la linterna.

Se vio gente en camisón huyendo por las calles, y en un velorio que se efectuaba en Carrasquito no quedó

nadie más que el muerto. Al otro día se supo la verdad; Pablo había simulado un ataque al cuartel con balas de fogueo y con la complicidad de algunos de los suyos, a fin de verificar la entereza de la guardia. Pudo así informar al Presidente acerca del simulacro realizado, expresando complacencia por el comportamiento de su gente.

LOS INCONDICIONALES

A fines del 85 aparece un nuevo órgano, "El Hilo Eléctrico"; pocos días después reaparecía "El Republicano". Pero la nota cada vez más señalable la daba "La Reforma", donde Coello, desde la gacetilla, comentaba con creciente desaprensión las arbitrariedades que cometían los subalternos de Galarza. Merecían entre ellas especial atención las cometidas por el capitán Félix Ojeda, hermano del célebre Bernabé Ledesma, terror éste durante muchos años de Fray Bentos y sus alrededores, y muerto finalmente en 1876 a manos de Máximo Santos, luego de sufrir espantosas torturas. En tal oportunidad Ojeda había caído igualmente prisionero, siendo ordenada su ejecución por Latorre; pero el entonces capitán Pablo Galarza había intercedido por su vida y obtenido que se le cediera en calidad de asistente, conquistándose así un servidor de inconmovible fidelidad. "La Reforma" acusaba a Ojeda de haber muerto a puñaladas a un tal Osores por el Duraznito, lo que no impedía que siguiera paseando por Mercedes su figura obesa y arrogante; parecía orgulloso de ciertas "inocentes correrías" que venía de hacer por la frontera, haciendo clara ostentación de su facón y boleadoras. Eran pocos los que podían sostener su mirada, de una dureza que "la hacía semejar a dos puñales".

Junto a Ojeda solía tallar Eladio Gutiérrez, nombrado teniente coronel en el 88; completaban con el entonces mayor Pascual Valdez, el terceto de incondicionales de Galarza, blanco permanente del redactor de "La Reforma". Gutiérrez había sido amigo de la infancia de Galarza, quien le había confiado primero la comisaría de Dolores, y luego la comisaría de órdenes en Mercedes.

Fue acusado, en su primera ubicación, por las gruesas multas con que esquilmaba arbitrariamente al vecindario, actitud que provocó la ya mencionada medida de Pablo Galarza, y en la segunda, por haber apaleado a un joven José Sosa, cuyas declaraciones fueron publicadas por "La Reforma", obteniéndose luego de muchos días de constante crítica que Galarza suspendiera a Gutiérrez en sus funciones. Posteriormente, ya en manos del Juzgado dicho asunto, Sosa, "por la violencia o catequizado por el propio Galarza y por Gutiérrez", se retractó de su denuncia. Días después, se le veía a Sosa pasearse por Mercedes, montando un caballo lujosamente enjaezado que pertenecía al mismo Gutiérrez de quién había recibido la tunda en cuestión. Según el gacetillero de "La Reforma", Galarza, sabedor de que existía una denuncia firmada en un primer momento por Sosa y dos testigos "respetabilísimos" de Mercedes, no se animó a reponer a Gutiérrez en su cargo, creyendo más conveniente incorporarlo con grado de teniente-coronel al Segundo Regimiento de Caballería. Gutiérrez, conocido por "El Lobizón", podía seguir así apareciéndose de noche —según afirmaban muchos— transformado en perro, y lucir de día aquella sonrisa suya que metía miedo a cuantos la veían.

Como comisario de órdenes, entró a ejercer funciones en su lugar el mayor Estanislao O'Connor, al cual también se le atribuían historias poco claras. Hombre de bastante edad y escasa estatura, su presencia no era precisamente intimidatoria. El tercer mosquetero, Valdez, había sido adicto soldado de Gervasio y compañero de Pablo en todas sus empresas más o menos militares. Era famoso por su larga melena renegrida que le caía sobre los hombros, melena que recién se cortó al ser colocado por Galarza en el cargo de subdelegado de policía en Dolores.

En junio del 87 Valdés fue suspendido en dicho cargo, acusado de haber retenido sueldos de los guardiaciviles. Explicó en un remitido que lo que había pasado es que había recibido el presupuesto en títulos de Deuda Consolidada, títulos que debieron venderse después a la mitad de su valor.

EL TEMIBLE DOBLAS

Capítulo aparte merece, entre los adictos a Galarza, el mayor Bernardo Doblas, acusado de "haber despachado para el otro mundo, siempre por resistirse a la autoridad, a más de treinta ciudadanos"; "me he visto en esa dura necesidad" era la expresión con que solía justificar tales excesos en sus partes. En aquella campaña que debía vivir en vilo, alerta día y noche contra las acechanzas de los salteadores, Doblas, astuto y denodado, pasando a veces por montaraz, se convirtió en un extraordinario protector de los atemorizados pobladores. De incomparable serenidad y presencia de ánimo, diestro y fulminante en el manejo de su revólver, con el cual era capaz —según se decía— de matar perdices desde su caballo al galope, cumplió memorables hazañas, entre las cuales sobresale el apresamiento del célebre matrero "El Dorado". Informado de que por Arroyo Grande andaba su gavilla de ladrones, allá se fue Doblas viajando por la noche, tal como era su costumbre. Enterado luego de que el malhechor estaba en un baile, Doblas apareció disfrazado de italiano. "El Dorado", sospechando con quien se las había, lo interpeló de pronto: "A ver; hablá en italiano ahora", pero no había terminado de sacar su pistola cuando Doblas, rápido como el rayo, lo fulminó de un balazo. "¿Así que te llaman "El Dorado"? —dijo entonces— pues aquí tenés a un surubí..." En otra ocasión, reclamado por Antonio González Sampayo desde su estancia en Cololó a fin de aclarar algunos robos reiterados de ganados, Doblas, conociendo o no la identidad del culpable, aprovechó que estaba la peonada reunida en la cocina para decir con su pachorra habitual: "El ladrón está en esta rueda; mañana mismo lo voy a mandar a un lugar donde hay muchos cipreses..." Al poco rato se le acercaba un peón, intimidado, y le confesaba de plano sus delitos. Con su copiosa barba que le cubría el pecho enteramente, su rostro regordete y una sonrisa jugueteando eternamente en sus grandes ojos bonachones, con ese aplomo imponente que lo caracterizara, Doblas infundía respeto por la sola virtud de su presencia. Resulta singular el modo como se conquistó la adhesión de Debia, un asis-

tente que lo acompañó como su propia sombra durante muchos años. Doblas había dado muerte al padre de Debia, a quien le informaba poco después: "Ahí quedó muerto tu padre; lo maté yo; tomá este dinero para el cajón". Desde ese día Debia no se separó de Doblas ni para ir a misa, en donde se les veía juntos con frecuencia. Y era este mismo Doblas quien en junio del 86 bajaba a Montevideo llevando consigo una recomendación de Pablo Galarza.

Más allegado a Galarza parece haber sido su cuñado, el mayor Ortega, segundo jefe del Regimiento. Al "gato" Ortega, como se le llamaba comúnmente, lo habían dejado apenas nacido en el zaguán de la casa de Pablo. Recogido y criado por el caudillo, fue luego peón en su estancia del Duraznito, y se convirtió pronto en un temible segundo de su protector. Era alto y apuesto, de carácter impulsivo. Su hazaña más comentada la había consumado en el carnaval del 86. Al pasar entonces a caballo frente a la casa de los Mernies, próxima al teatro, a una de las damas que formaban allí un "cantón" se le ocurrió arrojarle un "jarrito" (según "La Reforma") de agua, "atención" (sic) que Ortega retribuyó sacando su revólver y apuntando amenazadoramente a la autora de la gentileza. Denunciada tal actitud por el arquitecto Alfredo Massüe, pariente de los Mernies, se realizó un careo en el despacho de Galarza, durante el cual Ortega intentó agredir a Massüe espada en mano. Galarza se apresuró a detener en el acto al agresor, pero no pasó mucho tiempo sin que éste fuera nombrado segundo Jefe del Regimiento. Debiendo hacer frente en cierta ocasión al carácter impulsivo de su protegido, llegó a decirle sobradoramente: "a ver vos, que mataste a uno; tomá la espada y matame a mí si podés".

LAS CRITICAS ARRECIAN

En marzo del 84 aparecía otro campeón de los derechos mancillados; se denominaba jactanciosamente "La Palabra Libre", y era dirigido por Marcelino Lara, joven periodista que habría de llenar una época con su nombre; compartía la dirección con Juan Guyot, siendo

ocupada también la dirección ocasionalmente por Antonio González Roca, un blanco de alcurnia y de agallas, y por Carlos Freire, nieto del héroe de la Independencia. No tardaron en aparecer en "La Palabra" protestas variadas contra el apaleamiento sufrido por el súbdito italiano Antonio Beltramo, y contra la "salvaje" agresión cometida por dos hombres de Galarza en estado de ebriedad. "Si algo bueno reconocemos en el Regimiento 2º es la organización y disciplina que le impuso P. Galarza", seguía aún reconociendo "La Reforma". Pero se seguían denunciando incansablemente sus arbitrariedades, entre ellas la de haber citado a una señora que había dejado morir a su marido sin darle asistencia médica; "La Reforma" sostuvo en esa ocasión la peregrina tesis de que dicha señora había estado en su derecho, pues "practicaba, aunque indebidamente, la medicina", y por lo tanto sabía arreglárselas sola.

IDIARTE BORDA

En abril del 84 Galarza le enviaba a Santos un ejemplar de "La Palabra Libre" conteniendo columna y cuarto de calumnias surtidas; le pide además permiso para entablar acción judicial contra Lara, aclarando que el autor del artículo "es un testaferro de Mario Gil, el hermano de Teófilo Gil".

En tal ocasión Pablo fue disuadido de entablar juicio por Idiarte Borda e Irisarri, quienes le enviaron sendos telegramas en tal sentido. Digamos de paso que I. Borda tropezó desde un principio contra la voluntad de Galarza. Expresión de tal oposición la constituye una carta que Pablo le envió a I. Borda el 23 de noviembre del 85; dice en uno de sus párrafos:

"Ninguna novedad en ésta ocurre por el momento, si se exceptúa el rumor cada vez más acentuado de que los padres de la patria por ese departamento han obtenido la concesión de establecer un Trenvía que viene a gravar considerablemente a varias clases trabajadoras".

El motivo de esta tácita reprimenda residía en que, para financiar la proyectada línea de "Trenvía" a caballo que correría desde la Tablada hasta Mercedes, en un

trecho de una legua, se proyectaba recargar en cinco centésimos el kilo de la carne que se pensaba traer por ese medio. E Idiarte Borda era, naturalmente, accionista importante de la compañía de Trenvías. Al mes siguiente, I. Borda le comunicaba a Gervasio su oposición a la reelección de Santos. Y con motivo de las elecciones de 1886, I. Borda le escribía el 17 de enero del 87 a Julio Herrera y Obes censurando a los Galarza por la presión que habrían ejercido sobre el electorado. Según I. Borda, Gervasio habría dicho que Herrera y Obes lo había autorizado para borrar al candidato Julio Lamarca de la lista de los diputados, y así fue como, al abrirse las urnas, el nombre de Lamarca aparecía tachado, figurando al margen el nombre de Vázquez con letra manuscrita. Herrera y Obes le contestó a I. Borda con telegrama en el que expresaba que ya le había hecho llegar su censura a Gervasio por lo que Borda llamara "burdo fraude". Con altibajos y disimulos, la enemistad de Borda con los Galarza se habría de prolongar hasta la muerte del primero.

LAS GUERRILLAS PERIODISTICAS

El inquieto Marcelino Lara resultaba víctima poco después de un atraco que "La Reforma" describió en forma sorprendente; Lara habría sido en efecto amenazado por un desconocido, a quien le ordenó que no se acercara: "No me voy a acercar! —exclamó el asaltante sacando un arma de fuego—; al resplandor del arma —declaró Lara— conocí recién al hombre emponchado de golilla y chambergo: era el Jefe Político teniente coronel Don Pablo Galarza". Distintas versiones parecen confirmar ese hábito del caudillo de salir disfrazado por las noches, según dicen muchos con propósitos de vigilancia. Una noche salía el sargento Santellán del almacén de Mazzuchi, cuando se topó con "La fantasma", figura ensabanada que desde hacía un tiempo traía alborotada a la población; "Así que vos sos La Fantasma: ¡vamos a ver si sos guapo!". "¡Sargento Santellán —contestó el disfrazado— retírese inmediatamente!" "Perdone, mi co-

ronel", balbuceó el sargento, escapando como alma que lleva el diablo.

Aunque el ambiente no parecía muy tranquilo, Galarza daba no obstante muestras ostensibles de su deseo de pacificación. Así fue que a raíz de una denuncia aparecida en "La Palabra Libre" sobre un apaleamiento infligido a un desertor, mandó llamar a su director, que lo era entonces Freire, y luego de tratarlo con la más almibarada amabilidad ("en esos casos parecía una señorita", nos dice quien bien lo conoció), le aseguró que "estaba dispuesto a velar por la seguridad, sin recurrir a medios violentos, para desvanecer los ataques que puedan dirigírsele". Poco después se notificaba que, luego de apresar a un desertor, Galarza le había expresado que "por esa vez" lo eximía de castigo, dejándolo acto seguido en libertad. Otras actitudes análogas tomadas entonces daban fe de su voluntad de paz y tolerancia.

El 18 de mayo salía el trisemanario "La Libertad", sucesor de "El Amigo del Pueblo"; lo redactaban nueve miembros del Club Libertad. Fundado cinco días antes en la casa de la Sucesión Baños (Montevideo esq. Sarandí), eran sus presidentes Gervasio Galarza (honorariamente) y Julio Lamarca. "La Libertad", decía en su primer número, "no dará cabida en sus columnas a manifestaciones de rencores y odios insanos". Aludía a "La Reforma" diciendo que "para esa clase de publicaciones el silencio será nuestra respuesta". Su defensa de Pablo fue de un celo indeclinable. Empezó por defenderlo contra la acusación de haber remitido a un tal Solari a Montevideo, afirmando que dicho Solari estaba complicado en un hecho criminal, y que si lo habían remitido era a pedido de su misma familia. Alaba "La Libertad" el modo con que Galarza reprimía los abusos de los comisarios, y comenta el buen concepto en que se le tenía. En cuanto a la tan cacareada muerte de Máximo Cicao, muerte que se le enrostraba a los hombres de Galarza, recuerda "La Libertad" que Cicao había desertado varias veces, que la última vez se había resistido a un oficial, lo que provocó la pelea y su muerte, y que dicho oficial había sido debidamente enjuiciado. Desaparecida "La Palabra Libre", seguían saliendo

en Mercedes tres periódicos: "La Reforma", "La Libertad" y "La Constitución"; en los tres, reconoce caballerescamente "La Libertad", "no faltan personas bien intencionadas". "La Libertad" desmentía en esos días un rumor echado a rodar por "La Unión Gallega", según el cual Pablo sería sustituído por el Coronel Rodríguez; tal cosa estaba todavía "verde", decía el cronista. Lejos de admitir una decadencia en el prestigio de Galarza, "La Libertad" ponía de relieve el respeto con que trataba a sus adversarios políticos, en una época en que la República era escenario de arbitrariedades de todo orden. Traía así a colación los nombres de Fernández, Solari y González, nombrados comisarios por él y respetados y aplaudidos por todos. Agregaba loas además a su espíritu magnánimo, puesto en evidencia al apresurar la instalación de una "Casa de enfermos", la cual habría de ser dirigida por el Dr. Rivas, en el local donde estaba por construirse el Hospital.

Nueva ocasión de disputas surgió por ese entonces: el 14 de julio se desencadena un tremendo temporal en Villa Soriano seguido de grandes inundaciones, a raíz de las cuales Pablo perdió en su Rincón de la Higuera 400 reses, 200 lanares y 45 equinos, casi todos de raza. Se recolectaron $ 4.365 (de los cuales dos mil donados por el Poder Ejecutivo), y Pablo en persona fue a Soriano a distribuir los fondos entre los damnificados. Y la polémica volvió a encenderse: "La Reforma", sosteniendo que no se habían producido tales daños, y "La Libertad", publicando el detalle completo de los perjuicios sufridos por los vecinos del lugar.

El 9 de agosto del 87, Coello se hace cargo de la sección "Cosas del día". "Sin odio ni rencores en el corazón y dejando a un lado las mezquindades de partido, combatiremos el mal, parta él de donde parta". Así es que el 1º de setiembre denuncia a Ojeda por haber apuñaleado al jornalero Cuenca, y a Galarza por haber tenido preso a un botero que había pasado a un desertor. Cuenca aclara en "La Libertad" que lo sucedido había sido solamente "una farra de amigos"; relata que Nicolás Sifredi y Rufo Guerrero lo habían visitado para recabar informaciones, y que al otro día cayó Coello "con un rollo de papeles en blanco". A todos les reiteró

que se trataba de un mero incidente, que Ojeda era su amigo, y expresa que los enviados de "La Reforma" pretendían hacerle confesar la culpabilidad de Ojeda, cuando el verdadero culpable era él mismo. El 7 de setiembre, "La Libertad", cuya Gacetilla era redactada, entre otros, por Francisco Albín (hijo), trata a Coello de "pantalla chinesca o careta de alambre" que encubre al triunvirato formado por "un guerrero, Sirena de buque y otro que (disparó)" (Guerrero, Sifredi y Bernardino Chans).

LAS FIESTAS PATRIAS

Con motivo de los festejos del 25 de agosto de ese año, Pablo Galarza se hizo ver al frente de su regimiento en exhibiciones que fueron profusamente comentadas. Los fuegos artificiales preparados por el pirotécnico Russo alcanzaron un lucimiento nunca visto. Cerca de cuatro mil personas presenciaron en la noche del 24 la quema de una "caja infernal", un gran castillo y demás fuegos de artificio, Un desfile de más de cuatro cuadras, con dos bandas de música al frente, desembocó en la plaza en medio del estallido de los cohetes y de las exclamaciones de los circunstantes. Las calles Artes y Asamblea aparecían flanqueadas por altos palos envueltos en verdes mataojos y coronados por gallardetes con los faroles venecianos. Llegados a la plaza, adornada con "transparentes" e inscripciones alegóricas, las bandas ocuparon el kiosco levantado sobre el tablado y dieron comienzo a su concierto. En cuando a los particulares, rivalizaron en el adorno del frente de sus casas, destacándose las de Galarza, Pereira Núñez, Camp, Sáez, Fleurquin, Roselló, Soumastre, etc., así como los locales de la Jefatura, la Junta, el Cuartel y el Club Libertad. En el Te Deum que ese día ofició el cura Arrospide, el 2º de Caballería asistió en pleno ocupando una de las naves laterales del templo. Una vez terminado el Te Deum, se procedió a un aparatoso desfile militar. Esa noche se oyeron muchas serenatas en los distintos barrios, y el Club Progreso organizó un baile extraordinario, adonde concurrió Pablo Galarza.

MERCEDES EN LA DECADA DEL 80

Creemos oportuno apartarnos aquí por breve trecho del curso de los sucesos para detenernos a esbozar algunos rasgos del Mercedes de la década del 80, según podemos deducirlos de viejas crónicas, así como del relato que llegaran a hacernos algunos testigos de esos años. Algunos de esos rasgos pueden contribuir en efecto a volvernos más clara la comprensión de los hechos ocurridos entonces.

Dándole la derecha a la versión autorizada del prestigioso Isidoro De María, empecemos por decir que, al acercarse a la ciudad, al viajero de entonces no le llamaba tanto la atención ese cinturón de humildes rancheríos que es hoy lo primero que se aprecia, cuanto "la abundancia de flores, rosas, jazmines de Chile y del país, madreselvas, primaveras y burucuyás" que desbordaban todos los cercos medianeros. Se destacaba luego, apenas se bajaba la loma tras la que se esconde la ciudad, "el blanco y celeste de los edificios, alternando con el verde follaje de los árboles"; y allá abajo, tras las alamedas suntuosas de la costa, el brillo del río y las manchas oscuras de las islas. Reinando por sobre una edificación baja y como acurrucada en aquel suave declive, sobresalía, como única expresión monumental, la bella y elevada cúpula de la iglesia. Se encontraba enseguida el visitante con una red de angostas calles de tosca colorada, las que permitían extender la vista hasta el verde de los campos y de los bosques de las inmediaciones.

El ritmo de vida de la ciudad era lento, de una sueñera verdaderamente pueblerina. Cumplido el rito sagrado de la siesta, que sólo interrumpían los médicos y los perros, empezaban a circular, junto a uno que otro "high life" de levita o jaquet, galera de felpa y cuello hasta las orejas —dice otra versión bastante menos halagüeña— "muchos mendigos harapientos, surgidos de las casas de yuyos de los alrededores". Y era común oír, al bajar la noche, entre el aullido lejano de los perros, "la quejumbrosa sonata de los organillos, anunciando la hora en que funcionaba la "academia", legalmente instalada mediante el pago de elevadas patentes".

Marino C. Berro, en una breve crónica, nos propor-

ciona una imagen de Mercedes que creemos muy ilustrativa: "Son las cinco de la tarde. Casi ningún bicho viviente se ve por las calles de la noble y feliz villa de las Calamidades. Apenas si cuatro o cinco bucéfalos en cada esquina se refocilan dándose soberano atracón de pasto, tomando seguramente por potreros a las canaletas". Y más adelante: "Son las ocho p.m. Los faroleros encienden un farol en la calle Montevideo. Pasa media hora sin novedad alguna. Prenden un farol en el estremo Este de la calle Alzaga. ¡La cosa progresa! Otra pausa de una hora. Pasa a paso de buey un farolero y me pide prestados mis fósforos. Va a encender nuevamente el farol que encendiera antes su colega, y que se apagó por estar demasiado aguado el kerosene de la lamparilla". Agréguense los yuyales invadiendo las aceras, "el olor insoportable de las caballerizas y lecherías, las aguas servidas que van a la calle por las canaletas y los escusados en plena plaza", y debemos reconocer que el título que solía otorgársele a Mercedes de "Ciudad de las Flores" no daba cuenta completa de la realidad.

Uno de los rasgos de la sociedad de esos años que hoy nos resulta más sorprendente y que creemos de interés rememorar aquí, era el de los tremendos obstáculos, externos e internos, que debían enfrentar los pretendientes de entonces, acorralados por hábitos, prejuicios e inhibiciones que convertían al objeto de sus afanes amorosos en una especie de sueño tan inalcanzable como torturante. Gracias debían dar si en el teatro, desde la platea, podían "dragonear a distancia prudencial" a las bellas cazueleras, para componer unos y otros, según el cronista, "una concurrencia selecta de gente que se conocía que había pagado su entrada habiendo comido bien", pues "de los palcos y tertulias se desprendía el ambiente embalsamado por algunas de nuestras elegantes damas, de ésas que llevan el cielo en los ojos y quizás... quizás el polo en el alma, en compañía de varias matronas, en tanto que el resto del coliseo mercedario se hallaba poblado de caballeros"; caballeros que —agrega después— sólo podían admirarlas como a "tiernos pimpollos que rompiendo la corola al calorcito del dulce regazo maternal, forman en

conjunto el coqueto bouquet de los salones". Entre esos salones se llevaba la palma, sea dicho de paso, el del linajudo Club Progreso, emporio de hacendados ricos, así como de médicos y abogados que medraban a su vera, y club que el cronista reverenciaba como "digno de los respetos que merece todo aquello que está revestido de las formalidades inherentes a las rigurosas prescripciones sociales". Agregaba el cronista, como natural apéndice, que el club era también "un altar donde se rinde culto a los tribunos, poetas y distintas manifestaciones del entendimiento humano", convencido de que la cultura no podía ser otra cosa que un lujo de exquisitos.

Aparte de la artillería de largo alcance que la vigilancia de las susodichas "matronas" permitía en los paseos por la plaza, se había logrado hallar por esos años una oportunidad magnífica en las tiendas, pues las bellas habían dado en la flor de concurrir en grupos al atardecer y pedir y mirar "muestritas", siendo atendidas entonces por engallados dependientes, los que a esa hora se atildaban cuidadosamente de jaquet y cuello duro, en tanto los galanes, haciendo tertulia con el dueño, lanzaban furibundas ojeadas a tan turbadora clientela. Recién a las diez de la noche se procedía a la larga ceremonia de apagar las cuarenta o cincuenta lámparas —que tantas había en las tiendas principales— luego de una larga jornada de quince horas de trabajo. Los empleados solían quedarse a comer y a dormir en el comercio, del que sólo salían algunos ratos, con la debida anuencia del patrón, a sentarse en el poste de la esquina, aprovechando alguna eventual inasistencia de clientes. También los domingos de tardecita se abrían las tiendas, como el resto del comercio, desde las siete hasta las diez. En ese día se hacía notar más la asistencia de paisanos, de "amplias bombachas y pañuelo de seda de colores chillones, a media espalda y pasado por debajo del brazo izquierdo, y alpargatas floreadas, bordadas con lanas de colores". El pueblero usaba en general "pajizo", así como "bombilla de cajetilla", como se les decía a unos pantalones que, desde la cintura al tobillo, ceñían la anatomía "hasta la imprudencia". Los baños en la is-

la no daban margen por su parte a ningún posible conato de acercamiento entre los "caballeros" y las "damas"; las zonas reservadas para la mujer estaban en efecto separadas por una tierra de nadie de varias cuadras, lo que dio lugar alguna vez a una severa voz de alerta del cronista: "Sabemos de algunos impertinentes que a la hora del baño van a apostarse al sitio determinado para las señoras, cosa completamente inmoral". Pero el record estuvo a cargo de un grupo de imaginativos, según se nos informa en otro suelto: "Algunos jóvenes tienen la desfachatez de llevar anteojos de larga vista, haciendo uso de ellos en ofensa del pudor de las personas que están con los trajes propios del baño", agregando que "los baños son una necesidad y un eficaz auxiliar de buena higiene", observación muy al pelo en esos años.

Se contaba finalmente con la oportunidad proporcionada por los bailes de copete, tan caballerescos como ceremoniosos, en los que llegaban a armarse a veces lanceros de once cuadros (y por consiguiente de ochenta y ocho bailarines), culminando así la serie de shotis y valses de rigor. A mitad del baile, en carnaval, se estableció la costumbre de quitarse los antifaces, lo que volvía todo más circunspecto todavía. Ni qué decir que, como una consecuencia natural de tan estrictas restricciones, era endémico el lánguido romanticismo de poetas y músicos eternamente enfermos de amores imposibles, lo que el título de un vals, "Tan sólo con mi dolor", sintetizaba sin residuo. En el otro extremo de la gama, hicieron su aparición algunos desaforados agresores callejeros, como lo fuera "El Tocador", especialista en palpaciones clandestinas a damas más o menos desprevenidas. La inconfesa necesidad de buscar un chivo expiatorio, solía descargarse a veces con los curas, rectores expresos de la comunidad; algunos de los sueltos de los que menudeaban en "La Reforma", puede darnos la pauta a ese respecto: "Ayer a las tres de la tarde vimos a Arrospide tomar por 25 de mayo al Sud; ¿A dónde iba el picarillo a esas horas?"

Conviene insistir aquí —pues pueden así explicarse muchas de las invectivas que se le endilgaran a Ga-

larza— el exacerbado sentido de clase con que los gacetilleros de esos años, adscriptos a una estratificación social cuyas bases y sin razones no daban ni el menor indicio de querer vislumbrar, descargaban su desprecio contra toda expresión que les pareciera contraria a los cánones establecidos de distinción y respetabilidad. "Nos vemos desengañados —decía por ejemplo "La Reforma" en 1882— al notar la facilidad con que algunos pierden ese sentimiento de delicadeza que nos distingue de la plebe, pues sólo en esta clase que representa en todas partes la escoria de la sociedad, hemos visto esa tendencia de arrastrarse por el lodo". Expresan del mismo modo el hondo desagrado con que, al pasar ante algunos "garitos" de los alrededores, escucharon "las repugnantes palabras de... ¡Truco!... ¡Ordago!... ¡Mus!... ¡Vale Cuatro!... ¡Retruco!..." Y la indignación llega al colmo ante quienes, ya en lo más bajo de su degradación, "salen a bailar tanto con la repugnante negra como con la mujer blanca", gente, la tal, "alimentada a base de polenta, batata y moñato", capaz de llegar a revolcarse hasta en el inmundo lodazal de una partida de gofo.

Párrafo aparte merece finalmente el pintoresco guardia civil a quien le correspondía conservar un "orden" que no se avenía en realidad muy estrechamente con su muy particular corazoncito. Se comentaba por ejemplo su manera heterodoxa de conducir los presos, "empezando el lance por tomar juntos una o más copitas de bebidas alcohólicas", así como su costumbre de tomarse otras veces reparadores descansos "sentándose en la vereda o en los postes". Y no hablemos de los policías de campaña, "cuatro guachitos que no pueden con el latón", y que, mientras en la pulpería "se tabiaba a raja cincha", permanecían impasibles, sin siquiera el coraje de aplicarse a percibirlo. Eso sí, cuando se producía algún hecho de sangre en la ciudad, era estrepitosamente señalado por una serie en cadena de pitadas, en la cual a veces hacía punta algún almacenero alarmado por reales o presuntas amenazas. Pocos años después, en el 89, no habría pito que valiera ante la amenaza harto real de la crisis, presentando un panorama que el cronista sintetizaba así: "los billetes,

depreciados en un 60 %; el 30 % de los ovinos, muertos en un año; la cosecha, perdida; los sueldos, cobrados con seis meses de atraso; el comercio y la industria, por el suelo". Lo que no impidió que el Día de los Muertos se conmemorara tan ostentosamente como siempre, contándose hasta mil doscientas, entre coronas, ramos y cruces de flores, ofrendados a quienes estaban ya del otro lado de la crisis.

EN LA BRECHA

Retomando el hilo aquí de los sucesos, digamos que la campaña de "La Reforma" llegó a su punto culminante con su editorial del 8 de setiembre titulado "Estamos en la brecha". Acusaba en él a Galarza de exclusivismo y de alentar a sus viejos amigos a consumar toda clase de atentados. Los llamaba esos "individuos de instintos perversos", "gauchos guarangos" que "no vacilan en matar y herir a indefensos ciudadanos, que son el fruto de los "gobiernos personales de Santos y sus amigos". Le pide a Galarza que los deponga, y declara que "en todo terreno lucharemos por la libertad y por la de ellos". Artículo tan imprudente despertó la reacción que era de preverse. "La Libertad" lo censuró acerbamente, tratando de serviles, pillos, beduinos y testaferros a los redactores de "La Reforma", quienes aceptaron todo menos que los llamaran blancos: "¡Desgraciados, dignos de lástima! ¡Ya no saben lo que dicen!", claman. Coello, en sus "Cosas del día", le pregunta a Gutiérrez si "por casualidad" no sabe quien asesinó de un balazo a Erasmo Cruz en 1870 en Soriano. Gutiérrez reacciona contra esa "insinuación", y "La Reforma" suelta entonces una andanada de acusaciones contra Gutiérrez: que había apaleado a unos jóvenes que daban serenatas en Noche Buena; que no reconocía deudas; que había puesto en el cepo a un chacarero que no se sometiera a sus desmanes, etc. etc. Tanto Gutiérrez como posteriormente Valdez, (quien en julio del 87 había sido repuesto en su cargo de Dolores, del que había sido suspendido a raíz de haberlo denunciado "La Reforma" de retener

los sueldos de los vigilantes durante 18 meses) entablaron juicio contra "La Reforma"; pero lo que jamás pudo saberse fue quién había sido el autor de "Estamos en la brecha", artículo cuya paternidad negó Chans, y del cual se responsabilizó finalmente al administrador Gorostizaga.

EDUARDO ACEVEDO

Defensor de "La Reforma" en la emergencia fue nada menos que el Dr. Eduardo Acevedo, quien residía, junto con Chans, Guerrero y algún otro acompañante, en un rancho de material que ocupaba la esquina de Ituzaingó y San José, en la misma cuadra de "La Reforma" y junto a la residencia de González Roca, adonde Acevedo y compañía solían ir a almorzar y a charlar. En cierta ocasión, informado González Roca que Galarza estaba buscando una oportunidad para enfrentarlo, fue a sentarse en un banco de la Plaza Nueva, frente mismo a la casa del caudillo. El enfrentamiento no se produjo. Digamos de paso que Pablo visitaba a menudo a Bernardino Echevarría, probablemente por asuntos de negocios; aún le parece a Lola, hija de Bernardino, ver descender a Pablo de su coche abierto que tiraban dos hermosos tordillos; el objeto de la visita era felicitar a González Roca por su rasgo de coraje.

ACTUACION DEL Dr. ACEVEDO

El período de su vida que exhumamos aquí por primera vez fue el que transcurrió desde fines de 1884, fecha en que estableció su residencia en Mercedes, hasta principios de 1888, cuando regresa a residir definitivamente en Montevideo. El Dr. Acevedo llegaba a Mercedes con un nombre ilustre, con su flamante título de abogado y con sus 26 años pletóricos de empuje e idealismo, y fue así que pronto se constituyó en una figura de singular relevancia dentro del panorama mercedario. Como reconocimiento de sus méritos, en

mayo de 1885 era designado para integrar la Comisión Directiva del prestigioso Club Progreso, en donde tallaban personalidades del fuste del Dr. Mariano Pereira Nuñez, su primer Presidente, los doctores Carlos Warren, Serafín Rivas Rodríguez y Pedro Blanes, los hermanos Teófilo, Luis María y Juan Gil, y muchos otros que sería largo enumerar. El Club Progreso, fundado en 1878, fue la primer institución ateneísta del interior y la primera en disponer de edificio propio —como lo determinara en reciente conferencia, en Mercedes, el Director del Instituto N. del Libro, profesor Ignacio Espinosa— antes incluso que el Ateneo de Montevideo. De ahí la justificada complacencia con que el Dr. Acevedo, designado su Presidente el 5 de agosto de 1885, se aprestara a desempeñar tal cargo, demostrando tanto talento y laboriosidad en el desempeño de su cometido, que vino a convertirse en un puntal imprescindible para la institución. Reelecto así como Presidente en 1886, lo acompañó como Vice Presidente el Dr. Mariano Pereira Nuñez, heredero, como él, de un nombre de gran prestigio, poseedor, también como él, de una inusual capacidad, y fundador, diez años antes, del Club racionalista Fraternidad, cuya secretaría ocupara entonces un joven que se llamaba José Batlle y Ordóñez. Completaban la Directiva del Club Progreso, Lisandro Silvera, como secretario, el Dr. Saturnino Camp, Marcelino Lara, Ildefonso Brugulat, Bernardino Chans, Gualberto Lara y Mario Mernies. A fines de 1887 el Dr. Acevedo preside la Mesa Electoral del Club, declinando su candidatura para el período siguiente, en virtud de haberse propuesto su nombre por el Partido Nacional para la Presidencia de la Junta Económico - Administrativa de Soriano.

El pasaje del Dr. Acevedo por el Club Progreso (cuyo noble edificio, luego reformado, es actualmente sede de la Asociación Rural), se singularizó por el fuerte impulso que le dio a las actividades culturales. Se organizaban entonces, en efecto, frecuentes "sesiones científico - literarias, con la intervención de todas aquellas personas que revelaran alguna inquietud e idoneidad, tales como los hermanos Gil, los doctores Camp,

Warren, Pittamiglio, Rivas y Rodríguez Gallego, Luis Cincinato Bollo, educacionista mercedario cuyos textos de estudio tuvieron gran aceptación, el poeta soldado Bernabé Comes, las educacionistas Flora Zamora, Dolores Amaya, Glafira Francia, María y Julia Bollo, etc. etc. El 9 de diciembre de 1886, el Dr. Acevedo, buscando estimular por todos los medios la actividad intelectual, presentaba un proyecto por el que se establecía un "Torneo Escolar". Podían intervenir en él todas las escuelas del departamento, cuyos alumnos debían desarrollar una serie de conferencias. Se otorgarían quince medallas de oro a los alumnos que más se destacaran y tres diplomas a los maestros de las clases a que pertenecieran dichos alumnos. Con un sentido pedagógico que se adelantaba a la preceptiva de la época, el Dr. Acevedo recomendaba que se premiara, no la cantidad de conocimientos que se exhibieran, sino el desarrollo intelectual que revelaran los educandos. Aprobado el proyecto, celos y suspicacias no bien establecidas impidieron que se concretara en realidad.

Propendió también el Dr. Acevedo al fomento de la biblioteca pública del club, devuelta hace poco tiempo al uso público en un acto de emotiva significación. Llegó a donar con tal motivo ciento cincuenta pesos que cobrara en marzo de 1887 por concepto de honorarios.

En un principio el Dr. Acevedo desarrolló su labor profesional en el escritorio del procurador Bernardino Etcheverría. Su modesta vivienda era un rancho de material y techo de paja que compartía con otros jóvenes, rancho situado en la esquina nord-este de las actuales calles Roosevelt e Ituzaingó, en un sitio contiguo a la residencia de Antonio González Roca, cuya mesa solían rodear los moradores del rancho. Posteriormente el Dr. Acevedo instaló su escritorio en el Hotel de Roma, situado en la actual calle Artigas, entre Florida y Roosevelt. Atendía también numerosos asuntos en Independencia (hoy Fray Bentos), adonde se trasladaba periódicamente. A mediados de 1887 pasó a atender el estudio del procurador Juan J. Mendoza en sustitución del Dr. Carlos Fein, a raíz de haber sido éste designado Fiscal de lo Civil.

UN DUELO RESONANTE

El acontecimiento más resonante dentro de la actuación del Dr. Eduardo Acevedo, lo constituyó sin duda el duelo que debió sostener con Eduardo Díaz Sampayo, personalidad de figuración dentro de la sociedad mercedaria. El padre de Díaz Sampayo, Eduardo Díaz y Sienra, era por entonces representante y concesionario de algunos herederos de Marcos Polo, no precisamente del famoso explorador veneciano, sino de un antiguo estanciero homónimo que se había establecido a fines del siglo XVIII en las márgenes del arroyo Bizcocho. La sucesión de Polo, luego de cinco generaciones, se había enredado de manera inextricable, y el Dr. Acevedo debió emprender "una obra de romanos", según su propia expresión, para lograr desembrollarla. Luego de procedimientos judiciales que amenazaban consumir todo el haber, los representados por Díaz decidieron ceder su parte a Bautista Zabalúa por la suma de veinticuatro mil pesos, solicitándole el Dr. Acevedo a Díaz que fijara él mismo el monto de los honorarios. Se propusieron primero ocho mil pesos, suma que se rebajó luego a la mitad en atención a las circunstancias por que atravesaba el país. Fue entonces cuando, a punto de firmarse el convenio en el escritorio del escribano Francisco Sáez, padre del famoso pintor Carlos F. Sáez, comentó Díaz que el Dr. Acevedo "parecía preocuparse demasiado de los honorarios". Apenas lo oyó, el Dr. Acevedo hizo trizas la escritura, le reprochó a Díaz su actitud y le adelantó su intención de que los honorarios fueran regulados judicialmente, dicho lo cual tomó el portante y se retiró al Hotel Roma, situado a cuadra y media del lugar. Detrás suyo corrió Díaz, quien durante más de una hora debió rogarle al Dr. Acevedo que desistiera de su actitud. Accedió éste finalmente a que validara la escritura, cuyos pedazos debió reunir trabajosamente el escribano Sáez. El episodio, que contamos en todos sus detalles porque nos revela de manera elocuente el temperamento del Dr. Acevedo, no paró allí. Aleccionado en Montevideo por el Dr. Brito del Pino, en efecto, Díaz regresó pregonando que tales honorarios eran una

"explotación", ante lo cual el Dr. Acevedo, y luego de conferenciar en varias oportunidades con el hijo de su cliente Eduardo Díaz Sampayo, quien había venido expresamente desde Buenos Aires, puso de inmediato el cobro de dicho honorarios en manos de los tribunales. Luego de un nuevo viaje a Montevideo, Díaz y Sienra le propuso al Dr. Acevedo que aceptara un pago de mil pesos a fin de evitar los dispendios de un nuevo pleito, a lo que el Dr. Acevedo replicó que tal cantidad "era una limosna que él no recibiría de nadie y menos de Díaz y Sienra". Cansado del litigio, resolvió de inmediato renunciar totalmente a sus honorarios, de lo que se labró un acta en el escritorio de Sáez; pero recapacitando luego, solicitó revocación de su renuncia, con el propósito de que dicha suma fuera entregada a la Comisión Departamental de Instrucción Primaria. A todo esto llegaron desde Buenos Aires cartas ofensivas de Díaz Sampayo, y el Dr. Acevedo terminó por retarlo a duelo.

El lance de honor se llevó a cabo en un predio situado a ocho cuadras de la estación Liniers (provincia de Buenos Aires), actuando el Dr. Juan J. Britos y el coronel Julio Arrué como testigos del Dr. Acevedo, y Eugenio Garzón y Fructuoso G. Bustos de parte de Díaz Sampayo. La elección del arma dio lugar a largos debates, pues se tenían dudas sobre quien había sido el ofensor. El Dr. Acevedo, impacientado por tantas dilaciones, declaró entonces que aceptaba cualquier arma que eligiera su oponente. Sin embargo no pudo ocultar su contrariedad cuando Díaz eligió sable sin punta, pues, según declarara después, pensaba utilizarlo con la técnica del florete, única arma de la que tenía algún conocimiento.

Viéndose en inferioridad de condiciones, el Dr. Acevedo se lanzó de inmediato a la ofensiva. Se efectuaron así tres rápidos asaltos, al fin de los cuales ambos duelistas resultaron heridos casi simultáneamente: Díaz Sampayo en la nariz y en el índice izquierdo, heridas leves pero dolorosas, aparte de una contusión en la frente; el Dr. Acevedo por su parte sufrió en el costado inferior del cuello un tajo de doce centímetros por uno de profundidad, herida que en un principio pareció seria

pero de la cual se repuso prontamente. Años después, en gesto hidalgo, ambos duelistas liquidaban el viejo pleito estrechándose en un fuerte abrazo.

* * *

De regreso a Mercedes, pocos días después del duelo, el Dr. Acevedo debía ocuparse en la defensa del periodista Antonio P. Coello, en un juicio por calumnias que le había entablado el teniente Eladio Gutiérrez, a quien defendía a su vez el Dr. Camp.

COELLO VERSUS GALARZA

El 1º de octubre, "la cofradía de los pícaros" ("La Reforma" dixit) vuelve a sacar "El Republicano" bajo la dirección de Florentino Razquin. "El Republicano" era un semanario dominical que salía desde 1884 redactado por el soldado poeta Bernabé Comes. A raíz de la denuncia de un oficial 2º de la Jefatura provocada "arbitrariamente" por Galarza, dicho semanario apareció un domingo en señal de protesta con sus columnas totalmente en blanco y marginadas por barras de riguroso luto. Posteriormente, sin embargo, dicha hoja se convirtió en una calurosa defensora del caudillo.

El tono de "La Reforma" señalaba frecuentes altibajos. Habiendo denunciado una multa de diez pesos que se le había cobrado a la Compañía de Acróbatas que trabajaba en Mercedes, Coello fue llamado por Galarza a la Jefatura junto con el director de la compañía. Este declaró que había notificado a Coello de ese cobro, pero que después la policía lo había dispensado de pagar. Galarza aprovechó la ocasión para criticar severamente a Coello, acusándolo de llevar armas "para matar sus gauchos"; dirigiéndose a Avelino González, comisario de la 1ª sección, le ordenó: "Ud. señor comisario, en adelante deberá registrar al Sr. Coello, y si le encuentra armas, condúzcale Ud. a la policía". Según "La Reforma", Coello contestó con altivez, escuchando al pasar ante Gutiérrez que éste decía: "Andá nomás que pronto me las pagarás". También estaban presentes O'Connor y Ojeda. Galarza declaró posteriormente que el único co-

nocimiento que tenía de Coello era a raíz de una citación que le había hecho para aconsejarlo con respecto a un duelo que estaba tramitando.

Según comentaba Galarza años después, Coello, ostentando pañuelo celeste, solía pasearse en esos días a caballo, al que anudaba cuidadosamente la cola, por frente del cuartel. Esta provocación resultaba intolerable para la gente del regimiento, unificada por una fanática devoción a la divisa colorada. Se comentó mucho también en esos días un incidente según el cual Galarza, habiendo sentido a unas damas que, al pasar frente a la puerta principal de la Jefatura, lo trataban de "indio", acechó su paso por el portón que da a la calle 18 de Julio y las obligó a entrar por la violencia. En cuanto a Ojeda, esos días comunicaba "La Reforma" que se le había visto tirado frente a la cigarrería del Toro, completamente borracho. Desde "La Libertad" José María Blanch publicaba entre tanto alegatos de elocuencia tan inflamada como retorcida.

ELECCIONES CUESTIONADAS

En ese mes de octubre el club galarcista Libertad procedía a la elección de candidatos a representantes, siendo proclamados Tomás Gomensoro, Julio Lamarca y el Dr. Saturnino Camp. Gervasio Galarza, en son de protesta por no haber triunfado sus candidatos Máximo Fleurquin, Juan Marfetán y Bartolo Sanguinetti, renunció entonces a la presidencia del club, logrando que finalmente se dejara sin efecto la anterior proclamación. El 28 de octubre se procede a una nueva elección con el consiguiente triunfo de Fleurquin, Marfetán y Lamarca; ese resultado determinó que Francisco Varsi, Pedro Soumastre, Francisco Albín (h) y Alejandro Alciaturi renunciaran a la redacción del periódico Libertad, y dió lugar a los correspondientes comentarios, llenos de causticidad, de "La Reforma". Gervasio Galarza era llamado "el gran elector", comentándose las maniobras a que daban lugar las tachas electorales. — Terminaban diciendo: "¡Oh! ¡Cuánto tenemos aún que ver!". "La Libertad", por su parte, adoptaba un tono amenazador:

"La paciencia, como todas las cosas, tiene sus límites: y ante la miserable actitud de ciertos hombres para quienes el insulto procaz y la difamación es el arma favorita, no es de extrañar que tomemos otra actitud y sepamos dar una lección a esos botarates que se esconden tras las columnas de un periódico para desahogar sus despechos con ruines y calumniosos insultos".

"La Constitución", periódico que se imprimía en la imprenta de "La Reforma", denunciaba también casos como el de un cabo que votó en nombre de otro inscripto, de lo cual fueron testigos los vecinos Roselló, Gorostizaga, Lamarca y otros allí presentes. Se atribuía también a influencias de Pablo la sustitución de la candidatura de Boneu por la de Fidel Real para Juez de Paz, y se acusaba de rodear el local eleccionario de Dolores con su escolta en actitud "intimidatoria". Por ese entonces Pablo le enviaba a Santos un telegrama muy ilustrativo: "[...] La Comisión Nacional ha tachado sesenta del Regimiento y pretende ahora que yo facilite pruebas siendo ellos los que por Ley deben probar. Lo pongo en conocimiento de V. E. esperando su ilustrada opinión. Fundan tachas en ser simples soldados". De todos modos quedaba siempre un recurso: dar de baja a los soldados por 24 horas y reincorporarlos una vez efectuada la elección. Gervasio concurrió en tal emergencia a Montevideo, parando en el Hotel Peninsular; allí le llegó la carta de Pablo urgiéndole el regreso ante las amenazas que derivaban de una creciente del Río Negro.

EL CRIMEN

A fines de noviembre, aunque los ataques periodísticos contra Galarza habían amainado mucho al ceder su lugar a interminables debates sobre clericalismo, no dejaban de aparecer algunas breves notas sobre la elección del Juez de Paz en Dolores, la que habría sido realizada bajo la presencia conminatoria de provocadores enviados —según "La Reforma"— por Gervasio Galarza; así es que un artículo del 26 de noviembre contra los "caciques" locales, terminaba patéticamente: "Como era de esperarse y por medio del escandaloso

fraude triunfaron los candidatos oficiales, confeccionados a satisfacción de los Caciques del departamento... Vergüenza, cúbrete el rostro...". En su ejemplar del 25 de noviembre, "La Libertad" renovaba, si no sus argumentos, sus insultos, calificando a "La Reforma" y a "La Constitución" de "verdaderos focos de infección de malas doctrinas incubadas en cerebros enfermos"; denuncia sus "pasiones ruines de preponderancia", "los microbios de sus teorías enfermas" y sus "párrafos atorrantes" propios de "parias de la sociedad y de cínicos de la inteligencia". En el mismo número del 26, "La Reforma" comunica que "el circulito funesto de nuestro departamento" está buscando un "escribidor" para "La Libertad", periódico que entonces salía diariamente, e informa que han conseguido provisoriamente "a Don F. Caracciolo Arata / que hace versos con la pata".

Al día siguiente, 27 de noviembre, Caracciolo formula amargas quejas por el poco aprecio que "La Reforma" demuestra por sus poesías, a pesar de que éstas —dice— han sido reproducidas en "El Siglo" y otras publicaciones; y agrega, utilizando una prosa que no tiene nada de poética: "corresponde que le digamos también que no hagan cuestión personal, porque hay otras vías para ir al asunto si es que buscan el bulto... entienden?..."; Caracciolo, que estaba en Mercedes "de paseo, para defender las ideas del Partido Colorado", trata a los "reformistas" de "cerebros enfermos", y les aconseja: "estudien gramática primero, y después cortesía" con "un huésped que tiene voz autorizada en la prensa montevideana" [1]

Ese mismo día la Compañía circense de Galeano daba una función en el corralón situado en calles Asamblea y Paysandú. En vez de ocupar su lugar habitual en el palco, Pablo Galarza se sentó ostensiblemente junto a Coello, mientras del otro lado hacía lo propio Ojeda y el comisario O'Connor. Coello se levantó entonces empuñando el revólver, declarando luego que con su resuelta actitud había impedido que aquellos lo siguieran.

(1) Este Caracciolo es el mismo que figuraría en 1905 como uno de los asiduos concurrentes a la famosa Torre de los Panoramas de Julio Herrera y Reissig.

Al día siguiente, 28 de noviembre, Coello acudió a presenciar la representación dramática (daban justamente, el drama "Sálvese el que pueda"...) que ofrecía la compañía Ródenas en el Teatro Fleurquin, pero dicha función fue suspendida por orden de Galarza, so pretexto de que se había querido iniciar unos minutos después de la hora. Coello optó entonces por dirigirse al circo. Galarza había prohibido asimismo que se lanzaran cohetes dada la cercanía de las elecciones, medida a la que Coello (según relato que recabamos hace poco tiempo de su hijo Antonio, actualmente residente en Fray Bentos) indujo a desobedecer. Media hora antes de terminarse la función, Galarza, "contra su costumbre" (según él mismo declarara después), abandonaba el recinto. Lo mismo hizo Coello al terminarse, subiendo por calle Ituzaingó en dirección a su casa, situada junto al Orfeón Español (hoy Casa de la Cultura). Y allí mismo se produjo la agresión. Frente a la imprenta fue acometido a palos por dos desconocidos. Herido de inmediato por una puñalada en el pecho y otras dos muy profundas en la espalda, cayó muerto al borde de la acera.

Poco después era encontrado por el jefe de serenos, echado de bruces, con la cabeza apoyada en un poncho doblado en cuatro partes. A su lado se encontró un bastón con el cual trató quizá de defenderse. El sereno, ayudado por varios transeúntes, llevó el cuerpo, el poncho y el bastón a la jefatura.

UN DESENLACE PREVISIBLE

El suceso produjo enorme emoción. La noticia corrió de boca en boca. "Mataron a Coello". No hacía falta decir más. Aunque muchos lo presentían, la realidad, con su cruda desnudez, provocó una reacción inmediata. La personalidad de Coello no significaba por cierto el motivo principal. No se trataba en efecto sino de un humilde trabajador que, como lo dijera después "La Reforma", "no tenía biografía". Nacido el 9 de agosto de 1859, Antonio Pastor Coello había ido a Montevideo a aprender taquigrafía en la Escuela de Artes y Oficios, regresando a Mercedes para hacerse cargo de la Gace-

tilla de "La Reforma". Su vida se limitaba a ir de su casa a la imprenta, sosteniendo con sus modestas entradas a su esposa y su pequeño hijo, así como a su madre enferma y a sus dos hermanos; vivían éstos en la calle Montevideo casi Dolores, frente al actual Juzgado de Paz; sus artículos, desafiantes, excedían en verdad toda mesura. Es cierto que en esa época los desmanes y hasta los crímenes eran comidilla casi diaria, pero las acusaciones que formulaban los periodistas como Coello no esperaban la aclaración de los sucesos; bastaba un informe, un rumor, para que enseguida brotara de su pluma una nota cáustica, dando nombres y cargando las tintas inconsideradamente en la presentación de los hechos y sembrando imprudentemente las sugestiones más tenebrosas. Sea dicho sin menoscabo de la sinceridad, de la valentía temeraria y del desinterés acendrado que caracterizaban todas las actitudes de un periodista como Coello. "No era una lumbrera" —decía "La Reforma"— pero sí "un obrero humilde convencido de la buena causa que defendía". Las ideas literarias, esos "derechos del hombre" que en el Uruguay prohijaron defensores de un principismo que no admitía cortapisas ni transacciones, alcanzaban, en los espíritus sencillos de los periodistas de campaña, una desmesura que les hacía olvidar que sus destinatarios eran hombres, y no ideas. Y frente a ellos, los caudillos de vieja cepa, resabios de una época en que privaban virtudes más agrestes y directas, tenían forzosamente que chocar con esas ideas inflexibles. Colocados, caudillos y principistas, en el filo de dos épocas que no podían todavía conciliarse, aferrados ambos de cuerpo y alma a la pasión que constituía la razón de sus vidas, no cabían entre ellos componendas que los apaciguasen. El conflicto tenía que estallar, y ahora, desgraciadamente, en sus formas más espurias. A una época híbrida, tenían que corresponderle formas híbridas de enfrentamiento. Nobles y viriles ambos, tanto el jefe como el periodista, en el reducto propio de su acción y de su sentimiento, recaían, cuando las circunstancias los obligaban a encontrarse, en la incomprensión y el exabrupto. En sus propias virtudes residía la razón de sus pecados.

* * *

Depositado el cuerpo de Coello en el local de la Comisaría Primera, sus portadores, el Jefe de Serenos Manuel Mendoza y Gómez, el comisario Avelino González y el Comisario de Ordenes O'Connor procedieron a retirarse, dejándolo al cuidado de un oficial. Poco después llegaba "un señor" acompañado de cuatro changadores, quienes colocaron el cuerpo en un cajón para llevárselo enseguida. A la madrugada, de regreso el comisario González, luego de recriminar al oficial, quien adujo que su misión era de cuidar presos y no cadáveres, mandó que se trajera de nuevo el cuerpo tan "clandestinamente" sacado, lo que así se hizo. Al rato, debidamente autorizados, Gervasio Machuca y el administrador de "La Reforma" José Gorostizaga trasladaron el cuerpo a la casa del coronel Funes (en calle Asamblea casi Paysandú) donde velaron el cadáver.

Al día siguiente fue enterrado con gran asistencia de vecinos.

LA PRENSA ANTE EL CRIMEN

El primer periódico en dar la noticia fue "La Libertad". En su Nº 86 del 29 de noviembre, publica una poesía de Caracciolo Arata, no escrita precisamente "con la pata".

"A tu suelo llegué, ciudad hermosa
sintiendo al verte sensación extraña
al admirar esa ribera undosa
que el Río Negro con sus linfas baña!
[. . .] Salve, hermosa ciudad ¡cuna de flores!
de cielo, semillero azul de estrellas;
madre fecunda en pájaros cantores
en nobles hijos y en mujeres bellas!. . .

Termina reconociendo

"...que Dios te ha dado todas sus mercedes!"

Y unas líneas más abajo:

"ULTIMA HORA

Anteanoche fue vilmente apuñaleado el gacetillero de nuestro colega "La Reforma" D. Antonio P. Coello [. . .].

Este desgraciado suceso está rodeado del mayor misterio pues a pesar de los esfuerzos que hace la autoridad [...] poco se ha adelantado".

El periódico nacionalista "La Constitución", por su parte, apareció con sus columnas en blanco, publicando tan sólo un "Manifiesto a nuestro correligionarios" en el que anuncia que "desaparece del estadio de la prensa" porque el asesinato de Coello demuestra que no hay garantías para el periodista independiente. Agrega que se está ante un dilema de acero: "O el Jefe Político no puede o no quiere capturar a la pandilla que asesinó a Coello"; en el primer caso, debe reconocer su impotencia y renunciar; en el segundo, "El Presidente debe demostrar que realmente gobierna" destituyendo al jefe omiso"; "la prensa no enmudecerá". Firman dicho manifiesto Mariano Pereira Núñez, Lisandro Silveira, Dionisio Viera, Andrés Prego, Guillermo Quintana, Manuel Olivera, etc. "La Constitución", fundada en marzo de ese año, se imprimía en el mismo taller de "La Reforma". En cuanto a ésta, debió recomponer premiosamente su cuerpo de redacción, el que quedó compuesto por el Dr. Eduardo Acevedo, Dr. Escolástico Imas, Rufo Guerrero, Marcelino Lara y Bernardino Chans; un espléndido equipo.

Graduado de médico en Buenos Aires, el Dr. Imas se había radicado en Mercedes, su ciudad natal, en 1880. De actuación relevante en las epidemias de viruela del 84, y de difteria en el 86, combatiente en el Quebracho este mismo año, y luego en el 97 y en 1904, llegó a ser con los años diputado, senador, constituyente y Presidente de la Convención del Partido Nacional. Chans, joven entonces de mente ágil y despejada, llegó a ser por su parte Jefe Político del departamento, recibiendo la muerte en circunstancias que relataremos más adelante.

Con su ejemplar del 1º de diciembre "La Reforma" reaparece, presentando una "Permanente" dirigida al Presidente Tajes en la que decía: "Frente a las ventanas de nuestra imprenta están todavía los cuajarones de sangre de Antonio P. Coello, alevosamente asesinado en la noche del 28 del corriente por una pandilla que consumó su crimen en el silencio de la noche y se disolvió con la más absoluta impunidad. Hace años que el

pueblo oriental no presenciaba esa mazhorca escandalosa, hija de las épocas de mayor barbarie y salvajismo. [...] En los días más acentuados de terror, bajo las tiranías de Santos y Latorre, se amenazaba con el **tala** a los periodistas independientes. Hoy [...] se le apuñalea bárbaramente. [...] El pueblo está aterrado. La prensa misma sufre; ahí está "La Constitución", órgano serio y moderado del Partido Nacional, que declara en su número de anteayer que desaparece del estadio de la prensa".

"La Libertad" estuvo lejos de quedarse callada; empieza por defenderse contra la protesta publicada en "La Constitución", protesta —dice— firmada por indivíduos "de diferente color político" y que es una ofensa a todo el Partido Colorado, al que no se le puede suponer ocupándose tanto de un "simple escribiente o tipógrafo", "cuyo nombre servía de escudo a los que escribían", y cuya muerte "nos ha conmovido" profundamente —dice— porque el caído era al fin algo como periodista". "Tengan cuidado de acusar injustamente a quien no deben —agrega— y que antes de andar por una senda tan escabrosa como por la que siguen, que tanteen con la mano donde han de poner el pié".

"La Reforma", picaneada de tal modo, alzó, si cabe decirlo, el tono de su prédica. Revela que Coello había manifestado días antes a algunas personas "que andaban con deseos de hacer una publicación dirigida al Jefe Político, manifestándoles que por conducto fidedigno sabía que su enemigo el teniente coronel Eladio Gutiérrez había jurado darle muerte y seguía sus pasos". Comenta además "La Reforma" las últimas hazañas de la gente de Galarza: el 30 de noviembre un sargento apuñaleó en la Plaza Nueva a un verdulero italiano, dejándolo en grave estado; al día siguiente el cabo Isaías Romero asesinó al industrial Gerardo S. "Sigan insultando a la sociedad de Mercedes con inmoralidades y crímenes [...]; repeleremos la fuerza con la fuerza [...]; pueden venir cuando gusten a nuestra imprenta a asesinarnos, que el puesto dejado por Antonio Coello no ha quedado vacío; ya lo saben". "Tenemos mucho aliento", proclama en otro titular. "Vano es el empeño de querer atemorizarnos [...] Está en la conciencia de todos quienes han sido los asesinos". En cuanto a Galarza, su estado de áni-

mo se revela en el telegrama que le envió el día 3 a Carlos Honoré, quien el día anterior le había telegrafiado a su vez solicitando "datos y detalles sobre el hecho"; contestó Galarza: "Datos no puedo mandarle fuera de los que conoce. Tengo conciencia tranquila de mis actos. Enemistad política produce atmósfera actual. Me felicito de la venida del Ministro porque conocerá la verdad de los hechos".

"La Libertad" del 3 de diciembre critica la violencia que exhibe "La Reforma" con su "política bastarda", "empeñada en hacer desaparecer del frente de la magistratura del departamento al que no desea más que el bienestar de todos sus habitantes". Agrega que con esa "forma soez, tosca, brutal", los "reformistas", "enfermos de alucinaciones mentales", "vuelven cómico" lo sucedido y recuerda la época en que los blancos salían en Mercedes "armados de vergas para azotar a las mujeres y gritando desaforadamente **a serrucho! a serrucho!**," cuando "la isla que está situada al frente de este pueblo era teatro diariamente de innumerables dramas donde el degüello era el consejo de guerra y el fusilamiento los honores militares al vencido...", "orgullosos años [por 1845] en los que campaba por sus respetos el coronel Montoro, señor de horca y cuchillo en Mercedes". Hoy, en cambio —dice "La Libertad"— todos "salen de noche", hay garantías para todos.

EL GOBIERNO INTERVIENE

El Juez Letrado, Dr. Pittamiglio, aunque suspecto de amistad con Galarza, tomó de inmediato todas las medidas del caso. El 1º envió nota a la Jefatura preguntando cuanto tiempo estuvo el cadáver en la Jefatura y a cargo de quien; en vano reclamó en un principio el poncho y el bastón; Galarza contestó que no tenía conocimiento de que fuesen entregados, lo que promovió acerbos comentarios de parte de "La Reforma". El primer arresto ordenado por el Juez fue el de Eladio Gutiérrez, según nota del día 3. "La Reforma" reconocía la "infatigable" actividad de Pittamiglio al procurar agilitar la instrucción del sumario. Tampoco se quedó

quieto el Presidente Tajes, quien desde el primer momento se interesó vivamente en los acontecimientos, enviando al otro día del crimen un telegrama a "La Reforma" en el que decía: "Quedo enterado del hecho inaudito que se ha llevado a cabo en ese establecimiento. Tomo medidas y sus autores serán castigados. Saludo a Uds." Una de esas medidas fue el inmediato envío en misión de investigación del Ministro de Guerra coronel De León, de cuya visita da cuenta el 4 de diciembre en una "Hoja Extraordinaria" el periódico galarcista "La Libertad". Citados por el Ministro a la Jefatura, concurrió gran cantidad de vecinos, comerciantes, médicos, etc. deseosos de desvirtuar las "cómicas jeremiadas de los reformistas", quienes pretendían hacer creer que se vivía en el Terror, cuando "las mercedarias paseaban cogidas del brazo hasta las once de la noche por lo menos". "Vea —agrega "La Libertad" — la sensata Razón, el meditado Siglo, la fogosa España, la impresionable Tribuna Popular, el inteligentísimo Progreso, el parco Bien y la galana Epoca, vean en que va a parar tanta bulla..." Relata que a las diez de la mañana ya había "infinidad de vecinos de lo más respetable en el salón de la Jefatura", y que a las diez y media no cabía un alfiler. De León expresó entonces que se acusaba a Galarza de no ofrecer garantías y de ser "cómplice moral" del asesino de Coello. Les pidió a los presentes que expresaran sus opiniones con toda libertad, pues el Gobierno estaba dispuesto a reprimir los abusos de sus delegados. Luego tomaron la palabra Massey, Serafín Rivas, Díaz y Sienra, el Dr. Mendouça y otros más quienes afirmaron que Galarza había sido siempre un Jefe Político modelo y que "había sabido garantizar las vidas e intereses de sus más encarnizados enemigos políticos". El Dr. Rivas, con la "facilidad con que sabe expresarse", le pidió entonces al Ministro que los dejase deliberar a solas un momento. Retirado el Ministro, todos coincidieron en afirmar que no tenían nada de qué quejarse, que "Galarza era el más interesado en el descubrimiento de los autores del crimen", y que nada justificaba la violencia verbal de "La Reforma" y "La Constitución". Regresó a sala De León y se le comunicó lo acordado, de lo cual el ministro "se felicitó", declarando que la

noche anterior había creído prudente salir a la calle revólver en mano, y que se encontró con que las mujeres y los niños paseaban tranquilamente por las calles, y que concurrían como si tal cosa a las "elegantes tiendas" y a los centros de reunión. Con este ejemplar, "La Libertad" dejaba de salir, ("es una lástima", comentaba irónicamente "La Reforma"), para dar lugar en la Imprenta Río Negro a otro periódico "mejor".

COMENTARIOS Y DESAGRAVIOS

Ese domingo se realizaron las elecciones para representantes. Los galarcistas, dueños absolutos del campo por abstención de todos sus adversarios, sacaron triunfantes a Lamarca, Fleurquin y Marfetán.

"La Reforma", entre tanto, no cejaba en su prédica, y revelaba que después del crímen se había visto correr desesperadamente a dos individuos por calle Ituzaingó, los que se detuvieron a conversar con el asistente del comisario O'Connor. Sigue criticando a Galarza por encubridor y por rodearse de "siniestros" individuos; lo censura de paso por su carácter huraño, de "gaucho receloso, siempre rodeado de sus milicos", por su inasistencia a las fiestas populares y a las reuniones sociales, limitándose a ir "de su casa a la Jefatura y de ésta al cuartel a hacer ejercicios con su dichoso Regimiento". Aparte de llamar a sus hombres "terror de las gentes", le asesta otras acusaciones variadas: no llamar a licitación pública cuando se realizaban obras costosas; no publicar jamás las cuentas; su ridícula "afición a disfrazarse de fantasma" y, finalmente, la negligencia demostrada al no molestarse en concurrir a reconocer el lugar del crímen, quedándose tranquilamente en su casa, en tanto se llevaba preso a un niño de cinco años porque estaba haciendo travesuras en la plaza. Al deceso de "La Libertad" sucedió el 6 de diciembre la aparición del boletín "El Progreso", del cual se burla "La Reforma" por sus protestas "en nombre de la verdad y del derecho de gentes". Habiéndose ido Caracciolo a Montevideo con su poesía y con su prosa, apareció un nuevo órgano galarcista, "La Autonomía" el que fue puesto bajo la

dirección de José M. Blanch. Se prosiguió así con tesón la defensa del caudillo, quien recibía en esos días muestras numerosas de desagravio y afecto. El domingo siguiente al de las elecciones, su casa fue centro de una reunión muy concurrida; recibió entonces la visita de destacadas personalidades del medio: José María Campos, el Dr. Rivas y sus amigos de siempre: Angel Dufour, Salvador Ferreras, J. J. Zuloaga, Cataumbert, Centurión, Díaz y Sienra, Baños, Ojeda, Desiderio Fleurquin, Bouton, Julio Silveira, Antonio Battro, etc. En nota dirigida al Juez Letrado, Galarza había expresado que "la Policía no descansaría hasta dar con el autor o autores del crimen". Para complicar más aún las cosas, esos días el operario de "La Reforma", Manuel Capdevila, recibió dos puñaladas que le asestó un tal Pedro (a) El Vasco, a raíz de un incidente totalmente ocasional, pero que no dejó de promover algunas suspicacias.

MACHUCA

El Juez Letrado continuó entre tanto activamente sus diligencias, preguntándole por nota a Galarza cuáles habían sido las órdenes impartidas el día del crimen por el Comisario de Ordenes O'Connor, y si éste había dado cuenta del hecho. Ese mismo día hace comparecer al Capitán Ojeda, junto con el Teniente Alanis y los oficiales Iturbide y Núñez, de cuyas declaraciones pareció surgir la culpabilidad del Capitán Urbano Machuca, quien fue citado el día siguiente. Ese mismo día compareció O'Connor, y se resolvió la incomunicación de Gutiérrez. El 8 de diciembre se ordena la prisión del Jefe de Serenos Mendoza, quien quedó también incomunicado y con centinela a la vista, y se le reitera a Galarza el informe pedido dos días antes.

Las sospechas empezaron a centrarse en Machuca, quien en la tarde y en la noche del crimen había sido visto en compañía de Gutiérrez. Según "La Reforma" en la noche del crimen no estaba en su domicilio sino en la fonda de Doña Cipriana (luego Hotel París, donde hoy está el Banco de Soriano) fonda cuyo dueño era el padre de Machuca. A la madrugada reapareció y

solicitó algo de comer a su madre, Doña Cipriana, pues, según sus propias palabras, había pasado toda la noche "sin comer y sin dormir". Luego ensilló y se fue rumbo a Soriano, yendo a ocultarse —según se dijo después— en la estancia de Gervasio del Rincón de la Higuera. La tarde del crimen habría expresado: "Me mandó buscar Don Paulo". La madre de Machuca, creyendo que había sido muerto por sus propios cómplices, se hacía ver esos días vestida de luto riguroso. Tiempo después resultó importante el testimonio dado por Santiago García, un soldado del 2º Regimiento descendiente de Juan García, famoso por haber conseguido siendo un muchacho caballada para los Treinta y Tres; según dicho testimonio, el "indio" (o el "negro") Machuca llegó esa noche al cuartel y después de limpiar el facón ensangrentado en la jerga, expresó claramente: "acabo de matar a ese blanco de mierda".

GALARZA DETENIDO

Llamado el día 9 el mayor Ortega a comparecer ante el Juez, ese mismo día se recibe una noticia que causó enorme sensación: Pablo Galarza era suspendido en su cargo de Jefe Político y debía ser conducido de inmediato a Montevideo. Conocer la novedad y hacer estallar cohetes fue todo uno en "La Reforma", lo que le valió una advertencia y una amenaza de multa de parte del comisario Avelino González, aduciendo los "reformistas" que habían pasado el aviso correspondiente a Belén, oficial 2º de la Jefatura. Galarza quedó detenido en Montevideo en el Regimiento 3º de Cazadores. En cuanto al 2º de Caballería, era trasladado a Durazno, siendo sustituído en Mercedes por el 5º de Caballería.

Salieron a luz esos días algunas cartas dirigidas tiempo atrás por Galarza al Ministro De León, en la que se quejaba de los insultos que recibía, y en las que pedía la aplicación de un correctivo. Acotaba al respecto que Soriano necesitaba un Jefe como Vicente Garzón, quien solía atar a los delincuentes en los árboles de las plazas públicas, y que él cualquier día iba a hacer un disparate

aunque el gobierno mandara después pegarle cuatro tiros, "pues no todos los días se levantaba de buen humor". (1)

Se conoció también la contestación que Galarza había enviado días atrás a una carta del Dr. Pereira Núñez, quien le aconsejaba desprenderse de los malos subalternos. "No necesito de sus consejos —contestó Galarza—; si me acusan de haber encubierto los hechos punibles de mis subalternos, son Uds. los que están en el deber de llevarlos al banco de los acusados". Palabras de caudillo, incapaz de rechazar ninguna solicitud de sus protegidos, en tanto estos mantuvieran intactas las virtudes correspondientes a su fidelidad, y aun cuando incurrieran en excesos que personalmente reprobaba. Moral hondamente justificable, aunque inaceptable en la etapa social que se vivía; respondía, en efecto, a exigencias de una sociabilidad primordial que se había forjado en circunstancias especiales, y que hacían de la amistad y de la lealtad una virtud absorbente e ineludible. La moral sufría así una distorsión inconcebible para los principistas de biblioteca. Comentaba —y quizás inventaba— "La Reforma", que el Ministro le había dicho a Galarza, refiriéndose a otro de los apresados: "Ese hombre me lo ha dicho ya todo", y que, al oírlo, el caudillo no pudo ocultar su turbación. En cuanto a su padre Gervasio, enfermo —real o fingido— los días del crimen, se había curado instantáneamente al conocer el traslado de Pablo, y había ido también a Montevideo, en donde amenazó con pedir su baja definitiva.

CULPABILIDAD DE MACHUCA

En Mercedes, Pittamiglio deducía del sumario el día 10 que debían establecerse "serias presunciones" de la culpabilidad de Machuca. En vano se le buscó en su casa

(1) Según nos relatara el general Gomeza, reprendido por Latorre, quien le reprochara el trato que le dispensaba a ciertos vecinos de estima, Garzón le contestó en cierta ocasión con una frase que Galarza, años después, no dejaba de recordar y festejar: "No se preocupe Coronel; un día de estos me mando mudar, y, yéndome, les pago a todos".

de Soriano. El día 6 se le vio durante la noche buscando una embarcación para levantar vuelo, creyéndose que había logrado embarcarse en un lanchón que largó amarras el día 7. Pittamiglio le pidió el día 10 a Nicandro Fernández Braga, Oficial 1º de la Jefatura que subrogara a Galarza, que solicitara al Gobernador de Entre Ríos la extradición de Machuca, pedido que reiteró el día 16. Con fecha 21 el Juez solicitó que se dispusiera todo lo necesario para que fueran trasladados a Montevideo los "prevenidos" Gutiérrez, O'Connor, Mendoza, Leiva y Pereira, así como el poncho, el bastón y un facón. No sabemos cuando y donde apareció el tan reclamado poncho y si se trataba del mismo de la noche del crimen. Con fecha 24, llega de Montevideo un nuevo pedido de remisión, inmediata, de lo que se deduce la displicencia que gastaban las autoridades policiales de Soriano. El día 8 era traído de Independencia (Fray Bentos) el capitán Ojeda. Quedaba solamente Machuca, de cuyo paradero no se tenía ninguna información. Investigaciones y entrevistas variadas que hemos podido llevar a cabo con personajes directamente vinculados al suceso (parientes de Galarza pertenecientes a la familia Schultze, Enero Erosa, hijo del propietario del almacén que hacía cruz con el cuartel, León Machuca, hijo de Urbano, y Antonio Cuello, hijo de la víctima) nos ponen en condiciones de reconstruir con toda verosimilitud la realidad de lo acontecido. Tiempo después del crimen, Machuca, barbudo e irreconocible, se apareció por el almacén de Erosa bajo el nombre de "Martirena", sargento del que se tenían noticias que desde hacía tiempo se alojaba en el cuartel, sin que jamás se le hubiese visto la cara. Pero Machuca, afecto a la bebida, no dejó de dar a conocer su verdadera identidad. Sus relatos, coincidentes con los que años después haría Pablo, revelaron la verdad de lo sucedido: enterado del asesinato de Coello, Galarza estalló en cólera contra quienes habían extremado su celo hasta un grado tan comprometedor. "Se me fue la mano", intentó excusarse Machuca. "Yo te voy a dar, hijo de una gran puta; agarre un caballo y mándese mudar enseguida", le ordenó amenazadoramente el caudillo. Machuca optó por disparar a la Argentina; pero Galarza le permitió

luego esconderse en sus galpones del hipódromo, donde había unos pozos adecuados para el caso. Luego pasó a vivir virtualmente prisionero en el cuartel, siempre con el seudónimo de Martirena.

GALARZA EN LIBERTAD

Aquel año agitado, trágico, de 1887, llegaba a su fin. Y el 24 de diciembre venía a Mercedes nada menos que José Batlle y Ordóñez, única visita que le hizo en su vida, quien había renunciado hacía poco a la Jefatura de Minas. No se consignaba el motivo de su visita, pero cabe suponerle alguna relación con los sucesos antedichos. Abona tal creencia la actitud reticente que mantuvo Galarza durante mucho tiempo. Muchos años después, estando Galarza en Peñarol, Batlle lo mandó llamar "para darle un abrazo"; "Mejor sería que se abrazara a las instituciones", comentó Galarza. Lo mismo pensaba su amigo íntimo, el Capitán Carmona, quien entonces acotó: "Mire Páulo, éste no es amigo suyo; es el mismo que le tenía reservada una celda con su número; vaya, abrácelo y cáguelo a puñaladas". Galarza fue y lo abrazó, pero nada más.

Con fecha 27, era el Dr. Eduardo Acevedo quien, aprovechando la proximidad de la Feria Judicial, abandonaba Mercedes, ciudad en la que tan proficua labor profesional y cultural realizara, a fin de tomarse un descanso durante el mes de feria judicial. Cambió allí de determinación, pues volvió recién a Mercedes para fines de marzo y por unos pocos días. Luego de visitar nuevamente Mercedes a fines de mayo de ese año de 1888 con el fin de arreglar algunos asuntos, regresa a establecerse definitivamente en Montevideo, donde a fines del mismo año contrae enlace con la señorita María M. Alvarez.

Al despedirlo, "La Reforma" destaca como los rasgos más notables de su redactor "sus sólidos conocimientos" y "carácter dinámico" con que llevaba a cabo todas sus empresas. Durante tres años de residencia en Mercedes, en efecto, el Dr. Eduardo Acevedo había desplegado una intensa actividad social, política, profesio-

nal y cultural, y hasta le había sobrado tiempo para jugarse la vida en el campo de honor. Mercedes tiene pues motivos para recordarlo con particular reconocimiento, como a una de las más notables personalidades entre las que propiciaron aquel verdadero despertar cultural que se inició hace alrededor de noventa años.

Al comienzo del año 88, pareció insinuarse entre los colorados un movimiento en contra de Galarza. Idiarte Borda le escribía el 3 de febrero a Juan H. Soumastre aconsejándole adoptar una "actitud prescindente" en la cuestión de "La Reforma". Por otro lado, los comisarios seccionales recababan firmas de adhesión al caudillo de Mercedes. Y el 9 de febrero se recibe una noticia sensacional: el Fiscal de Crimen Carlos Muñoz Anaya aconsejaba en su dictamen el sobreseimiento por falta de pruebas de la causa seguida a Galarza; el caudillo quedó en libertad bajo fianza, y se anunció que regresaría de inmediato a Mercedes.

Les tocó ahora a los galarcistas festejar la novedad. Angel Dufour quemó una buena partida de cohetes, y se organizó una ruidosa manifestación a la que siguieron numerosos carruajes. "La Reforma" lo tomó con resignación estoica; "Adelante; lo mismo da morir a los treinta que a los cuarenta".

REGRESO DE GALARZA

El 28 de febrero, día de Asencio, Pablo Galarza desembarcaba de la cañonera Artigas. En un boletín especial, "El Republicano" exhortó a concurrir a la Plaza Independencia. Se congregaron unos quinientos ciudadanos, muchos de ellos ostentando golillas coloradas. Abundaron cohetes y chinas "cuarteleras", y amenizó el acto la Banda de la Sociedad Italiana, cuyos instrumentos debieron ser sustraídos por la fuerza ante la resistencia del Presidente Bellini. A las 9 y media la columna se dirigió a la Jefatura, en donde habló el Inspector de Escuelas Francisco Bollo, quien terminó su discurso con un viva a Galarza que fue coreado por la concurrencia. Habló luego Carlos Albín, y hubo vivas a discreción para Gervasio y Pablo. Cerró el ho-

menaje oratorio el Dr. Mendouça, contestando Pablo Galarza con una breve alocución en la que dijo que "sabría dar verdaderas garantías a la vida y a la propiedad, que no traía odios para nadie, y que a todos perdonaba". Encabezó a renglón seguido la manifestación, yendo hasta su casa del brazo de Máximo Fleurquin. Los manifestantes volvieron a la plaza en medio de gran entusiasmo. A las dos de la mañana quedaban todavía grupos dispersos. Y entre ellos, un carruaje con oficiales que pasó a esa hora frente a "La Reforma" gritando vivas a Galarza y "Abajo los calumniadores".

En su crónica sobre los festejos, "La Reforma" afirma que los manifestantes "olían a cebolla" y que eran en su mayoría gauchos reclutados en las estancias, soldados y policías de particular. Mientras los hombres desfilaban por la calle —agrega—, las mujeres los seguían por la acera cargadas con sus criaturas, "porque ésta es gente de marchar con todo". Atrás y adelante, muchachos correteando. En resumen: "toda gente sin roce social, ni educación, ni instrucción". En cuanto a las provocaciones, recuerda "La Reforma" que dos días después del crimen el 2º de Caballería había desfilado frente a la casa de la madre de Coello, de modo que lo de ahora no los asombra. No pierden, sin embargo, las esperanzas: "La justicia no tardará en apoderarse de los grandes criminales". Y termina el artículo en el más puro estilo romano: "¡César; los que van a morir te saludan!".

ATENTADO CONTRA "LA REFORMA"

Una de las primeras medidas adoptadas por Galarza fue la de nombrar al teniente coronel Bernardo Doblas como Inspector de Policía y Comisario de Ordenes, y a Antonio Sena como comisario; tal medida le dio una ocasión magnífica a "La Reforma", que no demoró en exhumar del profuso historial de Doblas una larga serie de víctimas: Maneiro, Ortegosa, Mesa, Márquez, Devia, Reinoso, etc. completando un total de treinta y siete. A Galarza le llamaba ahora "el pobre gorila", y a su poder, "la bota de un guaso", guaso cuyos gustos se

reducían, según decían, a "empomarse la melena", domar potros, cambiar tres o cuatro trajes por día, y a salir a exhibirse con su Regímiento.

El periódico galarcista "La Cruzada", reapareciendo con bríos renovados, ensarta por su parte tremendas amenazas: "Toca ahora al fiero escalpelo destrozar las entrañas, tronchar los miembros, destruir el organismo y descarnar el hueso! [...] "La Cruzada" verdadera justicia de Dios, aniquilará a los perversos". Concidiendo casi con esa violenta salutación, una noche un grupo de desconocidos intentó incendiar "La Reforma". Se encendió una hoguera junto a su puerta, y luego intentaron abrirla a hachazos. Gorostizaga, atrincherado, les descerrajó varios balazos desde una ventana, determinando la huída de los incendiarios; el hacha quedó clavada en la puerta, y en ella quedó también, durante mucho tiempo, la huella del fuego. Citado para declarar, Gorostizaga se negó a abandonar el local aduciendo falta de garantías. Se le quiso entonces cobrar multa, pero pudo salir del paso demostrando que la citación no había sido hecha en forma.

La noche del asalto, atraída por la bulla, acudió también la mujer de Gorostizaga, la que vivía a una cuadra del lugar. Enterado telefónicamente González Roca, residente por entonces en Concordia, contestó aconsejando a Etchevarría que se apostara en la azotea de "La Reforma" y que recurrieran a la ayuda del mencionado Sosa, hombre de confianza y de agallas para tales menesteres. Y allí hicieron guardia Eduardo Acevedo, Manuel Tiscornia, Etchevarría y Chans con el referido Sosa, faltando a la cita Rufo Guerrero, quien, acompañado de algunos correligionarios, prefirió esquivar el bulto y embarcarse para Buenos Aires. Digamos de paso que poco después, estando en Montevideo, Gervasio Galarza le dio toda la razón a Etchevarría, con cuya amistad y servicios contaban tanto él como Pablo. Etchevarría ejercía procuración y gozaba de holgada posición económica, siendo propietario de la cuadra donde tenía negocio Battro (hoy Casa Caulín), así como la manzana comprendida entre San José, Florida, Artigas e Ituzaingó; combatió en todas las revoluciones en filas de los blancos, y era muy amigo de Juan José de Herrera y

del acaudalado Buxareo, cuyos bienes administraba, y entre cuyas donaciones estaba la propiedad que fue después Colegio del Huerto. Etchevarría era casi seguramente el autor de casi todos los artículos de Coello, opinión compartida por sus descendientes, de quienes recabamos muchos de estos datos, y por Federico Fleurquín, testigo presencial de muchos de los sucesos aquí referidos, y de cuya boca tuvimos ocasión de escucharlos poco tiempo antes de su muerte.

Lejos de amilanarse, "La Reforma" continuó al acecho de cuanta "arbitrariedad" llegaba a su conocimiento; ya era un menor que había sido retenido en el cuartel y enganchado luego en la Policía, o algún subalterno que le había partido el cráneo de un rebencazo a un ebrio imprudente, sin contar las malversaciones más o menos comprobadas, pasajes oficiales concedidos al zapatero de Galarza, retenciones de sueldos, multas arbitrarias, y la detención en el escuadrón del joven Brena, "por vía de correctivo", según el mismo caudillo expresara al padre del detenido. No le perdonaba el menor desliz al "Tonante de la Plaza Nueva". Cuando no había que criticar, se repasaban viejos desaguisados, sobre todo las muertes de Máximo Cicao —atribuída al luego "desaparecido" Juan Eloy—, la de Salvador García, que habría sido degollado impunemente en los alrededores de Mercedes, y las variadas hazañas del Comandante Gutiérrez y del Capitán Ojeda. Se comentaba además la impunidad con que se exhibían Francisco Luzardo, Magín Santos Padilla y otros maleantes de la campaña, así como Máximo Pérez (hijo), que venía de herir de dos balazos al vecino Mattari.

"La Cruzada" y "El Republicano" respondían a ese fuego graneado con no menor agresividad, llegando el "jorobado" Onetti, director oficialmente subvencionado del primero, a entablar juicio por calumnias al redactor de "La Reforma" Rufo Guerrero, juicio que se ventiló en el Teatro Fleurquin ante el Jurado Popular. El acusado, prudentemente, prefirió esperar en la ciudad argentina de La Plata, fundada el año anterior, el veredicto, el que, como era de esperarse, le resultó adverso. En cuanto a Galarza, se hacía ver en cuanta ocasión lo requiriese. Acostumbraba pasar las veladas en

el café de Ort, ostentando, como no podía dejar de registrarlo "La Reforma", sus más llamativas vestimentas, en un alarde de lo que sus contrarios llamaban "gustos de Arlequín". El 22 de octubre de 1888, día en que se conmemoraban los 35 años de la muerte de Juan Antonio Lavalleja, Galarza, montado en un soberbio corcel enjaezado con adornos dorados, desfiló al frente de su batallón ostentando rutilante uniforme y charreteras de oro, al compás del más alegre repertorio de su disciplinada banda de brasileros. No dejó de dar motivos de crítica en esa ocasión la actitud del maestro de la Escuela Nº 2, Marotta, por haber obligado a descubrirse a sus alumnos al paso del caudillo.

CRECIENTES Y TERREMOTOS

Ante una creciente bastante pronunciada que se produjo en ese invierno, Galarza se apresuró a reeditar sus famosos salvamentos de años atrás. Su actitud le valió ser llamado un "coronel a prueba de agua", acusándosele de haber ganado los galones fuera de los campos de batalla. Tal burla promovió airadas respuestas de sus incondicionales, quienes recordaron sus antecedentes bélicos del 70 y el afán con que siempre había solicitado los puestos de mayor peligro, acometiendo las empresas más riesgosas. Además, decía sugestivamente "La Cruzada", "el coronel Galarza suele pasearse solo durante la noche por si alguien quiere ponerlo a prueba". (1)

Durante la mencionada creciente, se había suscitado un altercado al parecer intrascendente en el que había participado el prestigioso caudillo blanco Juan José Díaz Olivera. Estando en la acera del Hotel Navarro

(1) De ahí que el director de "La Reforma" Marcelino Lara no dejase de llevar revólver en ninguna circunstancia, lo que vino por entonces a provocar un luctuoso y lamentable accidente. En una reunión del Club Progreso, habiendo regresado Ildefonso Brugulat de Montevideo, Lara, gran amigo suyo, exteriorizó su alegría sacándolo a bailar un vals; se le cayó entonces al suelo su Smit y Wesson y salió un disparo que fue a herir a su infortunado compañero. Pocas horas después, ante la dolorosa sorpresa de todos, fallecía el joven Brugulat.

adonde llegaba ya la creciente, a uno de sus hijos se le ocurrió arrojar al agua un perro que andaba por ahí. Su dueño, de nacionalidad inglés, perdiendo toda su flema, le dio una zamarreada al autor del hecho, suscitándose un cambio de palabras con Díaz Olivera. El asunto no pasó a mayores y en verdad no daba para más; pero no fue de la misma opinión Galarza, quien, enterado de lo sucedido, le dio caracteres de hecho policial, y terminó asestándole una multa de cuatro pesos al caudillo blanco por escándalo en la vía pública. No satisfecho con el revuelo que levantó la medida, una semana después le hizo llegar a Díaz Olivera una acusación formal de abigeato. La cosa ya era más seria; se trataba, según parece, de algunas cabezas de ganado con marcas ajenas que aparecieron en los campos de Díaz. Tal circunstancia, según éste, se explicaba por un convenio que había establecido con el dueño de dichos animales. Galarza logró sin embargo su propósito de alojarlo una semana en el "Hotel del Zorro", método de ablandamiento al que era particularmente afecto. Por si fuera poco, una semana después, unos desconocidos le robaron al infortunado Díaz Olivera doscientos capones, de cuyo paradero nunca se trató de averiguar nada.

La vida transcurría así en Mercedes en un ambiente de gran tensión. Los diarios de la capital no dejaban de intervenir en uno u otro sentido, con lo que venían a empeorar aún más las cosas. Tanta inestabilidad provocó la emigración de numerosas familias (Barbat, Bibiloni, Cabanellas, Urta, Sánchez, Benítez, Moretti, etc.), así como de jóvenes (los tres Echeverría, los tres Massey, los dos López, Soumastre, Ramírez, Tiscornia, Lara Sánchez, etc.), lo que hacía decir a "La Reforma" sin duda exagerando, pero con algo de verdad, que "Mercedes está muy lejos de ser lo que era en otros tiempos, cuando contaba en su seno 10.000 habitantes; hoy apenas si cuenta 5.000"; recuerda más adelante: "aquellos tiempos en que los Gefes Políticos vestían decentemente de levita e inauguraban conciertos pronunciando discursos". En el comienzo de otra nota, decía ciceronianamente: "Hasta cuando, Galarza, abusarás de nuestra paciencia". Traía a colación además su comentada cos-

tumbre de disfrazarse de mujer o de fantasma, modo, según se refería con insistencia, de facilitar ciertas difíciles aventuras amatorias; "en vez de andar de fantasma espantando a los bobos y a las mujeres, debía atender mejor las obligaciones de su cargo".

Por si esa excitación general fuera poco, en la madrugada del 6 de junio, a la una menos veinte exactamente, Mercedes fue sacudida por un terremoto. Desde el cura Arrospide, que interpretó el fenómeno como una advertencia divina ante la impiedad que parecía generalizarse, todos, sin excepción, se alarmaron casi hasta el pánico, habiendo muchos que se largaron corriendo a la calle en paños menores. El período más intenso de la perturbación sísmica duró tres segundos, extinguiéndose gradualmente después de ese breve lapso.

UN PROYECTO DE HERRERO Y ESPINOSA

La Junta E. Administrativa resolvió refaccionar esos días el basamento de la estatua que Máximo Pérez había mandado erigir en el medio de la Plaza. Según la prensa, dicha base estaba carcomida, y La Libertad corría serio peligro, lo que pudo tomarse como un símbolo de la situación imperante. Como ejemplo de lo dicho baste citar el decreto estableciendo que frente al cuartel sólo podría transitarse "al paso". La Justicia, en realidad, respaldaba en un todo esas medidas; había hombres claves, como por ejemplo el Procurador Fiscal Carlos Albín, que servían incondicionalmente a Galarza. "La Aduana, el Correo, la Junta, todo está supeditado al deseo del Coronel Galarza, y hasta el nombramiento de un portero se le consulta", afirmaban sus enemigos. Esa peligrosa acumulación de cargos militares y civiles indujo a Herrero y Espinosa, diputado por Soriano que había sido proclamado precisamente por los Galarza, a presentar un proyecto declarando incompatibles los cargos de Jefe Político y de Comandante de cuerpos del Ejército. La consagración legal de esa incompatibilidad terminaría, entre otras cosas, con la servidumbre total a que estaban sometidos sus

soldados, quienes no contaban ni siquiera con la posibilidad liberadora de ser dados de baja. Mientras en el resto de la República —decía "La Reforma"— los pedidos de baja eran endémicos, en el 2º de Caballería no se registraba uno desde hacía mucho tiempo. Fue por esa época que Idiarte Borda tentó un acercamiento con los Galarza, viéndosele departir amigablemente con el viejo Gervasio, y rehusando su apoyo al proyecto de Herrero y Espinosa.

A principios de mayo de 1888, luego de pasar en Montevideo unos días en goce de una corta licencia, volvió Pablo a Mercedes, donde su pingo "Arbolito" debía enfrentar, en una penca por 400 pesos, a "El Tostado", parejero que cuidaba Martín Martínez. Días después, "La Reforma" no pudo disimular su satisfacción al notificar que el caballo del Jefe, en una penca de diez cuadras corrida en la senda de Antolín Bermúdez, había llegado casi una cuadra detrás de su adversario. Pero al caudillo le llegó el desquite para San Juan, día en que, luego de quemarse las usuales barricas de alquitrán, se quemó un judas confeccionado por Patricio el Platillero, judas de levita entallada y pantalones bombilla que ostentaba en su galera de felpa una ancha divisa blanca. Con esa figura de levita y galera se quería aludir al espíritu presuntuoso de quienes menospreciaban las cualidades características de nuestros gauchos. Pero debe reconocerse que, lejos de comportarse como cajetillas irresponsables, los representantes de la nueva sensibilidad sabían respaldar sus palabras con sus actitudes. Y así fue como ante la reacción amenazadora con que los temibles Ojeda y Doblas recibieron entonces las acusaciones que les asestaba continuamente "La Reforma", ésta les propuso que renunciaran a la jurisdicción de Soriano, que entonces ellos, por su parte, estaban dispuestos a reproducir sus artículos acusatorios en un diario de Montevideo. De ese modo —decían— "podrán entablar allí la acusación correspondiente, y verán entonces como al amparo de un Tribunal imparcial y justo, les probaremos que son unos bandidos y asesinos, consentidos y amparados por el Gefe Político del Departamento".

CONSUMATUM EST

El 4 de noviembre, al cumplirse dos años de la famosa reconciliación de Máximo Santos con el Partido Constitucional, se llevó a cabo una cena en la casa del Procurador Fiscal Carlos Albín, cena a la que concurrieron Pablo Galarza, Pittamiglio, el Dr. Cuñarro, el secretario de la Junta Francisco Baños, el secretario de la Comisión de Instrucción Pública Luis Bouton, el Comisario Giménez, el actuario del Juzgado José V. Evia y Salvador Ferreras, librero y político de influencia. Como número final de la reunión, el Dr. Pittamiglio —según versión de "La Reforma"— "hizo entrega de la llave del sumario de Antonio Coello". En el Juzgado local, las actuaciones que hemos consultado consignan su envío a Montevideo, pero no hemos logrado comprobar aún su efectiva existencia en la capital.

Quedaba así liquidado virtualmente aquel ruidoso episodio de nuestra historia local, expresión significativa de una época de pasiones desorbitadas, producto de la coexistencia de dos concepciones distintas e inconciliables de la vida: por un lado, la del gaucho, cuyas virtudes resultaban relegadas dentro de una convivencia ciudadana que le negaba oportunidades, que condenaba sin apelación sus costumbres primitivas y su particular sentido de la virilidad; del otro lado, el gacetillero vacuamente progresista, con su cultura elaborada a base de lecturas de periódicos montevideanos, de los que extraía preceptos y cánones sin cuidarse de una realidad que exigía más transigencia y más atención a sus condiciones peculiares. Ocaso de un tipo de hombre y anuncio de otro nuevo, irreductibles ambos, culpables ambos; porque si bien era culpable un Galarza al dispensar su protección a quienes desfiguraban sus pasiones con los excesos que se sabe, también, y con menos justificación todavía, era culpable el presuntuoso letrado que prodigaba su desdén y sus insultos sobre quienes, después de todo, habían sabido arriesgar todo lo que tenían y todo lo que eran en las duras circunstancias por que había atravesado nuestra patria. Galarza no hacía en el fondo sino intentar perpetuar —error del que no podía prescindir— una situación en la que,

por experiencia propia, sabía que se propiciaban y enaltecían las más auténticas virtudes de la varonilidad. No pudo resignarse a comprobar que la nueva ética social dejaba sin empleo plausible esas propensiones. Sus valientes se convirtieron en matones, y él, un valiente, por inercia, por apego a un pasado en que se había sentido vivir íntegra y cabalmente ("aquellos tiempos de Máximo, los tiempos de nuestros padres, de los patricios" ,que tanto solía recordar) terminó amparando a quienes, desconocidos y desautorizados como valientes, dejaban desfibrar su personalidad e incurrían ocasionalmente en innominables cobardías.

VALENTIA PERSONAL DEL CAUDILLO

Personalmente Galarza no recayó jamás en esas tenebrosas actitudes; al contrario, cultivaba y reconocía las maneras más francas y abiertas de enfrentarse. Sobran episodios que lo corroboran. Son de recordar por ejemplo incidentes como el que sostuvo en el Hipódromo con el coronel Gaetán, a quien desafió a pelear y a quien hizo bajar la mirada en un enfrentamiento en el que sólo pesaba la energía de los temperamentos en presencia. O cuando, años después, estando radicado en Durazno, bajó de su volanta en medio de una reunión de sus más encarnizados enemigos, a quienes les espetó: "Ya sé que me andan buscando; aquí me tienen por si quieren algo". O aquella otra vez en que, encolerizado por una insubordinación de uno de sus soldados, le levantó el látigo; el soldado sacó su revólver; Galarza lo conminó imperiosamente a obedecer y le ordenó luego que se retirara sin aplicarle ninguna sanción. De ahí en adelante lo trató con el aprecio que le merecían los valientes. Y muchos otros episodios análogos, como su intervención temeraria en una tremenda trifulca que estalló por el 95, cuando los integrantes de su batallón, reunidos en la casa de mal vivir que ocupaba hace poco la comisaría 2ª en calle Rodó, terminaron trenzándose en una pelea general; avisado Galarza, se apareció lanza en mano y redujo en un santiamén el alboroto promovido por

su gente. Y como estos, tantos otros que ya relataremos, en los que tales desplantes oscilaban entre la temeridad un si es no es exhibicionista, y el desconocimiento de los "derechos" y de la "respetabilidad" ajena. Pero su sagacidad instintiva, la gran mayoría de las veces, no le permitía yerros radicales. Su penetración criolla no podía dejar de reconocer la endeblez y a las veces la falsedad de tales "derechos" y de tales "respetabilidades". Llamarle "prepotencia" a sus actos es así darle demasiada importancia a una oposición que, en casi todos los casos, había merecido con creces semejante tratamiento.

UN ESCANDALO ELECTORAL

Cuando ya parecía que la tormenta principal había pasado y que Galarza había restablecido sólidamente su situación, un sonado escándalo electoral volvió a comprometerla gravemente. El Colegio Electoral, baluarte del coloradismo de Mercedes, fue entonces en efecto escenario de ruidosos incidentes que exigieron la intervención del propio Presidente de la República. Dicho Colegio Electoral era obra exclusiva de Gervasio Galarza, a su vez brazo ejecutivo del Presidente, General Máximo Tajes. "Llegado el día de la elección —relata Eduardo Acevedo— concurrieron los nueve miembros del Colegio. Pero en vez de proceder con la unanimidad esperada, se dividieron. La mayoría, compuesta de cinco electores, inclinó sus votos a favor de don José Irisarri", quien sostenía la candidatura de Julio Herrera y Obes. Como si lo hubieran estado esperando, el local de la Junta fue invadido en el acto por la Policía de la 1ª Sección a las órdenes del General Gervasio Galarza; la policía, que no tuvo más que cruzar la calle, ocupó el patio de la Junta y "se situó en el zaguán cerrando todo paso", relataba Irisarri en una nota que envió posteriormente a Tajes, aclarando más adelante que "nadie la había pedido". Poco después el comisario de la 1ª Faustino Giménez agredió a Irisarri con las armas en la mano y le arrebató el libro de actas, libro que luego logró recuperar Antolín Ber-

múdez. Fue entonces cuando "todo un General de la Nación —dice Irisarri— proclamó a voces, con un grueso bastón de estoque en la mano y en actitud de desenvainarlo, que triunfaría su lista aunque le costase la vida". Según la versión de "La Reforma", Pablo Galarza, que también se hizo presente, les habló desde la puerta sin ni siquiera sacarse el sombrero: "No vengo aquí a imponerme, pero vengo a manifestar que acabo de recibir telegrama del Presidente de la República, ordenándome haga triunfar la lista del General Galarza, cuesto lo que cueste. Yo me retiro. Ud. queda ahí, General, para hacer cumplir la orden". Recién a las 11 a. m. pudieron retirarse a sus casas los cinco rebeldes, Irisarri, Antolín Bermúdez, J. Cataumbert, Juan B. Sorhueta y A. Bermúdez y Martínez. Bermúdez fué citado de inmediato a la Jefatura por Pablo Galarza, quien, según relata el propio Bermúdez, lo insultó, así como el Procurador Fiscal Carlos Albín, por no haber acatado sus órdenes. Según "La Reforma", Galarza les habría dicho: "Yo que los he levantado a Uds. del polvo, que han hecho fortuna debido a mí y que les he librado de ir a parar a una cárcel pública, tengo derecho a exigirles el cumplimiento de lo pactado hace un año, en una reunión que tuvimos y de la cual se labró un acta". Se mencionaban a Idiarte Borda y a Chucarro como instigadores de los rebeldes, en tanto Galarza sólo contaba entre los ministros con el apoyo de De León. Al medio día, el 2º Jefe del Regimiento, sargento mayor Ortega, fue a golpear a las puertas de las casas de los cinco rebeldes solicitando sus presencias en tono amenazador. Pero al día siguiente, lunes, los cinco resolvieron liar sus petates y marcharse a Montevideo, enviando al mismo tiempo una nota al Presidente solicitándole que garantizara sus vidas, pues "hemos incurrido —decían— en las iras del Sr. Gefe Político de Soriano y consideramos amenazadas nuestras vidas". "V. E. se informará —agregan más adelante —del terror que el Coronel Galarza infunde a los habitantes de Soriano y del grado a que lleva sus persecuciones". Siempre según dicha nota, Pablo obligó luego al Administrador de Rentas a presidir un Colegio Electoral constituído por los cuatro leales y por los

cinco suplentes de los prófugos; el Administrador de Rentas aceptó contra su conciencia por no afrontar las iras del coronel Galarza". Al fin de su nota los cinco firmantes piden que se tomen "medidas radicales y enérgicas. Los galarcistas aducían que la lista de Irisarri había sido fraguada en el domicilio de éste, y sostenían que la única candidatura que tenía valor oficial era la de Amaro Carve, la que obtuvo finalmente los nueve votos gracias a la maniobra antedicha. Casi de inmediato, Pablo Galarza, Albín y Ferreras se embarcaron para Montevideo, viaje atribuido a una solicitud de destitución que habría elevado el Ministro de Gobierno, y al deseo de Tajes de que explicaran su actitud. El mismo día Gervasio Galarza vino a hacerse cargo "prácticamente" de la Jefatura, pero no pasaron muchos días sin que tuviera también que embarcarse para Montevideo. El revuelo levantado en la capital había sido demasiado escandaloso, habiendo afirmado el Senador Dr. José P. Ramírez que el inspirador y ordenador de todos esos hechos había sido el Presidente Tajes; luego de formular su grave cargo, Ramírez presentó renuncia en signo de protesta.(1)

GALARZA DESTERRADO

El 27 de enero del 89 llegaban al fin noticias importantes: Francisco Albín era nombrado Jefe Político, cargo que ya se le había ofrecido veinte años antes, siendo en aquel entonces rechazado por el pueblo, que, adicto a Máximo Pérez, lo había obligado a abandonar la ciudad. En cuanto a Pablo Galarza, se resolvió que se trasladara con su Regimiento a Tacuarembó. Como compensación, se aprobaban los poderes de su candidato Amaro Carve, con lo que se zanjaba la cuestión de un modo pasablemente salomónico.

(1) El 26 de enero los galarcistas enviaban un telegrama a Montevideo en defensa del caudillo: lo firmaban Díaz y Sienra, Francisco, Manuel y Víctor Varsi, José R. de Freitas, Ferreras, Battro, Rivarola, el Dr. Mendouça, José García, Baratau, Padilla, Francisco Bollo, Miguel Muela, Lares, Centurión, Zuloaga, Anselmo Rodríguez, Luis Vespa, Eduardo Espinosa y Melchor Muñecas.

La prensa anti galarcista festejó como es natural el alejamiento de "El Tonante", a quien "El Organizador", publicación que no alcanzó a durar un mes, prodigaba las loas de rigor. Pero Galarza, ante la impaciencia de sus enemigos, demoró en dar cumplimiento a la orden de traslado. El 13 de febrero estaba aún en Dolores, en donde se le hizo objeto de una entusiasta manifestación. "El acordeón y la guitarra no tienen reposo — comentaba "La Reforma", creyendo que, al denunciar esos "tufillos" populares, desprestigiaba sin levante la causa del caudillo— mientras las chinas hacen cigarros, formando rueda en los fogones y festejando con sonoras carcajadas las relaciones o décimas que cantan los soldados", cuadro, para la sensibilidad de los "reformistas", de una repugnante plebeyez. Luego de un corto viaje a Montevideo, Pablo regresa a Soriano acompañado de Carlos Albín. Días después, Galarza se vino a Mercedes, donde se le vio en el teatro, sin que diera muestras de querer irse. Luego de rendir homenaje al Obispo Yéreguy, se decidió al fin a hacerlo. El 4 de marzo se celebra en el Hotel Central de Dolores un banquete en su honor, y el 10 de marzo se organizó una gran manifestación galarcista de despedida. La columna partió de la casa de Galarza, encabezada por la banda de la Sociedad Italiana y por muchos italianos con sus "características chaquetas de pana y sus zapatos claveteados", al grito de "mueran los blancos, los traidores Irisarri" y "La Reforma". Encabeza la manifestación Carlos Albín, quien en esos días precisamente había determinado la prisión del inquieto Marcelino Lara por haber tratado al Jefe Político Francisco Albín, padre de Carlos, de "viejo decrépito". Luego de los acostumbrados despliegues oratorios, se le entregó a Galarza un álbum firmado por varios vecinos. (1) "La Reforma" arreció su ofensiva contra los italianos, a

(1) Francisco Varsi, J. R. Fleitas, Leopoldo Litman, Eduardo Díaz Sienra, Manuel Varsi, Eduardo Espinosa, José P. Centurión, Ciriaco Padilla, Victor y Juan Varsi, Angel Dufor, Miguel Muela, Pablo Avila, Desiderio Fleurquin, Dr. Mendouça, Anselmo Rodríguez, Antonio Battro, Victorino Coello, Fortunato Ramírez, Luis Caresani, Rito Castellanos, Wenceslao Lares y Salvador Ferreras.

quienes Galarza —decía— los sobornaba con "dos o tres reales para comprarse cigarros de la paja". "La Cruzada" saca entonces a relucir los nombres de los comerciantes Antonio Battro y Cayetano Giuzzio, incapaces —arguye— de venderse por mucho más que eso, y entabla una contraofensiva contra Enrique Sueyras. El maestro Cachés es el encargado de hurgar en su vida privada, a lo que Sueyras responde con un juicio por calumnias. La violencia verbal (y en alguna ocasión, física, al encontrarse en la puerta del Juzgado) de ambos litigantes, alcanzó niveles excepcionales. Sueyras retiró su denuncia por considerar a Cachés un ebrio irresponsable que oficiaba de testaferro, contestando Cachés en un escrito al Juez que Sueyras no era sino un mandadero de Etchevarría, un perro "chupa-melones" que le había llorado miserias a Pablo Galarza, quien había terminado por arrojarle un cóndor a los pies, un adulón que en el 84 había firmado el álbum de homenaje al caudillo insertando una entusiasta dedicatoria, etc., etc. El Juez Pittamiglio debió finalmente intervenir reconviniendo a ambos por sus excesos verbales.

Y se fue al fin el famoso Regimiento con gran dolor de las "chinas", quienes a último momento se decidieron a compartir el exilio de sus compañeros. Repartidas en doce carretas, ellas también emprendieron la marcha en pos del Regimiento. Con el consiguiente perjuicio para el comercio, cuyas entradas, a raíz de aquella evacuación en masa, disminuían, según cálculos que algunos se apresuraron a hacer, en unos quinientos pesos diarios.

Aunque Mercedes parecía ahora prometida a una paz reconfortante, las pasiones personales estaban lejos de haberse apaciguado. Tal lo que se pudo comprobar en un gran acto galarcista que se llevó a cabo el 2 de junio de 1889. Se corearon allí en efecto varios "muera el mulatillo Lara", volviendo a tener relevante participación en tales manifestaciones la colectividad italiana, "con sus casacas de color indefinible y su tradicional paraguas de algodón de colores chillones".

En cuanto al viejo Gervasio, a fines de ese año, en ocasión de las elecciones que entonces se realizaron,

se hizo nuevamente sentir, obligando al Sargento Mayor de Villa Soriano, encargado de traer los pliegos con los escrutinios a Mercedes, a pedir una guardia policial que lo custodiara, pues "temía —expresó entonces— que Galarza le saliera al encuentro". Gervasio, en efecto, solía pasar temporadas en Las Maulas, estratégicamente situada a mitad de camino. Había dispuesto allí un fogón al cual se ascendía mediante una escalera, precaución del viejo guerrero desconfiado.

GALARZA VUELVE

Aunque ausente del departamento, Pablo seguía contando con fervorosos adictos, los que virtualmente acapararon las mesas escrutadoras en las elecciones que, para integrar la Junta local, se realizaron a fines del 90. Los galarcistas, enfrentados en esa ocasión a los colorados llamados "liberales", contaron con el apoyo de buena cantidad de nacionalistas. Esa alianza pareció afirmarse al año siguiente, durante el cual se habló de un "pacto" entre ambas tendencias. Por el mes de agosto, empezó también a difundirse el rumor de que volvía a Mercedes el 2º Regimiento, lo que provocó en seguida la imaginable conmoción. Simultáneamente se reanudaron las viejas críticas, comentándose que un recluta reclamado por Galarza desde Tacuarembó, y entregado por el Jefe Político Camp a la justicia, dando muestras así de "notable entereza", había optado por suicidarse de una puñalada, antes de volver a soportar la disciplina que solía imponer "El Tonante de la Plaza Nueva".

Confirmando los rumores circulantes, se supo entonces que las sastrerías locales estaban confeccionando trescientas chaquetillas para el Regimiento y que se había encargado un instrumental completo para la Banda. La vuelta de Galarza era pues inminente. Días después se iba anunciando su acercamiento a Mercedes, con parecida expectativa que la que provocara la vuelta de Napoleón desde su destierro en la Isla de Elba.

Por fin, luego de un graduado suspenso, el 3 de enero de 1892, Pablo Galarza hacía su entrada solemne y

espectacular en la ciudad de Mercedes. Abrían el cortejo dos carruajes ocupados por Galarza, el Sargento Mayor José V. Tavera, Eduardo Díaz y Sienra, Carlos Francisco Albín, José Oliveros y Antonio Battro. Los seguía una nutrida y piafante cabalgata que venía desde Fray Bentos. La llegada del caudillo fue anunciada con un enorme cartel en el que se leía: "El Gefe Político saluda o los 32.617 habitantes del Departamento de Soriano". Al usar las cifras exactas que se obtuvieran en el censo realizado en 1890, Galarza quería expresar su intención de incluir en dicho saludo a amigos y a enemigos; mas no faltó quien, recordando al infortunado Coello, pensara entonces que bien podían haber sido 32.618.

UNA NUEVA EPOCA

Quién sabe qué se esperaba de Galarza; lo cierto es que en "El Teléfono" apareció a poco un suelto en el que se comentaba, con irónico asombro: "A los tres días de su llegada, Galarza y su Regimiento no han hecho nada que los haga merecedores de críticas", lo que parecía considerarse un hecho excepcional. No lo era tanto, sin embargo, si se consideran las circunstancias que ahora volvían improbables las antiguas extralimitaciones del poder. Ya en 1888, en efecto, se habían ampliado las atribuciones de las Juntas locales, y Julio Herrera y Obes había continuado la política antimilitarista, fomentado con habilidad las divergencias que separaban a los militares de más alta graduación y disminuyendo progresivamente su influencia. Ese proceso culminó al sancionarse su ley, en marzo de 1893, por la que establecían Juntas Electorales, mucho más independientes —por lo menos en teoría— que las antiguas, con respecto a la otrora absorbente influencia presidencial. "El Coronel", aquella institución todopoderosa, con su "carraspera autoritaria" y el "chas-chas de los latones", se iba convirtiendo así en cosa del pasado. Pablo Galarza, aunque directamente afectado por ese nuevo estado de cosas, supo empero amoldarse, y aunque no pudo ser ya el personaje imprescindible

y omnipotente que era antes, logró salvaguardar con dignidad su prestigio y su ascendencia. Empezó por asociarse a las tácticas presidenciales, al punto que su nombre era mencionado por sus enemigos entre los "bandoleros mandados por el Presidente de la República para rodear las urnas", apareciendo implicado en la falsificación de los registros electorales y en otras maniobras que entonces se denunciaron. Y de que su palabra seguía siendo decisiva, se tuvo claro testimonio al divulgarse un telegrama que algunos colorados le enviaron al Presidente y a Idiarte Borda, pidiéndoles que influyeran en el ánimo de Galarza para que integrara la lista de la Junta con determinados candidatos. En ese mismo año Herrera y Obes había expuesto su tan comentada teoría de la "influencia directriz". A raíz de esa teoría era que Batlle quemaba entonces sus cartuchos contra los "colectivistas", como se denominaba a quienes recogían dicha teoría, según la cual no podía haber otros candidatos que los que surgían de la "colectividad" política afecta al gobernante.

Como contrapartida de los famosos "guayaquises" de Galarza, se hablaba por entonces de los "arachichuces" de Díaz Olivera, el prestigioso caudillo blanco. La oposición volvió a plantearse con acritud. Se afirmaba que para las elecciones de 1892 los electores eran llevados a las urnas en carruajes con las listas ya prontas. Y aquí no podemos dejar de señalar un relativo retroceso en nuestras costumbres electorales, pues lo que entonces se consideraba, y con razón, un escarnio a la soberanía popular, es hoy un expediente que se considera normal y hasta laudable.

Cada vez que se amenazaban sus posiciones de algún modo, el viejo Gervasio contestaba con su frase habitual: "Se van a encontrar con el horcón del medio". Por esos días cayó a casa de Pablo una delegación de católicos con el propósito de hablarle. Pablo siguió tomando el fresco en la acera sin atender a sus visitantes, y dicen que comentó: "A ése y al pariente que me viene aquí a tocar pericones en la guitarra, los conozco más de los que ellos se suponen; cualquier día los voy a sacar a los dos con la cola entre las piernas. ¡Ya verán esos zonzos!".

EL PATRIARCAL GERVASIO

En cuanto a Gervasio, se había convertido en esa última década del siglo en un personaje consular, "presidente obligado de los actos y ceremonias de la villa de Soriano y de la ciudad de Dolores, próximas a su estancia de "Las Maulas"; "conservó siempre su porte marcial pero afable, vestido con su traje gris de paisano". "Hombre de buen natural —lo define José M. Fernández Saldaña— ejerció mandos militares o administrativos a satisfacción general, buen conocedor de las personas y del ambiente. Prudente y conservador, ajustaba siempre su conducta a las indicaciones oficiales, dócil a lo que —analfabeto y con cierto temor reverencial— llamaba en su lenguaje "los gabinetes".

Era cosa corriente ver a Gervasio, con su natural bonhomía y sencillez, rodeado de gurises, los que solían abusar de su condescendencia. Hubo ocasión en que llegaron a apropiarse de su quepis de coronel a fin de proveerse de ballenas para sus pandorgas. Gervasio, reconviniéndolos con su tonito entrerriano y pachorriento, les toleraba finalmente todo: "Pero muchachos, me las hubieran pedido...". Le agradaba particularmente hacerles cuentos y relatarles sucedidos de su largo historial. Por ese entonces compró la estancia "La Virgen", "en sociedad con Bernardina", según él mismo declarara. Solía parar en el Hotel de Doña Cipriana; Eugenio Lisaut, hijo de ésta, recuerda aún las veces en que Gervasio lo llamaba para que le leyera "El Boletín Telegráfico", hoja que sacó algún tiempo Federico Castellanos: "A ver, muchacho, leéme esto". A la hora de la cena solía recibir la visita de varios amigos, entre ellos Doblas, con su característico poncho doblado sobre el hombro. Gervasio era de poco hablar pero amigo de dar bromas; una de sus víctimas preferida era el coronel Gutiérrez, sobre todo cuando éste andaba con algunas copas demás: "Mírenlo, ahora no es capaz de dar un tranco derecho".

Una profusa correspondencia mantenida por esos años con el Ministro de Gobierno Francisco Bauzá, pone en evidencia la decisiva importancia que asumía la gestión de los Galarza en los pronunciamiento del Partido

Colorado. El 7 de diciembre del 92, Pablo lo entera de la inminente renuncia del Jefe Político Saturnino Camp, agregando: "recuerdo a V. E. para que si es posible lo sustituya el ciudadano Carlos Albín, y en ello no me guía otro móvil que la amistad imparcial y sus antecedentes". Un mes después, el 14 de enero del 93, Gervasio le comunica a Bauzá desde "La Escalera" que el vecindario "está aterrorizado" debido a dos crímenes cometidos recientemente: un sargento que mató a un soldado en la Agraciada y un policía que mató a un segundo comisario en el "Paso de la Arena"; concluye Gervasio estableciendo la necesidad de designar comisarios como el Comandante Doblas y el Mayor Pascual Valdés, capaces de poner un freno a tales desalmados. El 20 de enero contesta Bauzá, aclarando que si no se han designado nuevos comisarios se debe al hecho de que Pedragosa, propuesto como Jefe Político, había enfermado y luego renunciado, pensándose ahora en el Coronel Juan José Díaz, quien fuera posteriormente designado. En marzo, Bauzá le enviaba a Gervasio noticias de distintos puntos y un retrato suyo; fue portador de ésta y otras cartas el Dr. Manuel Tiscornia, quien terminaba de rendir su último examen. En marzo 14 y en abril 20 Gervasio le envía sendas cartas, agradeciendo los saludos y la foto, y le adjunta otra carta para que se la pase al general Giménez "a ver si se ponen de acuerdo". El 29 de abril Bauzá le advierte a Gervasio que con sólo una palabra de éste puede hacer que Demetrio Pereira "se decida"; agrega Bauzá que "el general Muñoz recibirá con gusto una tarjeta de Ud". Aún así entrecortadas, tales comunicaciones no permiten dudas acerca de la influencia decisiva que los Galarza tenían entonces en Soriano.

Por esa época el presidente Herrera y Obes mandó llamar desde Montevideo a Gervasio Galarza, quien le impresionó bien por su ponderación y en quien depositó su confianza. Volvió Gervasio a Mercedes, fue objeto de un gran homenaje en el Politeama, siendo luego banqueteado en la Barraca Varsi con gran concurrencia. Gervasio recibió entonces a muchos correligionarios en el Hotel de Doña Cipriana; allí les habló con

suma mesura y cordialidad, tratando de limar asperezas, comunicándoles alentadoramente que "El Presidente está contento con Uds".

ANTES DE LA REVOLUCION DE SARAVIA

En ese año, sin embargo, volvieron a suscitarse enconadas discrepancias en filas coloradas, resistiéndose algunos elementos locales a las candidaturas que, siguiendo instrucciones de la capital, habían impuesto Gervasio y Pablo Galarza. Cuando las deliberaciones de la Asamblea colorada alcanzaron su máxima efervescencia, los galarcistas prorrumpieron en sonoros vivas a Pablo y a Gervasio, contestando los integrantes de la mesa, antigalarcistas en su mayoría, con vivas al Presidente de la República. Francisco Albín y su cofradía de galarcistas se asociaron a esos vivas, pero un muchacho no pudo entonces contenerse y lanzó tremendos insultos al Presidente de la Asamblea, lo que provocó un escándalo general y la consiguiente dispersión de los congresales. Realizada posteriormente la elección, resultó triunfante la candidatura del galarcista Desiderio (mas conocido por Desiré) Fleurquin. Quiso su mala suerte que pocos días después fuera arrojado por su caballo, muriendo a consecuencias del golpe recibido. Como decía entonces el cronista de "El Teléfono": "¡Pocos son los buenos y se van!".

Como respuesta a quién sabe qué provocaciones, Díaz Olivera publicó en ese mismo año una solicitada de singular arrogancia: "Desprecio las barbaridades y bravatas [. . .] No pretendo asustar a nadie ni me dejo asustar impunemente, aunque no me rodeo de matones que me guardan las espaldas. Sólo, se me encuentran por las calles de Mercedes, de día lo mismo que a altas horas de la noche. Que me busquen y me hallarán siempre dispuesto a responder de mis actos".

De la actuación de Pablo durante los tres años siguientes apenas si han trascendido incidentes de muy escasa monta. Nos enteramos así que "al frente del 2º Regimiento, fue destacado al departamento de Colonia

a fin de preservarlo de la invasión del cólera", no sabemos si a lanza o a ponchazos.

Otras circunstancias poco importantes pudimos registrar en esos años. Así, el 7 de octubre del 93 debió Pablo acudir al norte del país en donde se libraron algunas escaramuzas entre tropas brasileñas que habían violado la frontera. Nos relataba el general Gomeza que en el desfile efectuado en Montevideo el 18 de Julio de 1894, Galarza dio pruebas en público de su maestría de jinete, causando sensación la agilidad con que montó de un salto en su cabalgadura. En octubre del mismo año corrieron rumores de que Galarza renunciaba a su cargo, pero él mismo desmintió de inmediato tal noticia. El orígen de tales rumores era el desaire que habría sufrido de parte del Jefe del Estado Mayor, al ser desestimada una solicitud de ascenso, debido, según dicho Jefe, "a no satisfacer las condiciones del Código".

Por ese entonces su hermano Gervasio era designado edecán del Presidente de la República, y demostraba sus grandes condiciones de esgrimista en su asalto a sable mantenido con el capitán Amaro. En cuanto a Pablo pasaba algunos días de descanso en la estancia del Jefe Político Carlos Albín, quien solía retribuirle las visitas. Fue entonces cuando Pablo trabó conocimiento con el joven Pedro Manini Ríos, con quien habría de mantener una estrecha amistad durante el resto de su vida. Su pasatiempo favorito consistía por entonces en las reuniones musicales que organizaba en el Hotel Francés, en el edificio ocupado hoy por el almacén Soumastre, frente a la Plaza Nueva. Hacía ir a tres músicos: Víctor Doti (fuente de esta información) con su guitarra, Acosta con su bandurria y un tercero que ejecutaba la flauta. Los invitaba a cenar, cerraba luego la puerta con llave, hacía traer vinos finos de "El Poble Diablo" de Giuzio, y la música se prolongaba hasta altas horas de la noche. Como un efecto inesperado de las copas, aún recuerda Víctor Doti que solían retirarse al grito de "¡Vivan los blancos!". Pablo acompañaba a veces el concierto tocando en su lujosa guitarra de jacarandá.

Fue muy lucida la recepción que le organizó a Monseñor Soler; colaboraron en dicha emergencia Eduardo

Espinosa y el capitán Ríos, quedando la oratoria a cargo del capitán Nicolás Suffiotto. Días después, su padre Gervasio se trasladaba a Montevideo, "a preparar —según aseguraba "El Teléfono"— el amasijo elecoral para las próximas elecciones". Puede resultar de interés saber que de los 32.000 habitantes del departamento, sólo 2.100 estaban en condiciones de votar, y que mientras el 2do. Regimiento costaba $ 41.533, los gastos para Instrucción Pública en el departamento eran sólo de $ 35.000.

En ese año Pablo sufrió una espectacular caída, lesionándose una rótula de cierta consideración, y enfermando simultáneamente de un reumatismo que lo obligó a guardar cama durante varios días. Se conocen además algunas de sus actitudes más características de esa época; como ante el caso del soldado que, habiendo recibido diez centésimos a cuenta de los siete meses que se le adeudaban, los arrojó violentamente a la calle, haciéndose merecedor de un mes de calabozo y de fajinas intensivas. Al salir en libertad, Galarza le regaló tres libras esterlinas. Aunque no era muy desprendido, solía darle un peso o cinco reales a quien veía en apuros de dinero. Se recuerda así también otra ocasión en que llegó a darle dos pesos a Froilán Calengo, como recompensa por haberle traído un mate y una bombilla que se le habían extraviado. Su generosidad no era por cierto virtud incontrolada, sino que dependía muy estrictamente de su sentido de la justicia.

ESTALLA LA REVOLUCION

Y llegó 1897. Ya en noviembre del 96 Aparicio Saravia se había hecho sentir en el norte del país, como el lejano tronar que anuncia la tormenta. Pablo Galarza no llegó entonces a tomar ninguna parte activa, aunque intervino en la organización de la campaña. En cuanto al viejo Gervasio no estaba ya para estos trotes. En carta confidencial del 6 de enero del 97, Idiarte Borda, que ocupaba la Presidencia en virtud del azar de una elección trabajosa, le informaba confidencialmente a Juan H. Soumastre (quien sucedía a Albín en la Je-

fatura Potítica de Soriano), que "el general Galarza está muy viejo y sufriendo mucho de reumatismo. Se afirmaba que su viaje a Montevideo se debía a sus propósitos de renunciar a la Jefatura de la División Soriano, y de gestionar dicho cargo para Gervasio hijo." El 2 de enero el poeta mercedario Bernabé Comes publicaba con ese motivo una extensia poesía dedicada a "La División Soriano", de la que extraemos algunas estrofas, como expresión popular suscitada por Galarza:

"La valiente División
denominada Soriano
no me hace elevar en vano
los cantos del corazón.
La manda un viejo campeón
de mi glorioso partido
que entre los jefes ha sido
no sólo como valiente
notable y sobresaliente
sino como decidido".
"Galarza es el general
que trémulo el labio nombra
y que se formó a la sombra
del pabellón oriental.
Garibaldi el inmortal
cuyo pecho fue muralla
que respetó la metralla
fue del valor testimonio
al verlo de San Antonio
en la famosa batalla".

"Donde clavaba los ojos/también clavaba la lanza", comenta Comes en su poesía.

En las tinieblas que se cernían sobre el país, los faroles del alumbrado público que a principios de 1897 se inauguraron en Mercedes, apenas si traían un anuncio de luces y progresos. Mas que "luz eléctrica", comentaba "El Chaná" del 21 de enero, era "oscuridad eléctrica". Se denunciaban sus "malos resultados que tuvo desde el principio, las noches numerosas en que no se enciende", y los largos apagones que se producen en las otras. Para marzo se extendió ese "beneficio" a

las casas particulares. Las "luces de la ciudad", la técnica, en general, significaba la invasión del espíritu metropolitano en la conciencia campesina. El campo —y Mercedes era parte, hasta entonces, de ese "campo"— perdía su fuerza y su perfil; se mestizaba, como se hacía entonces con el ganado en gran escala. La rebelión de Saravia agrupó en torno, aunque sin la pureza de otrora, muchos de los impulsos campesinos. A Galarza habría de tocarle un papel forzosamente híbrido. Con armas extranjeras, con modalidades importadas, habría de luchar contra quienes, en realidad, participaban de muchas de sus cualidades más genuinas. La lucha, así, no sería para él significativa, sino, a lo sumo, de su coloradismo y de su sentido inalterable de la obligación.

GALARZA EN ACCION

En los primeros días de marzo se producía el levantamiento de Aparicio contra el gobierno de Idiarte Borda, hostilizado a la vez por los llamados colorados independientes. Y desde el primer momento, y al frente del famoso 2do. Regimiento de Caballería, Pablo Galarza tomó parte en las operaciones. Salió de Mercedes con dirección a Rosario, y de allí volvió hacia el norte, rumbo al Paso de Lugo. En Paso de los Toros, enterado de la captura de un cura portador de cincuenta mil pesos que se habían recolectado entre los habitantes de Mercedes y que el párroco Arrospide se había encargado de enviar a la Revolución, Galarza dirigió encendida arenga a sus tropas, proclamando que, aún sabiendo que en el Ejército había vendidos, él seguiría peleando hasta el final. La Guardia Nacional de Soriano estaba comandada por el coronel Juan Cataumbert, como segundo Jefe el mayor José Pollero (a quien todos llamaban "papá"); una de sus compañías era mandada por el capitán Solano Lima (fallecido hace poco y de quien recabamos muchos datos para esta obra), y otra por el capitán doctor Francisco Miláns Zabaleta.

El general Manuel Benavente había dividido el Ejército gubernista en tres brigadas; la tercera estaba inte-

grada por la División de Minas y por el Regimiento de Galarza, quien llevaba como Segundo Jefe al teniente coronel Pedro Vega. Desde Paso de los Toros, las fuerzas gubernistas siguieron en dirección a Polanco. Y en el mes de agosto se produce la importante batalla de Tarariras, encuentro en el que Galarza ratificó la fama de que venía precedido. Colocado en la extrema vanguardia, fue el primero en chocar con el enemigo. El fuego se hizo intensísimo y Galarza debió ser reforzado por Benavente, quien en su parte se hizo lenguas de "la intrepidez" con que el jefe chaná atacara al enemigo. A las tres de la tarde la revolución debió emprender la retirada, siendo perseguida por Galarza, quien debió luego desistir por tener su caballada cansada. En esa misma batalla fue donde murió Machuca, el presunto matador de Coello; recibió en la emergencia un balazo mortal en la frente (o en la nuca, según otras versiones), no faltando malas lenguas que acusaran del hecho al propio Galarza, a quien parece que no le agradaba mucho la locuacidad de que Machuca hacía gala cada vez que estaba con algunas copas encima. Machuca se había incorporado al Regimiento luego de haber sido puesto en libertad por la policía de Gualeguaychú a comienzos de marzo del 97, debido, según "El Chaná", a no haber sido reclamado en forma.

Al mes siguiente se libró la Batalla de Aceguá, en donde las fuerzas de Galarza "ultimaron" a los revolucionarios, terminando la lucha "con sus lanzas ensangrentadas". Su padre Gervasio, entre tanto, había estado enfermo por el mes de julio, de gravedad según se dijo, pero al mes siguiente desempeñaba ya la Comandancia general del departamento; el 6 de setiembre, pocos días antes de que se firmara la paz, comunicaba la victoria alcanzada por el teniente coronel Eladio Gutiérrez en Paso de la Laguna. En esa ocasión, un antiguo soldado de Máximo Pérez, el moreno Gumersindo Silveira, atravesó con su lanza al comandante Fernández, a quien después salvó la vida en actitud que todos encomiaron.

Caído Idiarte Borda el 25 de agosto ante la bala de Arredondo, había asumido el Poder Ejecutivo el Presidente del Senado, Juan Lindolfo Cuestas, hombre

adicto al Presidente asesinado, pero determinado a amoldarse a las nuevas circunstancias. Buscó así la paz, que se firmó el 18 de setiembre en las condiciones conocidas.

REGRESO TRIUNFAL DE GALARZA

El 5 de octubre Pablo Galarza entraba de regreso en Mercedes, habiéndose adelantado su padre Gervasio a recibirlo en Coquimbo con la División de Soriano. La entrada en la ciudad fue una verdadera apoteosis. Entraron por calle Paysandú, y luego doblaron por Colón hasta la Plaza Constitución. Pablo venía con su traje de campaña: guerrera de paño negro con vivos mordoré, pantalón negro con franja también mordoré, poncho negro, golilla de seda negra, botas granaderas de charol, guantes negros y un chambergo negro de alas anchas con una divisa roja y la inscripción "Vencer o morir". Cerca de tres mil personas marginaron su paso desde las aceras y ventanas; varias mujeres se abalanzaron a besar al caudillo, mientras otros entusiastas pretendían tirar del carruaje, a lo que Pablo se opuso. Luego de formar cuadro con su legendaria corrección, el 2º Regimiento desfiló en la Plaza Constitución ante Gervasio Galarza. Estallaron clamorosos vivas al viejo General, quien respondía con inclinaciones de cabeza. Se vivó también a la unión, a Pablo Galarza, al Presidente y a la División Soriano, pronunciando Pablo Galarza votos por la felicidad y unión de todos los orientales. Además de la División Soriano, hizo marco en la emergencia el plantel de la Guardia Nacional. La nota imprevista la dio el coronel Pollero al ser derribado por su cabalgadura, lo que le valió las consiguientes burlas amistosas de Pablo; ante la réplica de Pollero ("Pero me subí enseguida") Pablo debió luego conformarlo alabándolo por la presteza con que había sabido dominar su caballo: "Ya lo he visto —le dijo—; así me gustan los hombres".

Algún rumor, no obstante, vino a empañar el prestigio de Galarza. Relatado por alguien que lo conoció de cerca (y trasmitido a nosotros por una de sus hijas), un hecho lamentable, en efecto, había sido prota-

gonizado por el caudillo en la reciente campaña. Haciendo una recorrida por el campamento, vio Galarza a un guardia durmiendo con el rostro cubierto por el quepis. "Yo te voy a despertar", dijo entonces, y tiró un balazo con el propósito, según expresara después, de atravesarle el quepis y asustarlo, pero el infeliz tenía la cabeza más levantada de lo que parecía, apoyada en una piedra, y el quepis tan embutido sobre el rostro, que el tiro de Galarza le partió la frente y terminó ipso facto con su vida. El hecho no trascendió. Y en cuanto a la veracidad del relato, quisiéramos no creer en ella, pero su origen nos obliga a pensarla como muy posible.

Un mes después, el 15 de noviembre, el viejo Gervasio renunciaba por razones de salud a la Jefatura de la División Soriano. "El Chaná" de la fecha publica entonces un manifiesto de despedida, en donde el viejo caudillo expresa adoptar su decisión "en busca del descanso y tranquilidad que reclaman mis años y mis achaques consiguientes". Expresa además su gratitud para con todos y su satisfacción por haber cumplido su deber. Agrega el periodista: "es el único general que hemos tenido, el más querido entre los chanás". Luego de estar dos días en Mercedes, Gervasio se ausentó para su estancia "La Escalera".

LA CANDIDATURA CUESTAS. PABLO SE VA

De la correspondencia de Francisco Bauzá que consultamos en el Archivo General de la Nación, extrajimos varias informaciones relativas a los Galarza en esos años finiseculares. El 8 de diciembre del 97, Gervasio Galarza, por medio de su hija Bernardina, le comunica que está trabajando "a fin de que Más influya a favor del candidato que Ud. me indica", y que no era otro que Juan Lindolfo Cuestas. La candidatura de Cuestas, había sido prácticamente impuesta por Batlle, quien terminó de ese modo con la influencia de Julio Herrera y Obes, radicado por ese entonces en Buenos Aires, desde donde pretendía restablecer sus teorías "colectivistas". Ese padrinazgo tenía forzosamente que despertar prevenciones en los Galarza, quienes no podían olvidar

la actitud de Batlle diez años antes, en ocasión del crimen del periodista Coello.

"El Teléfono" del 3 de febrero informa que se estaba recabando firmas de militares en apoyo a Cuestas, pero que Gervasio hijo se negó a firmar con gran disgusto de su padre. La actitud de Gervasio hijo fué de particular integridad. Habiéndose trasladado a Montevideo para hacerse cargo de la Compañía Urbana, su negativa le costó ese puesto; apresado cuando iba a embarcarse para Mercedes, el 16 de febrero era dejado en libertad ("El Teléfono", febrero 17). Se decía que tanto Pablo como su hermano eran "mal mirados" por sus vinculaciones con Tajes y con Eduardo Vázquez. Corrían rumores de que se iba a solicitar la renuncia de Pablo por su actitud "equívoca" ante el congreso cuestista. "El Teléfono" del 29 de enero comentaba con sorna: "Será el primer porrazo que recibirá el General en su vida de equilibrios". Lo cierto es que en un principio se negó a firmar, expresando que lo haría cuando llegara a Durazno, adonde había sido trasladado con su Regimiento, y hacia adonde partió el 8 de febrero del 98. Pero su viaje fue muy lento, según algunos maliciosos para esquivar el bulto, según otros porque las caballadas estaban en mal estado y porque muchos soldados se fueron en carretas. Se desmintió que hubiera arreado caballada arbitrariamente, como se había asegurado. Pablo se ausentaba así definitivamente de Mercedes, como que sólo habría de volver en calidad de visitante. Días después, el 12 de febrero, Benito Cuñarro se hacía cargo de la Jefatura Política que ocupara hasta ese día Juan H. Soumastre. Cuñarro había sido en el 86 uno de los más enconados adversarios de Santos, como periodista y activo opositor. El 16 de febrero se produce el golpe de Estado de Cuestas, disolviendo la Asamblea Legislativa, y dando así un golpe de muerte al "colectivismo". El inspirador del golpe fue José Batlle y Ordóñez, y el pretexto, la oposición que muchos legisladores ofrecían a la candidatura de Tomás Gomensoro para la Presidencia. La rebeldía de Gervasio (hijo) no duró sino meses. El 3 de setiembre, en efecto, él mismo le escribía a Bauzá en nombre de su padre, y le informaba que había estado trabajando por la Unión del Partido Colora-

do, la que se consiguió en torno a la proclamación del mismo Cuestas. Francisco Miláns Zabaleta, por su parte, le escribía el 6 de setiembre a Bauzá comunicándole que a Cuñarro lo rodeaban elementos jóvenes "pero no los de abolengo". Por su parte dice contar con el apoyo de Gervasio Galarza, el Dr. Camps, Demetrio Pereira, Maza y otros, quienes organizaron el Partido con "su solo esfuerzo y su dinero". Expresa sin embargo el temor de resultar burlados por Cuñarro, "a quien nada le importaría de lo que suceda por no tener aquí ninguna clase de vinculaciones". Agrega la conveniencia de que Gervasio haga un viaje a Montevideo, de donde Bauzá lo llamó, pero adonde no pudo ir por razones de salud.

PROCLAMACION DE BAUZA EN SORIANO

En una carta enviada a Bauzá el 26 de julio de ese año, comunica Tiscornia haber hablado en un acto realizado en la Plaza Nueva; terminado su discurso, el Jefe Político Benito Cuñarro pegó el grito "¡Viva Don José Ellauri, el constituyente", "intempestiva exclamación —agrega— que dio que pensar". El 25 de octubre del mismo año Tiscornia comunica un ilustrativo panorama de las influencias personales en la política departamental: "Carlos Albín escucha al Gral. Galarza, Demetrio Pereira simpatiza con Tajes, Bermúdez oye a Borda, Francisco Albín no piensa sino lo que piensa su hijo Carlos, y ambos lo que diga Galarza"; en cuanto a éste, eje en torno del cual giraba toda la opinión partidaria, trabajaba especialmente en favor de Tajes. Una reunión realizada por entonces en Dolores, lo encontró así rodeado de figuras de relevancia partidaria, como Luis Madrid, Cipriano Villalba y otros más.

Las maniobras de Cuñarro parece que provocaron roncha. Cuñarro hizo correr la bola de que las candidaturas recomendadas por Bauzá no contaban con las simpatías de Cuestas, logrando que varios colorados de fuste, como el capitán Centurión, el coronel Cataumbert y el sargento mayor Florentino Gareta, cambiaran de opinión. Tal el dato que le suministrara el 25 de oc-

tubre Lamarca a Bauzá, a quien pocos días antes Miláns le había llevado formalmente el ofrecimiento de la senaturía por Soriano. En carta dirigida a Gervasio, Bauzá agradece y acepta tal proclamación. El 30 de octubre, pese a "la oposición descarada" que presentó Cuñarro, haciendo pesar su influencia oficial Lamarca y Miláns, y explotando el nombre de Cuestas, logran que sea proclamado candidato el insigne historiador Francisco Bauzá. Los nacionalistas, entre tanto, se hallaban divididos, pues buena parte apoyaba a Antonio González Roca, "cuyas vinculaciones con la situación actual son notorias", según le escribía Bauzá a Gervasio el 9 de noviembre. Tanto es así que el propio González Roca aparece llevándole a Gervasio una carta de Bauzá fechada el 21 de noviembre, en la que expresa su deseo de que González Roca sea incluído como candidato en las listas propiciadas por los colorados galarcistas. En carta fechada el 16 de noviembre en "La Escalera", Gervasio expresaba que intercedería ante sus amigos para que aceptaran la inclusión de González Roca. Y pocos días después, el 8 de diciembre, un núcleo importante de nacionalistas declaraban su adhesión a la candidatura Bauzá en cumplimiento del acuerdo establecido. Hubo no obstante colorados, como Pedro J. Centurión, que no querían votar juntos con los blancos y que propiciaban listas separadas. En carta enviada el 12 de octubre a Bauzá, Demetrio Pereira le revela que hasta hay un Jefe de Serenos de Mercedes que acapara balotas haciendo trabajos sospechosos sin su conocimiento. Cuñarro es "el gran enemigo", escribe D. Pereira, y nos trata a todos —agrega— de "colitivistas" (por "colectivistas").

TRIUNFO COLORADO CON VOTOS BLANCOS

En telegrama fechado el 27 de noviembre, Pereira le comunica a Bauzá: "Nuestros candidatos votados por unanimidad. Blancos divididos votaron por González Roca". En carta fechada el 4 de diciembre le envía el resultado del escrutinio de la elección para diputados: Eduardo Fernández, 901; Miláns, 901; Lamarca, 897;

González Roca, 584; J. H. Soumastre, 897; Imas, 900; Díaz Olivera, 312.

Una de las primeras consecuencias de la victoria electoral fue la renuncia de Cuñarro y el nombramiento del teniente coronel Andrés Pacheco como Jefe Político de Soriano. En telegrama fechado el 14 de diciembre Miláns previene a Bauzá que González Roca se dirige a Montevideo y que le consta que lo quiere hacer aparecer como contrario a la situación actual. Existían desconfianzas nacidas de una situación bastante confusa. Así es como el 6 de diciembre la Comisión del Partido Nacional envía una violenta nota de protesta a la Comisión del P. Colorado alegando que se había violado el acuerdo, pues se había sustituído en la lista mixta el nombre del candidato blanco Juan José Díaz Olivera por la de González Roca, protesta que fue aclarada por los colorados. Se recordaba que años atrás González Roca (más conocido por "Chingolo"), había denunciado un levantamiento de Gervasio que resultó totalmente imaginario. Díaz Olivera, disgustado con sus correligionarios, se fue a radicar a Gualeguaychú, de donde no habría de regresar jamás.

ULTIMOS AÑOS DE GERVASIO

El año 1899 lo dedicó Gervasio Galarza a reorganizar el P. Colorado. El 14 de junio venía Bauzá al departamento. Gervasio ponía en pie de lucha los baluartes de Dolores y Soriano, y en cartas fechadas el 2 y el 11 de julio le comunica a Bauzá (junto con un pedido para que lograra apoyo en la reconstrucción del techo de la Iglesia de Soriano, obra iniciada por los propios vecinos) que continuaban en el departamento los trabajos de acercamiento y unión del Partido iniciados por entonces en Montevideo. El 13 de agosto le informa acerca de la creación en Dolores de un Club Colorado formado por gente joven, iniciativa que Bauzá aprueba (carta del 24 de agosto), aunque recomendándole a Gervasio que no abandone su superintendencia, pues su "experiencia y consejo" serían necesarios. El "viejo ñandubay", como le decían a Gervasio, siguió gozando hasta

su muerte de un prestigio indeclinable. Particularmente lucidos fueron los actos a que dio lugar la inauguración en 1898 del Club Garibaldi de Dolores. Los manifestantes se dirigieron en masa al Hotel Oriental, en donde se hospedaba Gervasio. El caudillo les dirigió una breve alocución, a la que siguieron palabras de su hijo homónimo. Se realizó luego un desfile popular con el viejo Gervasio al frente.

El 26 de febrero de 1900 Gervasio era ascendido a General de División, culminando así una carrera de seis décadas que empezara como soldado raso. Y como si su tarea se viera así consumada, el 13 de junio de 1901 moría el viejo caudillo sorianense en medio de la consternación de sus amigos y el respeto de sus adversarios.

LA MUERTE DEL CAUDILLO

El Club Colorado Libertad de Mercedes editó al año siguiente en la imprenta de "El Diario" un folleto de 66 páginas titulado "Al General Galarza", conteniendo discursos, telegramas y numerosos recortes periodísticos. Se elogiaba sobre todo su intrepidez en la guerra, su magnanimidad para con los vencidos, su mesura y su inteligencia natural, tan robusta como clara, su proverbial honestidad, su amor al trabajo y al orden, su sencillez y su respeto para con las opiniones de sus adversarios. La casa mortuoria, residencia de su hija Nicasia, casada con el comandante Ortega, estaba situada a media cuadra de la casa de Pablo, en Don Bosco entre Colón y 18 de Julio. Fue invadida por una multitud de visitantes, más de quinientas personas de todas las clases y tendencias. La agonía había sido larga; más de veinte días de fiebre alta, provocada por una "infección a la piel que degeneró en una púrpura hemorrágica y finalmente en un edema pulmonar agudo". Los doctores Ferrería y Brugulat lo asistieron hasta su último momento. A las cuatro y media, mientras afuera arreciaba la tormenta, expiraba el viejo caudillo, a quien rodeaban su hijo Gervasio y las hijas mujeres. Conservó su lucidez hasta el final y sus últimas palabras fueron "quiero que me entierren en Soriano".

EL ENTIERRO

A las diez partió el convoy en una carroza de Bianchi Hnos. tirada por cuatro caballos. Presidían la comitiva el comandante Gervasio L. Galarza, el Jefe Político Juan H. Soumastre, los coroneles Muela y Ramos, varios oficiales, etc. El cortejo siguió hasta el final de la calle 25 de Mayo, acompañándolo algunos hasta el arroyo Dacá. Siguieron rumbo a Soriano varios carruajes con familias y coronas y unos veinte jinetes. El Jefe Político junto con varios oficiales (Padilla, Valdés, etc.) se embarcaron esa noche en los vaporcitos "Vigía" y "Ciudad de Mercedes"; este último remolcaba una embarcación con cincuenta viajeros, los que sufrieron incontables visicitudes en un viaje que resultó muy accidentado. La lluvia torrencial impidió que se volcara en Soriano la multitud que se preveía; varias columnas que partieran de Dolores y otros puntos se vieron obligadas a desistir, otros llegaron, pero no sin sufrir, como dos sacerdotes que fueron desde Mercedes, varios percances y demoras.

HOMENAJES

Ese día fue decretado duelo nacional. Las banderas de los edificios públicos se pusieron a media asta. El cañón de la Fortaleza del Cerro dio salvas cada media hora, durante todo el día. El Ministro de Guerra General Callorda envió a Soriano al coronel Pacheco con la mitad de su regimiento. La Junta Departamental de Soriano, reunida extraordinariamente, resolvió concurrir en corporación. Las campanas de la iglesia doblaron largamente. Y llegaron innumerables telegramas, de blancos y colorados, testimoniando el sentimiento general; de González Roca, del comandante Tavera, del general Eduardo Vázquez, de Gregorio Sánchez, de Pedro Blanes Viale, de Julio Herrera y Obes ("...sentido pésame por la pérdida del viejo patriota, del bravo soldado, del fiel correligionario político y leal amigo."), etc., etc.; y uno de Pablo Galarza, desde Durazno, que decía así: "Querido hermano, dile a esos antiguos camaradas de

nuestro querido padre que la conducta ejemplar observada por él en la vida como ciudadano, como jefe de familia, como militar pundonoroso y consecuente, como noble amigo y esforzado correligionario, tendrá, en nosotros dos imitadores que no omitirán esfuerzos por llegar, sino a la perfección de sus virtudes, por parecernos como buenos hijos que somos del que nos acaba de dejar. Pablo Galarza".

EN VILLA SORIANO

A las once y media el cortejo emprendía su última etapa rumbo al viejo cementerio de Soriano. El cajón fue llevado a pulso en un trayecto de más de tres cuadras, siempre bajo lluvia y en calles que eran un fangal. Llevaban los cordones el Jefe Político Soumastre, Arturo Sienra, Florentino Gareta, Emilio Pérez y Tomás Echevarría. Venían después dos sacerdotes y varios monaguillos llevando la cruz en alto, luego un grupo sosteniendo el estandarte de la División Soriano, dos banderas nacionales y dos banderolas celestes con la inscripción "División Soriano" en letras plateadas y enlutadas por negros crespones. Seguían detrás más de cuatrocientas personas con más de sesenta coronas, mientras la banda ejecutaba música fúnebre. En el cementerio hablaron Federico Fleurquin, Luján Lehites, Ricardo Péndola, Roberto C. Mendoza, Francisco Eregoitía, Manuel Fruinque (estos dos últimos leyendo discursos de Guillermo Rivas y de Miguel Prestes respectivamente), Francisco Andriolo y Miguel Péndola, cerrando el acto Federico Fleurquin con la lectura de un telegrama de Saturnino Camp. El ataúd iba cubierto con una bandera nacional perteneciente a la División Soriano, y sobre ella la espada de aquel viejo y querido patriota, representante de una época de la que apenas si iban quedando ya los recuerdos. Los oradores recordaron diversos incidentes que demostraban la integridad sin tacha del caudillo; la ocasión, por ejemplo, en que el Presidente Santos le había mandado comprar un campo por sesenta mil pesos, campo que después quiso escriturar a nombre de Galarza, el caudillo contestó en-

tonces que no lo aceptaría, aduciendo que "no tenía merecimientos ningunos".

En el Instituto José M. Campos, formando parte de la preciosa colección propiedad de Don Félix Milans, están actualmente en custodia una lanza y una pistola que pertenecieran a Gervasio Galarza. Según lo declara de su puño y letra Berna Galarza de Lema, con fecha octubre 6 de 1932, la lanza fue un regalo que le hiciera el general Angel Farías. En cuanto a la pistola, según lo atestigua Rafael Lema en carta fechada el 22 de julio de 1936, fue un regalo del Presidente Máximo Santos. Entre los papeles dejados por Bernardina Galarza, transcribimos a continuación una breve biografía de su padre; se confirman allí muchas de las noticias que incluímos ya en este trabajo, apareciendo algunas otras que no habíamos registrado.

LA VIDA DE GERVASIO RELATADA POR SU HIJA BERNARDINA

"Desde la edad de 15 años, hasta su fallecimiento, ocurrido el 13 de Junio de 1901, prestó sus servicios con todos los Gobiernos constituídos.

El 27 de Marzo del año 1845, tomó parte en la batalla de India Muerta bajo el mando del General Fructuoso Rivera. Con el Gral. Garibaldi, tomó parte en la sorpresa de Gualeguaychú. Con el mismo Gral. Garibaldi, tomó parte en la gloriosa jornada de San Antonio (Salto), donde recibió el grado de Sargento, derrotando las fuerzas Oribistas de Servando Gómez. El día 11 de Setiembre del mismo año 1845, a las órdenes del Capitán Ledesma, sorprende al caudillo blanco Martín Baldenegra al que hizo prisionero con todas sus fuerzas.

Después de San Antonio, vino la época más difícil para Galarza, ya que durante más de dos lustros, sigue luchando sin tregua ni descanso en defensa del Partido, y más que nada del Pueblo, amenazado a cada instante por los peligros de aquellas horas sombrías; siendo esto quizás su más hermosa actuación, a pesar de no poderse señalar las acciones en que le tocó actuar, por razón de las especialísimas circunstancias porque

atravesaba el País. Transcurre así la epopeya de la defensa de Montevideo y la Cruzada Libertadora de Flores que sigue al Paraguay. En todo este tiempo, el Gral. Galarza se pierde en los rebaños de los montes, azota los ríos desbordados, monta a caballo y oculto en las noches tormentosas, cae sobre el enemigo para exterminarlo a lanza y facón en pelea cuerpo a cuerpo, con coraje tal que hace milagros, que después se cuentan junto al fogón en las Islas del Río Negro, ayudando así al ejército de Flores y manteniendo de esta manera libre de invasiones al Dpto. de Soriano. Quiero decir que el Gral. Galarza, en todo ese tiempo, no descansó ni un momento en las operaciones guerreras.

Estalla después la revolución de 1870 y Galarza pelea en el combate de Yapeyú. Luego, el 27 de marzo del mismo año 1870, con los Coroneles Pérez, Olave, y Comandante Cardozo, derrotan al Gral. Aparicio en el Rincón de Ramírez. Más tarde, derrota a los revolucionarios José y Antonio Alvarez y defiende hábilmente la retirada del combate librado con el coronel revolucionario Emeterio Pereira. En agosto de aquel año, teniendo a su lado doce hombres tan sólo, entre los que figuraban Luis Madrid, Oficial de la Guerra Grande, y Miguel Ventura Puig, Oficial de la Cruzada Libertadora, inicia la reorganización de la División Soriano, con la cual reconquista el Dpto. invadido por la revolución de Aparicio. Fue entonces cuando, en las proximidades de la Villa de Soriano, derrota las fuerzas comandadas por los Coroneles Visillac, Gurruchaga, Salvañac y otros.

Después se halla en la triste jornada de Corralito, donde fue vencido el Gral. Caraballo, jefe de las fuerzas coloradas y en la que el Comandante Galarza, con hábil maniobra, salva al ejército vencido, llevándolo al Rincón de la Higuera, donde al siguiente día pelea con el mejor de los éxitos.

El 2 de enero del año 1871, bate las fuerzas revolucionarias del Comandante Romero que merodeaba esta jurisdicción. En febrero derrota, en Don Esteban, al Coronel Enrique Olivera; y dos días después, infiere un desastre al Comandante Juan Centurión. El 21 de marzo, vence, en Fray Bentos, a los revolucionarios

Tránsito Pérez y Manuel Giles. El 17 de junio pelea en la decisiva y sangrienta batalla de Manantiales, donde las fuerzas del Gobierno al mando del Gral. Enrique Castro, deshacen al fuerte ejército de Aparicio Timoteo. En esta batalla el Gral. Galarza era Jefe de la extrema vanguardia y tenía a sus órdenes al Comandante Tolosa. Después de este combate, Galarza continúa la persecución de los revolucionarios derrotados y bate, en Cololó, a los Jefes Uran, Corrales y Alvarez.

En mayo de 1875, estalla la Revolución Tricolor, y Galarza en las filas legales, combate en Perseverano, salva las fuerzas Gubernistas, conduciéndolas al Carmelo. Terminada esta revolución sigue, como siempre, sirviendo al Partido Colorado, sin defeccionar. Desempeñó también los cargos de Comandante Militar y estuvo además a cargo de la Comisaría de Soriano en el año, más o menos, 1868.

El Gral. Galarza, en su retiro, percibía $ 500.00 de jubilación, acordada por el Superior Gobierno, hasta su fallecimiento, pasando luego a favor de la Sra. Doña María Fleitas de Galarza, hasta el día 7 de abril de 1907, en que ésta falleció. Con este motivo pasó a su hija Bernardina, la que percibía $ 160.00, hasta que contrajo matrimonio con el señor Rafael P. Lema el día 30 de junio de 1909".

JEFATURA POLITICA DE GERVASIO (Hijo)

En 1902, alcanzado ya el grado de teniente coronel, Gervasio L. Galarza fue designado Jefe Político del departamento, cargo que habría de desempeñar a satisfacción general, aunque sin alcanzar el brillo ni el ascendiente de su hermano Pablo. Su carácter era por lo demás menos comunicativo, llegando algunos, incluso a censurar la altivez con que trataba a sus subordinados y la distancia a que los mantenía. Se comentaba además la informalidad con que llevaba adelante sus asuntos. Figura, en suma, de menos relieve que sus ilustres familiares, décimo hijo de la larga serie de hermanos que formaban Mónica, Pablo, Paula, Secundina, Ignacia, Nicasia, Dominga, Isidora y Bernardina. El via-

je a Europa que había llevado a cabo años trás, demostraba por lo demás que no se trataba ya del caudillo a quien sólo la muerte podía separar del pago. Pertenecía a otra época, aunque conservaba muchas cualidades, entre ellas una singular valentía, propia de los viejos caudillos.

BATLLE PRESIDENTE

El 1º de marzo de 1903, la Asamblea General votaba para la primera magistratura del país a D. José Batlle y Ordóñez. El candidato de Cuestas, Eduardo Mac-Eachen (más conocido popularmente por "Maqueca") resultaba así derrotado, siendo factor decisivo en el resultado el voto de siete legisladores nacionalistas disidentes. Es justicia recordar que en dicha ocasión Mac-Eachen cumplió su promesa de no dar "ni un paso ni un peso" en pro de su candidatura.

En ese año estuvo a punto de desencadenarse la revolución, lo que pudo evitarse gracias a los buenos oficios de una comisión mediadora. Pero no se trató entonces sino de una corta dilación.

NUEVA REVOLUCION DE SARAVIA

Al año siguiente, en efecto, los clarines de Saravia volvieron a vibrar en son de guerra en el horizonte de la patria. Y de nuevo Pablo Galarza habría de convertirse en un figura preponderante dentro de las milicias del Gobierno. El Presidente Batlle, se constituyó en el organizador de la resistencia gubernista; contaba para ello con medios importantes, el ferrocarril, el máuser, la artillería ligera de campaña y el teléfono; Saravia, ayudado por los emigrados de Buenos Aires, disponía de gran número de partidarios, pero no disponía de recursos materiales tan considerables.

A tres días de producido el levantamiento, el 4 de enero, a la una de la madrugada, Pablo Galarza salía de Durazno rumbo a Trinidad con el Primer Escuadrón de Caballería, acampando al amanecer junto al arroyo

Porongos. Destacó desde allí a su capitán Inocencio Rodríguez con el cometido de atacar el pueblo. Se produjo en Calatayud un choque con las fuerzas del insurrecto González, quien se refugió en Trinidad, y Galarza siguió luego para San José. En Mal Abrigo, Galarza concretó la reunión de las fuerzas provenientes de Soriano, Colonia, Flores y San José, quedando al frente de cuatro mil hombres con los cuales debía incorporarse al ejército de Muniz y hacerse cargo de la vanguardia.

LA OFENSIVA DE ENERO

Ocupando esa posición avanzada que se le reservaba en homenaje a su reconocido arrojo, intervino, en el lapso de dos semanas, en varios encuentros que después detallaremos.

Según nos relataba el general Alejandro Sandoval, la actividad de Galarza en esos días era extraordinaria. Montado en un magnífico caballo ("daba una brazada por cada dos de los otros" me decía), moviendo los estribos de una manera característica, obligaba a sus tropas a efectuar recorridas inverosímiles. Así es como llegó a Mansavillagra de modo inesperado y reunió fuertes contingentes con los que chocaron los blancos sorprendidos. El combate terminó en medio de un gran chubasco, siendo perseguidos los revolucionarios entre las sierras. Según se relata en "Sangre de hermanos", (1) en el encuentro de Las Conchas, Galarza fue herido de bala superficialmente en el costado izquierdo. Ni siquiera desmontó, ocultando el hecho a sus soldados y haciéndose curar sin que nadie lo supiera. Aunque no era de peligro, la herida resultó dolorosa y tardó en cicatrizar debido al descuido con que la trató Galarza. En Las Palmas los insurrectos se habían guarecido en una hondonada; allí mismo los cargó Galarza a sablazos con su caballería haciendo muchos muertos en la acción. En el encuentro de Cuchilla del Carmen, librado el 25 de enero, Pablo Galarza —según relato

(1) Montevideo, 1905, de "varios autores".

que nos hiciera el general Gomeza— se adelantó más de veinte metros al frente con el sable levantado y llevando el clarín a su costado; inició de ese modo una carga de caballería con la que logró desalojar al enemigo de sus posiciones luego de infligirle numerosas pérdidas. Junto a Pablo combatía su hermano Gervasio, quien ocupa ya el cargo de Jefe Político de Soriano, de donde había salido con 900 hombres.

Según la autorizada opinión del general Sandoval, fallecido hace pocos años, último oficial que quedaba del famoso 2º Regimiento (junto con el teniente coronel Camilo Techera, fallecido hace dos años en Rivera), Galarza evidenció en ese entonces su modestia, en ocasión de la breve tregua que se produjo entre los encuentros de Mansavillagra y de Illescas, al rechazar el insistente ofrecimiento del comando de la vanguardia que le formuló el general Muniz. Adujo Galarza, refiriéndose sobre todo al general Callorda, ex-guerrero del Paraguay, que había allí oficiales de mayor graduación y otros coroneles con más servicios y méritos que los suyos. Finalmente aceptó el mando de un escalón de la extrema avanzada, cargo de responsabilidad y sacrificio, poniéndose gustoso a las órdenes del General Callorda, quien comandaba las fuerzas de vanguardia. En ese puesto, Galarza se constituyó en "el eje propulsor del Ejército del Sur y en un implacable perseguidor de las huestes de Saravia". En nueve días de persecución sin tregua y sin desmayos, llevó al caudillo hasta su propio feudo, y a una parte de sus fuerzas hasta el paso de Centurión, en el Río Yaguaron, "jalonando el largo recorrido con las acciones victoriosas de Illescas, Puntas del Yí, Las Palmas, Paso del Gordo, Pablo Páez y Paso del Convento", [1] acciones que se llevaron a cabo el 14, 15, 16, 17, 18 y 20 de enero, en una vigorosísima e indeclinable ofensiva que no dio respiro a las fuerzas adversarias. Les tomó muchos prisioneros, así como armas y recados, ocasionando un retraso serio a la revolución.

(1) Carta referida del General Sandoval, fechada el 20 de Julio de 1959, en nuestro poder.

EL COMBATE DE "PASO DE LOS CARROS"

En crónicas de "El Diario" de Mercedes se revelaban detalles significativos de la Batalla de Paso de los Carros. Luego de desalojar a viva fuerza a los revolucionarios apostados en el paso Palo a Pique, Pablo los persiguió hasta cerca del Paso de los Carros, en la confluencia de los dos Olimares, a poco más de tres leguas de Treinta y Tres. Los revolucionarios, en número de cinco mil, se apostaron en un monte muy espeso, tendiendo una trampa que la sagacidad de Pablo supo evitar, luego de hacer ojear al enemigo, deteniendo su marcha y haciendo arreciar el fuego de su artillería. Ordenó luego que cargaran el 3º, el 4º y el 5º de Cazadores, entablándose una recia lucha en la que cayó muerto el capitán Torres. Casi en seguida, cayó herido de cierta consideración el segundo Jefe de Pablo, comandante Tavera. Los revolucionarios creyeron entonces haber abatido al General en Jefe y se dispusieron a atacar al grito de "¡A Galarza!", pero pronto vieron ondear la capa colorada del Jefe de Soriano, quien tenía el don de aparecerse en los momentos culminantes para levantar el ánimo de sus soldados. El reñidísimo combate duró toda la mañana; y allá se largó Gervasio seguido del coronel Quintana a vadear el río, siendo los primeros en pisar la orilla opuesta. Los escuadrones de la División Soriano y las demás fuerzas que les siguieron debieron cruzar a caballo con el agua a medio cuerpo, con el máuser levantado, y fueron muchos así los que resultaron heridos en la cabeza o en el pecho. Del otro lado se siguió peleando en el monte durante la tarde entera, debiéndose avanzar por una angosta picada que no permitía el paso de más de tres o cuatro jinetes a lo largo de cien metros. Mientras Basilisio Saravia y Ortiz atacaron de frente, Gervasio y los suyos pudieron hacerlo de flanco, gracias a su atrevida maniobra. Al caer la noche, los heroicos defensores, batidos por la artillería, debieron abandonar sus posiciones, siendo perseguidos durante dos días, primero por Basilisio, y luego por Pablo en persona. Los blancos sufrieron más de cien muertos, y cerca de cincuenta los gubernistas, siendo considerables el número

de heridos. Debe señalarse que el departamento de Soriano contribuyó con 1.700 soldados y doce mil caballos, y que tales fuerzas se bastaron a sí mismas en cuanto a gastos de movilización, equipos, etc., habiendo recorrido durante toda la campaña más de tres mil kilómetros. El regimiento de Soriano de guardias nacionales era mandado por Santiago Rivas, hijo del famoso doctor Serafín Rivas; era muy querido por sus subordinados. Capítulo aparte merece el escuadrón de Dolores, en donde el capitán Sampognaro, el teniente Mazzeo y el alférez Paredes, entre otros, tuvieron destacada actuación, dentro de un contingente que era el orgullo de los doloreños, pues, según se afirmaba, no había sufrido la deserción de ninguno de sus hombres, circunstancia no muy común en esa época.

DICHOS Y HECHOS DE PABLO

En la batalla de Las Palmas, cerca de la estancia de Basilio Muñoz, escudados los blancos detrás de las pilcas de piedra que por allí se levantaban en forma de zig-zag, los gubernistas estaban sidendo baleados a mansalva; Galarza se puso entonces al frente de los suyos y los cargó a puro sable, obligando a Muniz a retirarse luego de tres horas de lucha enconada. La prensa desde ese día, echó a volar su imaginación: "se comentan cosas de leyenda de la gente de Galarza; tienen tal vaquía para manejar el sable, que en las cargas que dan se ven volar las cabezas". De ahí que los insurrectos no encontraran medio mejor para enardecer sus ánimos que gritar: "¡A Galarza! ¡A Galarza!" En Mansavillagra, compartiendo con Basilisio Saravia el mando de la vanguardia, Pablo, "temible y suspicaz", mandó desmontar, apostó los caballos detrás de unas casas y se vino con sus hombres deslizándose "como culebras". Estalló de pronto el fuego, cargó entonces la caballería, y media hora después los revolucionarios empezaron a ceder. En Illescas peleó también junto a Basilisio en los puestos de mayor peligro. Es conocida la entrevista que días después le hiciera en su carpa, a orillas del Yí, un corresponsal de "La Na-

ción"; Pablo vestía "blusa, pantalón y sombrero de color rojo subido"; jugaba con un ahijado suyo, Pablo Wenceslao Pereyra Galarza, un niño de diez años, vestido también de riguroso colorado, a quien no había modo de separar de su petizo ni de los puestos de mayor peligro. Galarza usaba frecuentemente en su conversación dos frases: "Es verdad" y "Así es", y algún "Pa qué" cuando venía al caso. Preguntado la razón de que se le viera siempre en las líneas de guerrilla, contestó el caudillo: "Así es, para animar a los soldados, que cuando lo ven a uno, tiran más y hacen mejor puntería". Pablito Pereira, según el general Sandoval, era hijo de un puestero de Galarza y fue Pedro Manini Ríos quien quiso que le agregaran el apellido Galarza. Según otras versiones no menos atendibles, tanto Pablito como Atilio Galarza eran hijos de Pablo, los únicos que se le conocieron. Los restos de Pablito los hemos encontrado hace años, sin que se nos pudiera dar una explicación al respecto, en una urna depositada en el panteón hoy demolido de Máximo Pérez, en el cementerio de Mercedes.

Las exitosas intervenciones de Pablo determinaron que algunos de sus compañeros, después del combate de Mansavillagra, le comunicaron que iban a solicitar se le elevara al grado de General. Pablo les pidió encarecidamente que no lo hicieran, pues su mayor deseo era cumplir 25 años al frente de su 2º de Caballería, para cuyo plazo le faltaban todavía dos años. Pudo más el amor que sentía por lo que era en todos sus aspectos una creación suya, que lo que podía significar la distinción que se le proponía entonces. Merece consignarse aquí que el 13 de febrero se producía en Soriano uno de los pocos encuentros de la revolución. Veinte insurrectos comandados por Carballo andaban por Coquimbo arreando caballadas, cuando fueron sorprendidos por un grupo de siete hombres que llevaban a su frente al Juez de Paz Bárbaro Pilar Ortegoza. Se produjo un tiroteo de media hora, resultando muerto Carballo y cinco heridos de uno y otro bando; uno de ellos, Sixto Soria, del grupo del gobierno, falleció de resultas de sus heridas.

LA BATALLA DEL PASO DEL PARQUE

La segunda etapa de la campaña se desarrolló en el departamento de Salto. El 2 de marzo se producía el choque en Paso del Parque, en el Río Daymán. El Estado Mayor incurrió entonces en las mayores imprevisiones. Ni Muniz ni Callorda esbozaron el menor plan, no se intentó la menor maniobra para envolver al enemigo. (1) La acción debió empeñarse a lo que saliera, a la medida del coraje de los que intervenían. Pablo mandaba el centro de la vanguardia, Gervasio la derecha y Basilicio la izquierda. En segunda línea venía Callorda, y lejos, atrás, el grueso de las fuerzas, con Muniz más atrás aún. En las primeras de cambio, el ala mandada por Basilisio cedió y comenzó la disparada. Una vibrante orden de Pablo, a gritos y a clarín, los obligó a dar media vuelta: "¡No tengan miedo, las balas ya tienen nombre y apellido!". Cuando advierte que Gervasio se estaba entreniendo personalmente en tirotear al enemigo con su carabina, descuidando a su división, lo increpa duramente, trenzándose ambos hermanos en un violento altercado. El fuego de la artillería nacionalista empezó entonces a arreciar y el ánimo de Pablo se enardeció aún más. Desordenadas completamente sus fuerzas, desmontados los más de sus hombres, se adelantó temerariamente arrastrando tras de sí a todos los que pudo. Sólo doce hombres, con Pablo al frente, pudieron llegar hasta el Paso mismo. Iban allí Ortiz, Olivera y Atanasildo Suárez; y a ellos se unieron entonces, contagiados por aquella heroica carga, Gervasio y Basilisio. Todos se lanzaron adelante "pensando tan sólo en llegar primero al peligro, a la muerte y a la gloria". Se peleó con sable y con puñal, en medio de un tal desorden y aglomeración, que no pocos murieron apretados por los caballos. (2) "Compadre —le dijo Pablo entonces a Gervasio— vamos a bandear; total, si nos va mal, terminamos en el otro

(1) "Sangre de hermanos".
(2) "Sangre de hermanos", y declaraciones de Eliso Olasagasti y el Sargento Pereira, entrevistados por nosotros en Mercedes.

mundo". Gervasio se prendió de la cola de su tordillo Convento y cruzó a nado. Lo mismo hizo Pablo, en medio de las balas que chicoteaban en el agua. Con Gervasio iban muchos mercedarios cuyos nombres merecen consignarse: May, Jacinto Sánchez, Trinidad Córdoba. Teodoro García, Juana Labadie, Nicanor Sánchez, Martín y Teodoro Silva y Elías Robert. Apenas pisó tierra, Gervasio ordenó tocar a la carga; Pablo, de inmediato mandó tocar a degüello, y el combate se volvió furioso. A la División Soriano le cupo la mayor gloria de esa sangrienta jornada; excitados por la valentía de los Galarza, se apoderaron de un cañón enemigo y combatieron con un ardor que provocó general admiración.

Al conocerse los detalles de aquella singular acción, el Gobierno solicitó de inmediato venia a la Asamblea para ascender a Pablo a General de Brigada. Pero de nuevo reveló Galarza su desprecio por los honores; por intermedio de Muniz y del Ministro de Guerra hizo llegar en efecto su agradecimiento, pero expresando que agradecería mucho más si se le dejaba al frente de hombres a los que no quería abandonar. El Presidente dejó en suspenso entonces el decreto de ascenso, pero lo designó Jefe supremo del Ejército del Este. Empezaba así una nueva etapa en la campaña militar de Pablo.

LA BATALLA DE TUPAMBAE

Esa tercera etapa de la cruenta revolución de 1904, habría de desarrollarse en el otro extremo de la República, en el departamento de Cerro Largo. La primera acción se libró el 20 de mayo en el Paso de los Carros, sobre el Río Olimar. Le cupo destacada intervención a Gervasio, quien, junto con el coronel Pedro Quintana, fueron los primeros en pisar las posiciones enemigas, luego de vadear el río con dos escuadrones de la División Soriano —siempre en primera línea— y seis secciones del 2º de Cazadores, debiendo rechazar allí una vigorosa carga a lanza. Obtenida la victoria, Pablo organizó la persecución con suma habilidad, consiguiendo apresar numerosos prisioneros. Pablo apro-

vechó con gran decisión y sentido de la oportunidad el eventual desamparo en que Basilio Muñoz, destacado por Saravia, llegó a quedar, sin contar con los medios necesarios; el "fuego recio, seguido e inaguantable" que ordenó entonces, causó estragos en filas enemigas. Murió en la emergencia Tomás Torres, capitán mercedario del 2º de Caballería, cuyo valor en esa emergencia nos encomió calurosamente el general Sandoval.

Y se produjeron entonces los sangrientos encuentros de Cerro Largo: la llamada batalla de Tupambaé, la más cruenta que se haya producido en los campos de la patria. El 20 de junio en Tarariras y el 23 en Tupambaé, los gruesos de los contingentes enemigos habrían de chocar con toda su potencialidad. El 23 de madrugada, en el campo del gobierno se estaba carneando, a la espera del parque de municiones, cuando "se vino encima la revolución", como nos relataba el sargento Pereira. Gervasio, al mando del ala izquierda pasó de inmediato el parte de que se hallaban sin municiones. "Dígale al comandante Galarza —le mandó decir Pablo a su hermano— que si no tienen sable o cuchillo se acuerde como peleaban los viejos, que cuando se acababan las balas peleaban con el estribo; que no dé un solo paso atrás". "¡Y el que no tenga sable, mierda, que pelée a cuchillo!" El alma de Cambrone revivió en aquel momento decisivo.

Dejamos aquí la palabra a Galarza, cuyo parte da cuenta de todos los detalles de la acción.

EL PARTE DE GALARZA

"Excmo. señor: Resuelto a impedir con el ejército que el Superior Gobierno de la Nación tuvo a bien honrarme con su mando, el avance de las fuerzas insurrectas hacia los departamentos del Sud de la República, y advertido por mi servicio de exploración que la ruta seguida por ellos era el camino nacional de la Cuchilla Grande, contramarché a las 8 a. m. del día 22 del corriente mes desde la laguna de Junco, departamento de Cerro Largo, hasta las puntas del arroyo Tarariras, lugar que, dadas las condiciones en que efectuaba el

enemigo su marcha, era el indicado para tomar su contacto y al que llegué a las 12 a. m. del mismo día. Una hora después de estar en este paraje recibí parte del señor Jefe de vanguardia de que el enemigo en fuertes columnas avanzaba por el camino antes mencionado y que a la vez desprendía fuerzas considerables con el propósito de empeñar acción, la que antes de llegar dicho parte a mi conocimiento, se inició con un fuego violento a las 2.30 p. m. Los rebeldes que ocupaban desde el primer momento una serie de alturas que circundaban los terrenos bajos en que se hallaba nuestra vanguardia, avanzaban resueltamente confiados en sus fuertes posiciones, en el escaso número de las fuerzas de que ella se componía que de exprofeso reduje al hacerme cargo de este ejército, pues siempre consideré que era condición indispensable para obligar al enemigo a presentar seria resistencia, el hacerle tomar contacto con pocas tropas, que en la necesidad de retirarse lo atrajera hacia el grueso.

Después de un vigoroso empuje que dio por resultado el desalojo de los insurrectos de las primeras elevaciones que circundaban nuestro campo, como también el obligarlos a desplegar una extensa línea, nuestra vanguardia se retiró paso a paso, mientras que los rebeldes reemprendían nuevamente su avance a las primeras posiciones que momentos antes habían tenido que desalojar. Este avance fue detenido por los regimientos de caballería ligera Nº 2 y Patria y los batallones de infantería de línea 4º y 5º, unos y otros pertenecientes al grueso, los que sostuvieron las posiciones a pesar del intenso fuego de la infantería y de la artillería (una pieza) enemigas. Mientras en el centro y en la derecha de la línea la acción se desarrollaba en esa forma, la izquierda era rudamente atacada por fuerzas considerables, pero con el despliegue de las divisiones Soriano y Minas, del batallón de infantería de línea número 2 y las piezas de artillería que fueron en su protección, se consiguió rechazar a los atacantes, que abandonaron con grandes pérdidas sus posiciones fortalecidas por un rancherío y un corral de piedra, yéndose a una zanja, desde donde continuaron el fuego, hostilizando nuestras tropas. Con la entrada en la línea de combate de

las tropas del grueso que he mencionado, el fuego se hizo general en toda la extensión de ella y se sostuvo con intensidad por ambas partes hasta un cuarto de hora después de haberse puesto el sol, y aprovechando la claridad de la luna, continuó en algunos lugares de la derecha y centro hasta que a las 7 p. m. cesó completamente, hora en que ordené se retiraran las tropas al campamento, con excepción de las tropas de vanguardia, compuestas por el Regimiento de Caballería Ligera número 1, Compañía del Batallón de línea número 3, División Rocha, Treinta y Tres y Durazno, división Minas y Regimiento de Caballería Patria, pertenecientes estas dos últimas unidades al grueso del ejército. Todas estas fuerzas fueron distribuídas en puestos avanzados y quedaron en observación del enemigo, que también vivaqueó en sus posiciones, lo que me hizo ver que la acción se reanudaría al día siguiente. En consecuencia, dispuse las tropas en forma de que pudieran acudir a la primer orden, y mandé distribuir durante la noche el resto de municiones que aún quedaba, cuya cantidad era tan insignificante que apenas alcanzó para proveer con cuarenta tiros a cada combatiente. En esta posición se pasó hasta la mañana siguiente, interrumpidos solamente por algunos tiroteos sostenidos en la noche por las avanzadas de ambos ejércitos, hasta que a las 8 y 30 a. m., hora en que se iba disipando la densa niebla que impedía verse de uno a otro campo, el enemigo que en la noche había prolongado su ala izquierda ocupando una serie de cerros de pendientes rápidas y escabrosas y la derecha hasta las estribaciones de una sierra próxima formando una línea envolvente de quince kilómetros, tomó la ofensiva, rompiendo desde posiciones inmejorables, un fuego violento sobre nuestras tropas. Desde el primer momento consideré necesario reforzar nuestra débil línea, para cuyo efecto dispuse de las divisiones de Soriano y Minas, por la izquierda; el batallón de infantería de línea número 2, dos compañías del 4º de la misma arma, 2 escuadrones de Caballería Ligera número 2 por el centro, y el Batallón de Infantería de línea número 5 por la derecha, fueran a hacerlo. Con estos nuevos contingentes el fuego se generalizó en toda la línea en

condiciones favorables para el enemigo, que desde sus altas posiciones dominaba completamente a nuestras tropas que combatían desde el llano principalmente en el centro, donde sus fuertes guerrillas ocupaban la cresta de un elevado cerro, batiendo con los fuegos gran extensión de nuestro campo, y molestando a nuestras reservas, por cuyo motivo me decidí a tomar dicha posición, en la convicción, además, de que me reportaría grandes ventajas en el desarrollo ulterior de la acción, empresa que me llevaron a feliz término, a las 9 a. m. las fuerzas de los batallones de infantería 2º y 4º por medio de un flanqueo hábilmente dirigido y ejecutado con gran ahorro de vidas y municiones y que fue de consecuencias funestas para el enemigo que, batido de flanco, la abandonó con grandes pérdidas. Mientras el centro de los rebeldes era arrollado de esta manera trataba su izquierda de flanquear nuestra derecha, maniobra que impedí reforzando esa ala con la División Durazno y una compañía del Batallón de Infantería de línea número 4, que así robustecida y auxiliada poderosamente por el certero fuego de artillería desalojó al enemigo de la serie de alturas que había ocupado la noche anterior.

A las 9 y 30 a. m. parte de nuestra izquierda (División Minas y una compañía del batallón de infantería número 4) falta de municiones cedía sensiblemente terreno al enemigo, el que dándose cuenta de la crítica situación de esas fuerzas, avanzaba resueltamente amenazando reconquistar el cerro central, tomado momentos antes. Ordené entonces que las ametralladoras se emplazaran en una elevación adyacente a ese macizo, a que un escuadrón del Regimiento de Caballería Ligera número 2 desplegara a la derecha de éstas, y haciendo un juego vivísimo impidiera el avance de los insurrectos, que se retiraron en precipitada fuga y con grandes pérdidas. Asegurada definitivamente la posición del cerro central, ordené que las tres piezas de artillería fueran colocadas en batería en la cresta de él, pues desde allí podrían dominar con sus fuegos cualquier punto del campo de la acción. Como mis tropas estaban todas en la línea dispuse que las ametralladoras se emplazaran a su vez en el mismo cerro,

para que prestaran protección a las piezas de artillería, en cualquier tentativa de avance a la posición. A las 10 y 30 a. m. el enemigo volvió a atacar con rudeza las posiciones de nuestra derecha y centro, con un fuego intenso, pero que no dio mayores resultados, pues nuestras tropas desde las excelentes posiciones conquistadas lo rechazaron brillantemente. Fue durante ese período de acción que trajeron repetidas cargas de lanza contra los batallones 2, 3, 4 y 5 de Infantería y el Regimiento de Caballería "Patria", de las que sólo una llegó al ataque, pero que, como las otras, fue valerosamente rechazada, con enormes pérdidas de hombres y caballos a consecuencia del mortífero fuego de nuestras guerrillas agrupadas y de la acción eficaz de la artillería y ametralladoras. Combatiendo contra un enemigo cada vez más numeroso, aunque ya en posiciones inferiores a las nuestras, y en la necesidad imperiosa de ahorrar la poca munición que aún quedaba, ordené a la izquierda y centro de la línea que pasaran a la defensiva con la consigna de no contestar el fuego enemigo sino en casos extremos y al mismo tiempo hice que la artillería rompiera los suyos contra fuertes columnas que amenazaban arrollar nuestro centro, cometido que llenó con notable acierto esta arma, y puedo manifestar que gran parte del éxito que más tarde se obtuvo a ella se le debe. Debilitadas las columnas enemigas por el intenso cañoneo y reforzada su extrema izquierda, consideré llegado el momento de desalojar al enemigo de sus posiciones, y a las 2 y 25 p. m. dispuse que nuestra ala izquierda reforzada por el escuadrón "Custodia del Parque", y por los fuegos de ametralladoras y artillería, contuviese al enemigo por ese lado, mientras el centro amenazando romper la misma parte de la línea insurrecta, avanzaba a posesionarse de la línea de poblaciones situada a su frente, en tanto que la derecha por medio de un ataque de flanco, arrollaba la izquierda de ellos. El éxito coronó este último esfuerzo de los defensores de las instituciones nacionales y a las 4 p. m. la izquierda enemiga, amenazada de quedar aislada con el parque del resto del grueso de su ejército, precipitó su retirada perseguida de cerca por todas las fuerzas de nuestro centro y derecha, sin

que esta persecución se hiciera sentir con todo vigor a causa de la falta absoluta de municiones y caballadas. Sólo la artillería pudo hacer los últimos disparos de la tarde, con lo que finalizó la batalla de Tarariras, en que el esfuerzo de este valiente ejército dio un laurel más a la causa de la legalidad y del orden. Muchas son las pérdidas que tenemos que lamentar, pero hay una sobre todo que ha conmovido hasta lo más hondo el sentimiento del ejército que tengo el alto honor de comandar, ésta es la del señor Jefe del Batallón de Infantería Nº 4, coronel graduado don Genaro Caballero, muerto heroicamente al frente de sus fuerzas en la acción del 22. Además de este distinguido jefe hemos tenido ciento once muertos, trescientos setenta y cinco heridos, cuya nómina adjunto al presente parte. Las fuerzas insurrectas, por su parte, dejaron más de trescientos cadáveres sobre el campo de batalla y datos fidedignos hacen ascender el número de sus heridos a una cantidad mayor de setecientos. Quedaron también en nuestro poder banderas, gran número de lanzas, y otros pertrechos bélicos, entre ellos ocho cajas de cartuchos de nitro glicerina, explosivo que en cantidad utilizaron durante la acción. Antes de terminar este parte, creo de mi deber recomendar a la consideración de V. E. la brillante cooperación prestada por todos los señores jefes, oficiales y soldados de este abnegado ejército, que rivalizaron en denuedo, valentía y pericia, y que en condiciones tan desfavorables derrotó a un enemigo superior en número y que ocupaba posiciones inexpugnables. Sólo me resta felicitar a V. E. en nombre mío y de todo el ejército. Dios guarde a V. E. muchos años. Campamento Tarariras, junio 25 de 1904. — PABLO GALARZA".

OPINIONES SOBRE TUPAMBAE

La Batalla de Tupambaé dio lugar a interminables discusiones acerca de su verdadero resultado. Lo cierto es que las fuerzas de ambos bandos terminaron la lucha prácticamente exhaustas, y que a ninguno de los dos ejércitos les quedaron energías ni recursos como

para obtener un vuelco decisivo a su favor. Oigamos algunas de las opiniones que nos parecen más dignas de considerarse.

—Opina el doctor Eiralde. — Según las "memorias" del Dr. Eiralde, médico del 2º de Cazadores, Tupambaé habría sido una gran victoria colorada. El 22 de junio —dice Eiralde— estando acampados los gubernistas en Laguna del Junco, entre Tupambaé y Tarariras, se tuvo noticia que Saravia venía en marcha desde Zapallar, rumbo a la Cuchilla Grande, con la evidente intención de dirigirse hacia el sur. Galarza ordenó entonces una rápida contramarcha, llegando a mediodía a las puntas del Tarariras, en donde resolvió acampar para que descansaron los caballos. Estaban así carneando y encendiendo los fogones para el mate, cuando llegó José Saravia con la noticia de que la vanguardia había sido atacada por numerosas fuerzas enemigas. Esa ofensiva de Aparicio se atribuyó a que, advertido el caudillo blanco de que la División Soriano se había separado con el objeto de escoltar el convoy de municiones, creyó oportuno atacar antes de que se produjera el reagrupamiento de las fuerzas gubernistas, lo que en realidad ya se había consumado. De todos modos disponía de doble número de hombres, nueve mil contra cuatro mil quinientos del Gobierno, aunque estos disponían de más armamento y artillería. Apenas se apercibió el avance de Saravia, Pablo ordenó al coronel Caballero qu acudiera a proteger la vanguardia con el 4º de Cazadores; poco después se movilizó también el grueso del ejército, abandonando tan de golpe los fogones que debieron llevar consigo la carne todavía cruda. Recuerda Eiralde que Galarza, algo disgustado, le comunicó haber recomendado al coronel Basilisio que no acampara muy lejos. Caballero murió en esa acción preliminar, costando luego gran trabajo recuperar su cuerpo. En cuanto a la batalla en sí, según el Dr. Eiralde habría terminado con la victoria colorada.

—José Monegal. — El renombrado cuentista e historiador Monegal, impugnando dicha conclusión, refiere que Aparicio, después de los dos días de batalla, reunió a sus jefes y les dijo: "El ejército se arrimará a la frontera en busca de recursos, pero yo me quedo aquí.

Esa gente está peor que nosotros. Apenas avancemos dan vuelta. Yo voy a hacerlo con la división de Nepomuceno, con la de Pancho y con la de Mariano, y los voy a derrotar". Y así —agrega Monegal— fue que Galarza debió retroceder 75 kmts., luego de lo que vino a ser "una extraña victoria".

—Fernando Gutiérrez. — En su libro "Tupambaé", Gutiérrez afirma que Saravia fue el promotor del encuentro, y que en la mañana del 23 Galarza le había expresado a Basilisio su deseo de retirarse, contestando Basilisio que antes prefería morir. Si la retirada no se produjo —agrega Gutiérrez— fue porque anteriormente fueron atacados por Saravia, debiendo Galarza pelear con fiereza para no resultar encerrado en el valle de Tarariras, impartiendo órdenes de no avanzar ni retroceder un solo paso y de sacar los cuchillos en caso de necesidad. Gutiérrez pone en duda el parte de Galarza, pero reconoce la caballerosidad con que trataba a los prisioneros, atribuyéndole una frase dirigida a uno de ellos: "Puede estar tranquilo que nada le ocurrirá. Su jefe es un enemigo humano, que sabe hacer respetar los prisioneros".

—"El Diario" de Mercedes. — Según crónicas que recogiera este prestigioso diario de Mercedes, Galarza no sólo demostró en Tupambaé su instinto previsor, al recomendar en la noche del 22 a sus jefes reunidos que rodearan y neutralizaran la posición dominante que los blancos detentaban en el cerro inmediato, sino también un notable sentido estratégico y táctico, manejando los distintos elementos de su ejército como a piezas de ajedrez. Siempre atento y vigilante ante todas las alternativas del combate, su mirada "centelleaba" bajo las anchas alas de su sombrero hongo. Y cuando la ocasión lo requirió, supo salir de su aparente expectativa para lanzarse al galope y ponerse al frente del 2º de Caballería, cuyo ataque se estaba demorando más de lo que podía tolerar. La empuñadura de oro y plata de su espada, que Pablo blandía en esas ocasiones vigorosamente, señaló así el camino a su Regimiento, enardecido por aquel ejemplo de valentía y espíritu de sacrificio. Fueron muchos los que oyeran como le gritaba al coronel Vergara, quien venía de comunicarle que

las municiones se acababan: "¿Se les han perdido los sables acaso? ¡Pues entonces saquen los cuchillos!". Desenvainando luego su propio cuchillo, hizo punta para enfrentar la carga de los lanceros saravistas. (1)

—**Pedro Manini Ríos.** — En una crónica enviada con fecha 5 de julio por el Dr. Manini Ríos, se ofrece una versión que arroja bastante claridad. Se dice allí que después de Tupambaé, el 26 por la noche, una partida blanca intentó sorprender al campamento legal para apoderarse de una caballada. Fue rechazada a balazos, habiendo cundido la alarma de inmediato ante lo que se creyó que era un ataque generalizado. Se carecía aún de municiones, y la realidad —dice Manini Ríos— era "desconsoladora". Recién el 26 de noche llegó el primer convoy de municiones al mando del mayor Nicasio Torres, socorro que no pudo ser más oportuno, pues al otro día avanzaron tres densas columnas rebeldes amagando atacar las fuerzas gubernistas que estaban apostadas en las alturas inmediatas a Santa Clara de Olimar. Ambos ejércitos se desplegaron como para luchar, retirándose los rebeldes —dice Manini— precipitadamente. Fue entonces cuando, en previsión de que los blancos intentaran cortar sus comunicaciones con Nico Pérez, desde donde esperaba nuevos refuerzos, Galarza "se decidió a emprender una marcha de flanco que lo acerca algunas leguas al centro de sus comunicaciones, marcha lenta y ordenada efectuada con toda regularidad y suma parsimonía, tan arrogante y amenazadora que dejó impuesto al enemigo, el que no se atrevió a dar un paso adelante". Tal versión explica, con discreción que no llega a disimular toda la verdad, una retirada que quiso hacerse pasar por estratégica, pero que era consecuencia forzosa de una situación verdaderamente crítica y que Galarza supo resolver con la serenidad que las circunstancias exigían. En el li-

(1) Varios fueron los muertos que debió lamentar aquel ya legendario Regimiento: el sargento Manuel Ibarbu, el teniente Agustín Galarza, sobrino de Pablo, el alférez Demetrio Corrales, los cabos Jeremías de Melo y Doroteo Martínez, y cinco de los soldados. Soriano seguía pagando su cuota de sangre, a la que blancos y colorados contribuyeron, como tantas otras veces, a lo largo de toda su historia.

bro "Tupambaé y Masoller" (Montevideo, 1905), se dice que Galarza quedó después de la batalla cerca de la casa de Fasciolo, a muy poca distancia del lugar de la acción, retrocediendo después más de una legua y media. Se afirma además que Pablo le había llegado a expresar a Basilisio su intención de prenderle fuego al parque, ante el peligro de que cayera en manos enemigas.

EL AUTORIZADO JUICIO DEL GENERAL SANDOVAL

En correspondencia que en fecha 20 de julio de 1959 nos dirigiera el general Alejandro Sandoval, afirma que las variadas victorias conseguidas durante 1904, "fueron el fruto del espíritu combativo del general Galarza y se realizaron exclusivamente bajo su dirección, a excepción de la Batalla del Daymán, en la que intervino también el general Callorda con tropas del grueso de Vanguardia". Con respecto a Tupambaé, escribe el general Sandoval: "Galarza se hizo cargo del ejército muy disminuido en sus efectivos y debilitado en las existencias de sus pertrechos bélicos, y en ese cargo y en condiciones precarias, obtuvo una de las más brillantes victorias de todos los tiempos. El despliegue estratégico y táctico realizado por el Ejército del Sur en esta acción de guerra, fue magistral, revelándose el general Galarza un eximio conductor de tropas. He tomado parte en infinidad de maniobras con efectivos más o menos numerosos, y jamás vi un despliegue de tropas que se aproximara al realizado en aquella oportunidad". El general Sandoval se extiende luego en una elocuente referencia a la gestión de Galarza como organizador del 2º de Caballería: "Me permito solicitarle que en su trabajo biográfico otorgue un lugar de preferencia a la actuación del general Galarza en el comando del 2º de Caballería, regimiento que él fundara y comandara por espacio de un cuarto de siglo, porque es en el mando de esa unidad, a la que él supo imprimirle el sello de su personalidad, que se desarrolló la etapa más larga y brillante de su carrera. La

honrosa tradición guerrera de este bizarro Regimiento, no es otra cosa que la propia historia militar de su denodado fundador. Ejerció el mando en forma patriarcal, pero con firmeza, resolución y energía, obteniendo en él sus ascensos hasta las palmas de General. No ignoraba ningún rasgo propio o peculiar de sus subordinados. Conocía sus nombres y antecedentes familiares, sus chistosos apodos, el lugar de donde procedían, sus vicios y sus virtudes, y todos sentíamos por él una estima rayana en la adoración. Fue el alma de este Regimiento que hoy lleva su nombre y al que supo conducir infinidad de veces al combate y a la victoria, en fantásticas marchas al través de toda la República".

UNA IMPRESION DEL CAPITAN ANGEL FARIAS

Herido en el primer día de la Batalla de Tupambaé, el capitán Angel Farías presenció el combate del día siguiente desde el carro en donde estaba postrado. Según el corresponsal de "El Día" que lo sometiera días después a un reportaje, Farías "no se cansa de ponderar el acierto con que aparecieron distribuidas las tropas cuando la niebla se disipó y la competencia con que fueron dirigidas en la pelea. No solamente en el acierto de la dirección del combate se reveló general el coronel Galarza, sino que la responsabilidad del mando parece haber tenido el poder de aplacar los ímpetus del bravo y arrojado jefe del 2º de Caballería. Nunca abandonó su puesto en el centro del campo de operaciones, desde donde ninguna de éstas escapó a su ojo avizor. Solamente cuando el coronel Basilisio Saravia estuvo amenazado de caer en la red de una línea revolucionaria envolvente, el coronel Galarza fue hasta la vanguardia, seguro de conjurar con su presencia el peligro. Y así resultó".

RECUERDOS DEL GENERAL GOMEZA

El general José María Gomeza, por su parte, nos expresaba en 1959 sus impresiones y recuerdos de aque-

llas jornadas inolvidables. Nos describía en primer lugar a Galarza sentado en su sillón catre, a orillas del Maciel, con su mate de plata y oro, viendo desfilar las tropas. En Tupambaé podía vérsele con su gran capa negra que, al doblarse, dejaba ver el forro colorado. Montaba un caballo oscuro con lujoso recado también de plata y oro. En su sombrero negro de anchas alas llevaba una divisa que decía "Por el Partido Colorado". Para ordenar el ataque, sacó su alfanje del recado y lo blandió espectacularmente. Sus actitudes imponían obediencia, a lo que contribuía su vestimenta especial, factor que explotaba deliberadamente, pues estaba convencido de que el aspecto exterior es indispensable para conquistar la adhesión del pueblo. Su boina con borla colorada, diseñada por él mismo, llegó a ser así uno de sus rasgos más característicos. Tenía, como Rivera, un sentido supersticioso acerca de los lugares de combate, y así es como deseaba volver a pelear en Tupambaé, donde ya había combatido en 1897. Según Gomeza el parte de la batalla pudo haber sido redactado por Patiño; otros lo atribuyen al mercedario Isabelino Razquin o a Manini Ríos, pero Galarza —decía Gomeza— tenía una inteligencia lo bastante clara como para que podamos suponerlo único responsable. Era notable la moral que infundía en sus soldados, quienes lo respetaban ciegamente, aún en las difíciles circunstancias en que, sin municiones, "Galarza los mantuvo en un puño y hasta llegó a perseguir a la revolución hasta el Zapallar". Uno de sus capitanes se había puesto entonces una divisa, que Galarza toleró, y que decía "Por culpa del viejo Torres", a quien se le atribuía la demora en la llegada del parque de municiones. Pablo se mantuvo levantado toda la noche anterior; reunió a los jefes y los previno que al día siguiente pelearían desde la madrugada. Era parco y lento en sus expresiones. Gustaba rodearse de sus adictos, a quienes sabía escuchar. Decía frecuentemente: "Nunca debe opinarse sobre lo que no se entiende mucho". Era gran admirador de Rivera, a quien consideraba como el guerrero nato, y no olvidaba nunca a Máximo Pérez, cuya trágica muerte —nos decía Gomeza— no dejaba de lamentar. Con su hermano Gervasio se querían mucho

pero se celaban otro tanto. Gervasio era más impulsivo, desbordando energía en el combate. Tanto Gomeza como Sandoval desmienten terminantemente la versión difundida por Julio María Sosa y por el autor anónimo de "Tupambaé y Masoller", de que Pablo iba al combate enteramente vestido de rojo.

UNA DESCRIPCION DE GALARZA

En "Sangre de hermanos", obra que recoge muchos detalles de la guerra de 1904, aparece una sugestiva descripción de la figura de Galarza. "El vencedor de Paso del Parque —dice— es sin duda alguna el hombre del día. Pablo Galarza es la personalidad militar que acentúa con más vigor los lineamientos de su capacidad y su carácter en las filas del ejército legal, ricas sin embargo en oficiales de estudio, de méritos y de prestigio". Desde el comienzo de la campaña, agrega, su figura se destacó, y su regimiento se mostró como una "prodigiosa máquina de guerra". Galarza "demostró facultades personalísimas de inteligencia, de tesón y de audacia"; nunca "hace sebo", siempre está "en la punta"; "es el primero en ver al enemigo, el primero en atropellarlo, el primero en iniciar las persecuciones". "Es uno de los pocos jefes completos del ejército". Sus soldados lo proclamaron "taita" y "terne" por su pericia campera, su serenidad y su táctica. "Tiene el don de apasionar a sus soldados". Adusto y severo, inflexible en la disciplina, se hace respetar y admirar en la guerra y querer en la paz. "Es un padre para sus muchachos; los contempla y los cuida como si cada uno fuera una alhaja... ¡Y hay cada peine entre ellos! Pero él los ayuda con algunos reales de su bolsillo cuando se ven muy apurados y los saca de entre las garras de la policía cuando se "refalan" en algún "batuque orillero". Es algo cetrino, de aspecto adusto. Estudió agrimensura con Alfredo Lerena, con Luis Machado, con Joaquín Travieso; aprendió a enfilar las banderolas y a apuntar con el teodolito". "Hoy está lejos de los senos y cosenos y se acuerda de las tablas logarítmicas como de la primera camisa que se puso".

"Emplea modalidades, locuciones y figuras gauchescas. Pero si se le escapa alguna de ellas delante de puebleros, agrega siempre, con una sonrisa: "como dicen nuestros paisanos". Busca agradar a cuantos lo tratan; cuando quiere es culto y afable. "Tiene una gran pasión: los caballos; en su cuartel de Durazno tiene 8 o 10 parejeros; él mismo los cuida; se pasa las horas en el patio mateando en cuclillas y contemplándolos en silencio. Una carrera ganada equivale para él a la más resonante de las victorias bélicas; una carrera perdida equivale a un desastre...". "Es muy religioso y hasta beato. Toma parte en todas las funciones de la Iglesia sosteniendo el palio o con un cirio de a seis libras en la mano. Usa escapulario y medallitas, y, según díceres, da a los curas anualmente, algo así como mil pesos de sus rentas". Destaca el libro su "excentricidad" en el vestir. En campaña parece, dice, "un Mefistófeles de ópera": gorro colorado, chaquetilla colorada botas coloradas; parece "bañado en sangre". "No usa espada sino alfanje, corvo y ancho y de puño de oro, y cuando va a caballo lo lleva atravesado en la carona. Cuando un oficial se le acerca a comunicarle un noticia, desenvaina el alfanje, lo empuña verticalmente, mientras oye con gran atención, y después de hacer un garabatito en el aire con el temible acero, lo envaina, murmurando indefectiblemente: "¡Que sea en buena hora!". Su carpa de campaña es espaciosa, con una antecarpa techada. Lleva consigo un médico que sigue la curación de una verruga en su rostro. Es frugal y fuerte. Realiza marchas fabulosas a caballo. Y se hace seguir por su División incansablemente.

EL ABRAZO HISTORICO CON BATLLE

Durante muchos días, por lo menos hasta el 5 de agosto, Pablo Galarza permaneció inactivo en las inmediaciones de Melo. Apenas si movilizaba sus fuerzas, a lo sumo 20 kilómetros por día. Al principio pareció desconcertado acerca de los movimientos de Saravia, quien finalmente se alejó considerablemente. Fue entonces cuando se produjo el famoso abrazo de

Batlle con Galarza. La tirantez entre ambos venía de mucho tiempo atrás, de 1887 por lo menos, año de la muerte del periodista Cuello. La lucha de Batlle contra el militarismo contribuía a mantener ese distanciamiento. Batlle se oponía a darle a Galarza puestos de responsabilidad; trascendió entonces el altercado que con tal motivo mantuvo con el Ministro de Gobierno Campisteguy, quien debió insistir para que Galarza no fuera sustituído por Melitón Muñoz. "Es un asunto que le compete al Ministerio de Guerra", habría argumentado Batlle, contestándole Campisteguy que le competía al país entero, porque las consecuencias la iban a pagar todos los ministerios, de aceptarse un cambio que hubiera significado una derrota casi segura. Se nos dijo después que Batlle le había encomendado a Galarza empresas de éxito muy problemático, entre ellas, una expedición a La Paloma con el reducido contingente de la División Soriano, a fin de oponerse a un desembarco de fuerzas revolucionarias que se suponían considerables. La entrevista de Peñarol, en la noche del 23 de agosto, fue vista por lo tanto como un acontecimiento. Dejo aquí su descripción a Agustín Minelli, en cuya novela "Sucedió así" (Montevideo - 1963) se da una versión que puede suponerse fidedigna.

EL RELATO DE MINELLI

"La noticia de que el ejército del Sur pasará por Peñarol, se difunde. Hay anhelo por ver a los que pelearon en Illescas, Paso del Parque, Tupambaé. Unos, por curiosidad. Muchos, por motivos del cargo que ejercen. Los más, por razones afectivas. Esperan a padres, hijos o hermanos. El coronel Pablo Galarza es el jefe. Lo llaman general. No lo es todavía. Rechazó el ascenso. En almacenes, pulperías y tiendas, está su retrato. En brioso corcel, vestido de colorado, con sable en alto, parece dirigir, a los soldados, a la victoria. Es el héroe de Tupambaé, exclaman con admiración sus partidarios. Los enemigos hacen escarnio de su triunfo. Dicen que fue una disparada de doce leguas.

Para acercarse a Peñarol, a horas en que no hay

ferrocarril, es menester carruaje. Los que no lo tienen, van en carro, jardinera, a caballo o a pie. El camino de la capital está más concurrido que de costumbre. No todos los días pasa un ejército. Ni tampoco un héroe, vestido de colorado, con botas del mismo color. Pablo Galarza se ha hecho popular por su indumentaria. A ello, se agrega su temeridad frente al peligro. Todos se lo imaginan, con el machete en la diestra, abriéndose paso en los entreveros. Hay quienes no comprenden la causa de su aparición en el sur del país. ¿No se afirmó que, en la batalla de Tupambaé, Galarza tuvo una victoria decisiva? Los que oyeron decir que el coronel había terminado con los enemigos del orden, reclaman una explicación que justifique ese pasaje, en ferrocarril, a marcha forzada, hacia el norte del país. ¿Qué pasa allá, que exija la presencia del ejército del Sur? ¿No recibió el coronel Galarza orden del Gobierno, de no dejar cruzar el río, al ejército insurrecto? ¿No había otro ejército, en el lado opuesto, con igual consigna? Si ambos la hubieran cumplido, no sería menester ir, ahora, en vía férrea, en busca del Caudillo, que se encuentra a quinientos kilómetros de distancia.

La forma como Saravia burló al adversario, obliga a Pablo Galarza a trasladarse, en ferrocarril. Para hacerlo a caballo, como acaba de realizarlo Aparicio, se requerían treinta días de marcha, entre cerros, sierras, ríos, arroyos y bañados. En dos grandes trenes se aproxima, a Peñarol, el ejército del Sur. En el primero, la vanguardia. En el segundo, Galarza, con el grueso de las tropas. El Presidente de la República asiste al pasaje de ambos. Uno, por la tarde. Otro, por la noche. El gobernante y el coronel se abrazan. No se conocían. Se ven por primera vez. Todos aplauden. La tropa hacinada, en trenes de ganado, prorrumpe en vivas y hurras. Es grande el entusiasmo. Un Presidente y un coronel que se abrazan, es, siempre, un espectáculo. Los que, desde el alba, están en los andenes, se precipitan. Van de un vagón a otro. Gritan. Llaman por el nombre. Cuando encuentran a la persona esperada, se abrazan. Luego, forman grupos. Abren los envoltorios: tabaco, yerba, caña, comida, ropa. Los soldados comen

y beben. Satisfechos, guardan las sobras. Son provisiones para el futuro. No están demás. No se sabe cuándo terminará la guerra. Mucho tendrían que decir esos hombres. Sin embargo, callan. ¿Para qué hablar de lo que tantos otros hicieron, antes que ellos? El país está habituado a esos episodios. Los soldados a quienes nadie viene a recibir, se desparraman por boliches y pulperías. El Gobierno se ha preocupado de que no falte yerba, tabaco y caña".

"Mientras la tropa come, canta y bebe, el Presidente y el coronel están encerrados, en la sala de una pequeña estación ferroviaria. Hablan. Dos horas dura la conferencia. Batlle, hombre cauto, elige el tema. Se cuida de no preguntar al coronel, la forma como cumplió la orden que le diera de no dejar al enemigo cruzar el Río Negro. ¿Para qué pedir explicaciones? Los momentos son difíciles. El Caudillo nunca estuvo mejor pertrechado. La lucha es ardua. A las dificultades que ofrece, el gobernante no puede agregar un nuevo entredicho con este jefe. Batlle conoce el instante que vive. Debe dominarse. No tiene fuga de palabras. El silencio sobre los errores cometidos, no le impide hablar con precisión del futuro. Sus instrucciones son terminantes.

Aparicio está en el Norte. A sus espaldas, el Brasil. A un costado, la Argentina. Un ejército institucional, debidamente equipado, se acerca. Otro, cuyo jefe departe ahora, con el gobernante, se hará presente, dentro de unos días. Batlle ve claro. No siempre sus jefes cumplieron sus instrucciones. Esta vez hay que encerrar al Caudillo, entre el Uruguay, el Cuareim y el Arapey. Esa es la orden. Dos generales, con un ejército cada uno, deben cumplirla.

El Caudillo está alerta. Piensa en la próxima victoria. "Masoller lo espera".

Según lo comunicaba el corresponsal de "El Diario" de Mercedes, el convoy llegó recién a las 12 de la noche, luego de sufrir algún retraso. Apenas bajó Pablo del tren, se estrechó un fuerte abrazo con Batlle; era aquella la primera vez que se veían. El jefe de la estación los invitó de inmediato a pasar a su casa, en donde estuvieron de conferencia durante algo más de dos horas. Batlle expresó después el agrado que le ha-

bía producido la sencillez, don de gentes e ilustración de Galarza, con quien deliberó acerca de las perspectivas de la campaña. Antes de subir al tren, Pablo dio un fuerte viva al Presidente y al Partido Colorado, vivas que fueron coreados por los soldados y el numeroso público asistente. El tren partió y Batlle volvió a su coche, regresando de inmediato a Montevideo.

TERMINA LA GUERRA

Pablo llegó a Masoller dos días después de la batalla que puso punto final a la Revolución. Aparicio Saravia había muerto y sólo faltaba firmar la paz. No fue Muniz, sino Pablo Galarza el encargado de hacerlo con Basilio Muñoz, representante de los blancos, cuyo previo sometimiento dio fin a la campaña. En cuanto a Muniz, terminada la guerra, el balance no podía serle más propicio. Su dudoso coloradismo parecía haberse confirmado; se decía que no deseaba sino la derrota de Saravia, pero no la de los blancos. Era también sabido que en su cuartel general no quería atender a quienes se le presentaran con golilla colorada. Nunca se le vio en acción, ni cerca de donde se desarrollaba, afirmándose que no había tenido ocasión de oir un solo tiro a lo largo de toda la campaña. Batlle, que no podía ignorarlo, le quitó oficialmente el mando con el pretexto de formar un ejército en el Este, mando que puso en manos de Galarza. En la referida correspondencia, comenta el General Sandoval: "Dueño de una fama militar heroicamente adquirida y de un prestigio ilimitado en la campaña, Galarza pudo al terminar la guerra de 1904 constituirse en árbitro de la situación. No obstante, su innata modestia y su carencia absoluta de bastardas ambiciones personales, le hicieron rehusar tentadores cargos que le fueron ofrecidos (Ministerio de la Guerra), conformándose, por autodeterminación, con el modesto mando de la Zona Militar Nº 3, con asiento en Durazno, donde le sería dado seguir conviviendo con su querido 2º de Caballería". Que ese prestigio era ya un hecho, se comprobó en su pasaje por las distintas poblaciones en el convoy que lle-

vaba al ejército gubernista, sobre todo en Colón, en donde el recibimiento fue apoteótico, haciéndole entrega el señor Ignacio Rivas de un pergamino firmado por numerosos vecinos de la localidad.

TRIUNFAL REGRESO DE GALARZA

Pocos días después, Pablo Galarza regresaba a Durazno, en donde volvió a testimoniarse la admiración popular; admiración que había conquistado no sólo por su denuedo y destreza militar, sino también por el trato humanitario que había caracterizado su gestión. No sólo, en efecto, había ofrecido su ayuda sanitaria a Saravia después de Tupambaé, sino que dispensó a los prisioneros un trato particularmente respetuoso, porque, como solía decir, esos prisioneros "ya no eran enemigos".

Con una correspondencia fechada el 11 de octubre, el diario "El Día" informaba sobre el entusiasta recibimiento que se le hizo a Galarza en Durazno:

"El pueblo de Durazno, regocijado aclama en est momentos (11 y ½ a. m.) la llegada del coronel don Pablo Galarza, a los que con él vienen y a los regimientos 3º y 6º de caballería de línea. Respondiendo a la invitación de la comisión popular de honor pro-coronel Galarza, el pueblo acudió entusiasta a la plaza Independencia en donde se congregó un número considerable, a pesar de la falta de tiempo que hubo para ello, formándose allí una columna de manifestantes con lo más selecto de la ciudad duraznense... La marcha se verificó por las calles 18 de Julio, Sarandí y Treinta y Tres, las cuales se animaron rápidamente con el concurso de las familias que salían a saludar al vencedor y vencedores desde los balcones y azoteas. Ese trayecto fue una marcha triunfal bajo una lluvia de flores... A cada paso era detenido el coronel Galarza, lo mismo que los otros jefes, Ortiz, Suárez, Tabera, Latallada, Ledesma y otros por damas, señoritas y niños que les alcanzaban ramos de flores y la natural emoción que producen estas escenas se traslucía en los curtidos rostros de estos valientes militares". Llegada

la manifestación al cuartel, "el señor Justino Muniz, secretario de la comisión de honor, dio la bienvenida al coronel Galarza en un conceptuoso discurso", al que contestó el coronel Galarza expresando "que agradecía esa manifestación de parte de su pueblo amigo, el Durazno, que él creía inmerecida, pues no había hecho otra cosa que lo que estrictamente le marcaba su deber de militar".

Poco después, en Soriano, se le hizo también un triunfal recibimiento. La nota distinta la dio Arundina García, una niña de diez años que se adelantó a la multitud y besó la bota del caudillo, quien contestó con un emocionado "gracias".

Como saldo material de la Revolución: Gervasio L. Galarza y Francisco Solari fueron promovidos a coroneles efectivos el 1º de setiembre de 1904, en tanto Pablo fue designado General de Brigada por el Presidente Batlle recién el 9 de octubre de 1905, aunque con antigüedad al 22 de junio de 1904, fecha de Tupambaé. (1)

EN EL FILO DE DOS EPOCAS

La vida militar de Pablo no habría de registrar ya parecidas peripecias. Ahora habría de quedar solamente el recuerdo de su estampa aguerrida, de su presencia enhiesta, visible a la distancia por su atuendo rojo, del que no quería prescindir, desoyendo los pedidos de varios de sus jefes para que no se expusiera de ese modo. Era proverbial el cuidado con que atendía todo lo que concernía a su ejército, sin darse un momento de respiro. Más de una vez —nos relataba Eliso Ola-

(1) Resultaron heridos de la División Soriano los alférez Fermín Fernández, Juan J. Díaz, Felipe Gutiérrez, Pedro Mondada e Isidoro Arballo, los sargentos Urbano González, Coralio, Melitón y Nereo Díaz, el soldado Tomás Coria y el sargento Eladio Gareta, siendo todos ellos remunerados con 25 pesos, cantidad que se le adjudicó también a la madre del alférez Sebastián Rigos, muerto en Paso del Parque. Evocamos estos nombres que extraemos del archivo Wenberger, pensando que les cabe aquí una mención junto al caudillo a quien sirvieron con riesgo de sus vidas.

sagasti— se le vio recostado en su tienda de campaña, completamente vestido, sin quitarse ni siquiera las espuelas, listo, tanto de noche como de día, para tomar las disposiciones que se requirieran. Rara mezcla de caudillo, de gaucho y de militar, valiente, sereno y de una ascendencia irresistible, estaba predestinado a ser un conductor, en una época en que se los necesitaba todavía de esa clase. Aquellas grandes letras rojas que lució muchas veces en el cintillo de su chambergo, "Vencer o Morir", asumían en su caso una convincente elocuencia. Aún la tenaz oposición de Batlle, quien no podía dejar de ver en él un producto de la época santista, debió ceder y darle paso a una conciliación que, si bien no podía ser una coincidencia, señaló el comienzo de una nueva etapa dentro del Partido Colorado. La prensa publicó grandes fotografías con el famoso abrazo de Colón. La oposición a Batlle habría de surgir posteriormente de otras tiendas, y Galarza tendría que manejarse en lo sucesivo manteniendo difíciles equilibrios. Querrá ser desde ya "neutral", pero dudamos que lo fuera en el fondo de su sentimiento. Por ese entonces, en todo caso, supo no traslucir ninguna suspicacia y cumplir a conciencia lo que él llamaba su "deber de soldado".

PABLO Y GERVASIO

Con esta presunta y latente enemistad, pasaba algo parecido con la que, en otro plano, lo enfrentaba a veces a su hermano Gervasio. Sus rozamientos con Gervasio no se manifestaron en efecto sino en algunas ocasiones bélicas, llevados ambos por el ardor del combate, y profiriendo frases que algunos chasqueros oficiosos no dejaron de trasmitir, por gozar con maliciosa curiosidad de las previsibles reacciones de ambos hermanos. "—¿Qué dice el indio Pablo?" preguntaba Gervasio; y Pablo, a su vez: "—¿Qué dice ese retobado?". Gervasio no necesitaba más para montar en el picaso. Ya lo había demostrado al "retobársele" a Cuestas, negándole su apoyo y propiciando en Mercedes la candidatura de Dufour contra la oficialista de Saturnino Camp.

Pablo, sin embargo, no le perdió jamás la estima ni le negó su apoyo, imbuído de aquella para él sagrada responsabilidad que les imponía a ambos un apellido de tan gloriosa tradición. Y era algo, o mucho, de la tendencia hacia la tolerancia y hacia la paz que heredaba del viejo Gervasio, lo que entonces reaparecía en él. Así, su política querrá ser de ahí en adelante de conciliación, aunque había estado lejos de haberlo sido en las tempestuosas jornadas que había vivido el Partido Colorado de Mercedes. Su éxito, y su ascendiente general, le permitía ahora ese lujo de estar con todos, al menos en la más visible de las apariencias.

ACTIVIDADES DE PABLO DESPUES DE 1904

Que desde la finalización de la guerra las relaciones de Pablo y Gervasio siguieron siendo amistosas, hemos encontrado claras constancias en la correspondencia del "Archivo del Gral. Pablo Galarza" (volumen II del tomo 300, de 1905 a 1911) perteneciente hoy al Museo Histórico Nacional por venta que efectuó Esteban Weinberger en 1947. Cuatro de esas cartas están fechadas en 1905. En la primera, del 28 de enero, Pablo le comunica a Gervasio que acaba de padecer fuerte resfrío y le encarga busque un caballo, regalo del comandante Suárez, caballo que se había extraviado en Rincón de la Higuera. Su afición a las pencas se intensificó en esos años, manteniendo un stud en Durazno, entre cuyos cuidadores estuvo mucho tiempo el nieto de Máximo Pérez, Justino, cuyo sobrenombre "Perilla" utilizó para uno de sus caballos predilectos. Continuamente requería potrillos de Soriano, por cuya preparación solicitaba continua información, ya sea relativamente al tiro para el cual lo habían aprontado o sobre la pureza de su raza. En carta del 20 de agosto, se congratula acerca de la mejoría en la salud de su madre, y se refiere a "los movimientos de los blancos", los que —dice— "no son más que pura parada", aunque agrega que hay que estar prevenidos, porque los blancos "de todo son capaces". Su medio hermano, coronel Barba-

dora, le sirvió algunas veces de mensajero por ese entonces.

Según una crónica de 1905 de "L'Italia al Plata", Galarza imperaba en esos años sobre la ciudad de Durazno desde lo alto de su cuartel. Vivía en una casa pintada de rojo, rodeada de un jardín particularmente pintoresco, con sus jaulas y su aspecto de zoológico. "Alto, nervudo, muy morocho, de ojos negrísimos y cabellos largos que llegan hasta la espalda, tiene la manía del rojo. Rojo es su traje, rojo el poncho, rojo el sombrero... Parece una llama que camina. Una energía indómita se trasluce en él; su mirada tiene la potencia de la voluntad. Sus soldados lo temen, pero lo aman mucho. Saben que siempre es el primero en la pelea. Signo característico: es agrimensor, pero no mide nunca el peligro".

Ese año de 1905 el 2do. de Caballería cumplía 25 años, lo que dio lugar a la organización de una serie de homenajes a su creador. El 14 de octubre culminaron los festejos con una excursión al departamento de Soriano, en donde se le regaló una espada conmemorativa. Nos relataba el general Sandoval algunas incidencias de ese viaje. En todas las estaciones se habían organizado espectaculares recepciones. El encargado de contestar los discursos era Ramón V. Negro, aunque en una de las estaciones, cuando un orador estaba todavía preparando sus papeles, el jefe hizo sonar el pito y el tren partió antes de que se pudiera pronunciar una palabra. En otros lugares se le hizo llegar postres de regalo, pero Pablo no se servía antes de que alguno del séquito no lo hubiera probado. El tren tomó la combinación en Santa Lucía, y el acto principal de Mercedes se llevó a cabo en el Politeama. Al día siguiente Pablo visitó Las Maulas y posteriormente Rincón de la Higuera, regresando a Durazno pocos días después. Tales visitas no fueron muy frecuentes en lo sucesivo, residiendo casi siempre en Durazno, con algunas cortas estadías en Montevideo y algunos viajes a distintos puntos de la campaña.

Entre 1907 y 1910 encontramos 43 cartas de Pablo a Gervasio. Resumimos aquí su contenido, luego de clasificarlo por su índole, familiar, privada, política o

militar. Fueron años de zozobra para la familia, enfermando de gravedad su madre, María Fleitas, la que falleció a principios de 1908 luego de una larga enfermedad; también enfermaron entonces su hermana Ciriaca, fallecida en diciembre de 1907, y Berna, quien pudo salir finalmente del peligro, así como Gervasio y la mujer de éste. El mismo Pablo estuvo enfermo en esos años en más de una oportunidad, por gripes y afecciones intestinales pertinaces. A principios de 1908 visitó Mercedes luego de reiterados anuncios; fue luego de su regreso a Durazno que falleció su madre María Fleitas, por la que ordenó siete funerales. Los intereses personales no dejaron de suscitar algunas suspicacias entre los hermanos, debiendo Nicasia desvanecer las de Gervasio, comunicándole que un viaje que realizara a Durazno no tenía por motivo ninguna gestión por la sucesión. En esos meses Pablo hizo cortos viajes a Rivera, Montevideo y Trinidad. Su afición a las carreras se manifiesta en numerosos pedidos y en cuidadosas recomendaciones, pidiendo "caballos mestizones" para las californias de Flores, agradeciéndole una yegua a Antenor Sánchez, pidiendo otras veces "caballos de garra", desafiando a Tihista para una penca de "500 para arriba", mandando potrillos a criar, etc., etc. Por ese entonces empezó a formar su zoológico particular, en donde fieras y pájaros empezaron a constituir una colección que era el orgullo del pueblo. Estaba formado por monos, zorros, osos hormigueros y por un león cuyos rugidos resonaban por la noche en toda la ciudad; enfermo el león, cierto día hizo llamar al veterinario a quien le expresó que convenía entrara en la jaula para reconocer la fiera, lo que el facultativo no consideró en absoluto necesario. En una de sus cartas se lamenta Pablo por la muerte de un caburé, mandando buscar a Mercedes con su amigo Tomás Belén algunos zorzales, calandrias y pavos reales.

SU ACTIVIDAD POLITICA Y MILITAR

Con referencia a la actividad política y militar, Pablo siguió siendo el mentor diligente de Gervasio. En

1907, por mayo, Gervasio le comunica a Pablo que esperaba su visita de inspección a la zona para después pedir licencia y viajar a Montevideo. Pablo venía de ser nombrado jefe de la Zona Militar Oeste el 27 de febrero de ese año. El 23 de octubre Pablo le recomienda vigilancia pues los nacionalistas —le informa— están haciendo preparativos revolucionarios. Gervasio le contesta cinco días después agradeciéndole sus trabajos por la unificación del Partido Colorado en Mercedes y en otros departamentos; agrega que en esto no hacen sino "seguir la escuela de nuestro finado padre". Con fecha 6 de noviembre Pablo le envía consejos sobre desertores, municiones, etc., y le promete enviar su opinión acerca de las proclamaciones que acababa de hacer el Partido en Mercedes para las elecciones de ese mes. Su actividad fue en ese mes de mucha intensidad, visitando Rivera y otros puntos en jira partidaria.

Con fecha 21 de noviembre, Pablo le escribe a Gervasio aprobando el manifiesto del Partido, y le hace llegar su opinión de que el nacionalismo concurriría a los comicios. Una semana después, Pablo envía sus congratulaciones por "el triunfo de la causa", agregando que encuentra bien que los nacionalistas tengan representación en ambas Juntas, pues de ese modo "los actos a practicar tendrán el sello de la legalidad". Vuelve a escribir dos días después, luego de un corto viaje a Sarandí del Yí, pidiendo que se les confirme a "los amigos de Dolores" que no serán excluídos de la provisión de puestos. En carta del 13 de diciembre, Pablo le recuerda a Gervasio que "es de una buena manera de obrar que siempre se ganan prosélitos". Entre los recomendados de Gervasio estaba Francisco S. Bruno, conocido por "el tero Bruno", excelente profesor de literatura años después, y a quien Pablo recomendó a su vez a Pedro Manini Ríos.

El 10 de mayo de 1908, la langosta había abandonado nuestros campos, pero no así los blancos, de cuyas intenciones de levantar el poncho vuelve advertir Pablo a Gervasio. El 7 de diciembre le da la satisfacción de notificarle que su división es la más elogiable de la Zona Nº 3.

En setiembre de ese mismo año, un crimen resonante

conmovía a Mercedes: el jefe político Bernardino Chans caía muerto de un balazo en plena Plaza Independencia. El asesino, Roberto C. Mendoza, acababa de anunciar en "El Día" local la suerte que esperaba a Chans, personalidad, por otra parte, muy apreciada en el departamento. No faltó en esta ocasión quien recordara la amistad que había ligado a Chans con el elenco de "La Reforma" en la época de Coello, y de nuevo se sospechó, aunque sin ninguna clase de prueba o fundamento, en una orden impartida por Pablo.

En marzo del año siguiente Pablo estuvo en Montevideo en donde, según le comunica a Gervasio, contrajo "ciertos compromisos" con el Presidente de la República, Dr. Claudio Williman, para la lucha electoral que se avecinaba. Tal vez como un aspecto de dichos compromisos, le anuncia su propósito de visitar prontamente los departamentos del norte. A fines de 1909 su actividad volvió a ser intensa. En noviembre estuvo en Soriano, de donde fue despedido por el jefe y la oficialidad del 9no. de Caballería, por el Jefe Político Albín, el Oficial 1ero. de la Jefatura González Viera y el Recaudador de Aduanas Láens.

RUMORES DE GUERRA

La candidatura de Batlle para una segunda Presidencia empezó a despertar recelos entre los blancos, quienes lo consideraban un peligro para la tranquilidad pública y las instituciones democráticas. Ante los insistentes rumores de movilizaciones sospechosas, Pablo tomó desde un principio las providencias necesarias. La profusa correspondencia que mantuvo en esos días nos permite reconstruir los sucesos tales como acontecieron en las inmediaciones del departamento de Soriano, pudiendo tomarse como un ejemplo del modo con que en parecidas circunstancias, solían desarrollarse entonces en otras partes.

El 18 de enero Gervasio era designado Comandante Militar del departamento y al día siguiente el Jefe Político Carlos Albín se ponía a sus órdenes, ofreciéndole su concurso. Ese mismo día Gervasio recibió un

parte del comisario Nieves Troche, quien le informaba que el orden estaba siendo perturbado; un grupo de insurgentes había tomado hacia el norte del Río Negro capitaneado por Lizardo González, a tiempo que se recibían noticias análogas desde Treinta y Tres. Troche informaba además que el capitán Moreno estaba sacando caballadas, y pedía que se le sustituyera con un suplente, pues se encontraba algo enfermo. Gervasio se apresuró a reunir su gente, y le ordenó asimismo al ayudante Teodoro García para que, en combinación con el teniente Palacios, viniera hasta Mercedes con toda la gente que pudiera reunir en Dolores. El día 20 llegaron algunos partes alarmantes. Cecilio Sosa comunicó ese día que marchaba hacia el Perdido, por donde se habían visto revolucionarios, al tiempo que el comandante de Colonia Andrés Vera informaba que el doctor Borrás se dirigía al Paso de la Laguna al frente de treinta revolucionarios. Noticias análogas llegaron ese mismo día desde Flores, en donde se vieron pasar cerca de cien insurrectos. Todo hacía suponer que se había resuelto una concentración en costas del Arroyo Grande, y fue efectivamente en la Picada de Britos, en dicho arroyo, en donde se produjeron los primeros tiroteos desde una orilla a la otra. Siguiendo órdenes de Gervasio, se hostigó entonces intensamente a los revolucionarios a fin de evitar que cruzaran el arroyo y se dirigieran a las costas del Uruguay en busca de nuevas incorporaciones.

DECIDIDA ACCION DE PABLO

Pablo se constituyó desde un principio en el organizador de la campaña. No bien se enteró de esos movimientos revolucionarios, le ordenó a Gervasio que se apostara al norte de la barra del Arroyo Grande, cuidando de ese modo la entrada al departamento. Allí Gervasio logró tomar contacto con un grupo mandado por Oteguy, quien conducía mil caballos para la remonta. Le recomendó a Oteguy proceder "con toda energía y a la brevedad"; "usted —agregó— emprenderá

después por el norte el regreso a Mercedes". Pablo se apresuró a corregir lo que juzgó una precipitada salida de Gervasio, pues bien sabía que el peligro principal residía en las conexiones que se intentaban con los insurrectos apostados en la costa argentina. El 22 de enero salió una nueva fuerza gubernista, al mando de Leonardo Rivas, rumbo al Arroyo Grande, buscando coordinar esfuerzos con el comandante de Río Negro. Ese día fue cortada la línea telegráfica con Porongos y se produjo un fuerte tiroteo en Arroyo Grande. Según el parte enviado por Cándido Sosa a Gervasio, a las nueve y media de la mañana, estando Sosa emboscado en la isla de Durazno, fue atacado por doscientos revolucionarios comandados por Martín Ramírez. Escaso de fuerzas y con sólo veinticinco tiros disponibles para cada uno de sus hombres, Sosa optó por retirarse, sufriendo entonces la pérdida del teniente Gil. Apenas enterado, Pablo ordenó una "acción enérgica" para disolver dicho grupo, sobre todo si se acercaba al ferrocarril (1). Pablo dispuso además que ese mismo día se enviaran a Mercedes cuatrocientos remingtons de calibre 7 milímetros con sus respectivos porta fusiles, correaje para la caballería y 64.000 cartuchos para la infantería. Consecuencia inmediata de las órdenes de Pablo fue el encuentro que se produjo el 23 a las cinco de la tarde. Los nacionalistas, mandados por Gareta y Ramírez, fueron alcanzados en los cerros de Ojosmín, sufriendo varias bajas y cayendo prisionero Galo Butre y Juan Olaverry, quienes fueron remitidos a Mercedes junto con Luciano e Higinio Aberasteguy. Al día siguiente, el capitán Ferreira le escribe desde el paso de la Calera del Perdido a Pablo Galarza, quejándose de que los vecinos son todos nacionalistas y de que lo engañan con informes falsos, comunicándole además que una hora después de la pelea se le incorporó el capitán Lucas. Los nacionalistas, poco más de cien hombres, tomaron entonces hacia Mal Abrigo.

(1) En la acción de la Isla del Durazno resultaron heridos Segundo Gil, Gilberto Castromán y Fermín Abreo, este último de gravedad, con heridas cortantes y de bala, siendo reconocidos en Mercedes por el doctor Alberto Cima.

RENACE LA CALMA

El 28 de enero Carlos Albín le comunica a Gervasio que el bravo capitán blanco Martín Ramírez había sido apresado en Flores. De gran prestigio en Soriano, Ramírez murió años después, a una edad avanzada, en medio del aprecio que había sabido conquistar por su integridad y una rectitud moral que se evidenciara en algunas actitudes propias de un ánimo inflexible. Gervasio dispuso que se persiguiera a los grupos en que se habían desperdigado las fuerzas nacionalistas; muchos de ellos se entregaron entonces, y sus casos debieron considerarse uno por uno, pues muchos aducían haberse refugiado en los montes desde un principio para evitar la lucha, y no para intervenir en ella.

El movimiento había fracasado debido a la intervención rápida y decidida de los dos Galarza, quienes desbarataron las primeras concentraciones nacionalistas, impidiendo además su contacto con las fuerzas que esperaban en la costa argentina. Un enérgico telegrama de Williman al Presidente argentino determinó luego la disolución de esas expediciones, con lo que la revolución recibió el golpe de gracia (2).

¿PABLISTAS Y GERVASISTAS?

En carta del 15 de setiembre de 1910, Pablo le escribe a Gervasio que "la lista que hay que proclamar para los próximos comicios es la siguiente: Primer titular: Francisco Milans, y como Primer suplente, el doctor Mateo Magariños Veira". Cierra su carta con una frase muy expresiva: "Esto lo comunico para tu gobierno".

---

(2) Se remuneró a los voluntarios con tres pesos por cabeza, en total 816 pesos, dejándoseles la pertenencia del recado y el poncho, no así de las armas y correaje. La División Soriano estaba mandada por los tenientes Victoriano Martínez y Pedro Latapie. Se presentaron también viejas figuras como el coronel Pascual Valdés, Angel Alvarez, Nieves Troche y Florentino Gareta. Mandaba los guardias nacionales el sargento mayor Fermín Garrido. Mucha gente "tímida" emigró en esos meses de Mercedes y Dolores, emprendiendo el regreso recién a fines de abril.

Por ese año la prensa hablaba frecuentemente de "pablistas" y de "gervasistas". La correspondencia conocida no registra sin embargo ninguna disidencia entre ambos hermanos, aunque el tono de Pablo, como en la carta mencionada, no deja a veces de trasuntar la necesidad de hacerle sentir a Gervasio el peso de su autoridad. Lo cierto es que seguía siendo, aún lejos del departamento, el dirigente de más influencia en el partido, y que su voluntad seguía expresándose a través de las actitudes de su hermano.

"AMISTAD" DE GALARZA CON BATLLE

Poco duró la tranquilidad en ese agitado año de 1910. En octubre, en efecto, volvían a levantarse los blancos, "no precisamente contra el Gobierno de Williman", según lo expresara en un manifiesto, sino "contra el círculo que acaudillaba el señor Batlle y Ordóñez". El 31 de ese mes Pablo salió a campaña con sus fuerzas, pero no tuvo mayor ocasión de intervenir.

Luego de la toma de Nico Pérez a cargo del jefe revolucionario Basilio Muñoz (hijo), el movimiento se disolvió, desmovilizando Pablo el 25 de noviembre. Tres días antes, el 22 de noviembre, Pablo le ofrecía un brindis a Batlle en Durazno, diciendo "Lo hago porque es mi amigo", aclaración que siempre parecía necesaria, pero que no dejaba de seguir siendo siempre algo dudosa. Y esas dudas se reavivaron cuando, poco tiempo después, el 28 de setiembre de 1911, Batlle decide el traslado al 5º de Caballería destacado en Rivera del teniente coronel Juan Barbadora y del mayor Gerónimo Barreira, dos jefes del 2º muy adictos, al menos en apariencia, a Pablo. Sea como fuere, a raíz de la visita de Batlle, los colorados de Mercedes fueron aleccionados por Pablo, quien aconsejó una modificación en la lista galarcista, lo que permitió que se depusieran disidencias y se consagrara la unión. La neutralidad de Galarza en los pleitos internos del Partido no fue desde entonces nada clara. En 1913 llegó a hablar en Trinidad y otros puntos en contra de la posición de Batlle. Aunque ungido por Batlle General de División en febrero

de 1911, su adhesión a Manini Ríos se hizo por entonces más evidente; en muchas ocasiones, en efecto, el líder riverista paró en su casa de Durazno, y fue precisamente como diputado por Durazno que Manini comenzó su carrera parlamentaria. Sabemos de comunicaciones epistolares de Pablo a Manini, en las que insinúa la posibilidad de postularse como candidato a Presidente. Y habría de ser el mismo Manini, veinte años después, quien influyera para que Pablo ingresara a la Junta Provisional de Gobierno. Fueron muy raras, sin embargo, las veces en que Pablo hablara en público. Se limitaba en general a acompañar con su presencia los actos de propaganda, siendo necesario muchas veces, en esos casos, ir a buscarlo a su domicilio. Casi no había político colorado que no se alojara en su casa en ocasión de las campañas electorales: Rafael Batlle, Francisco Schinca, Héctor Gómez y muchos otros fueron así sus huéspedes. También lo fue por 1904 Pedro Blanes Viale, quien pintó dos retratos del caudillo: uno de medio cuerpo, actualmente en Durazno, y otro a caballo, el que pasó a una repartición pública de Montevideo. Blanes Viale estuvo también en Tupambaé, sacando notas para un cuadro que no llegó a realizar. Por esos años Galarza le envió los padrinos a Alfredo García Morales a raíz de unas declaraciones que éste formulara en la Cámara, pero el representante nacionalista aclaró entonces que sus palabras no se referían al caudillo, por quien manifestó sentir alta estima.

SEGUNDO MATRIMONIO DE PABLO

El primer matrimonio de Galarza, con la montevideana Catalina Linares, había quedado disuelto hacía tiempo. Había conocido a Cata en Montevideo. Recibido primero algo burlonamente, pronto logró conquistar su amor. Pasaron su luna de miel en el Rincón de la Higuera, pero, de vuelta a Mercedes, empezaron a manifestarse desavenencias que condujeron pocos años después a la separación definitiva. Doña Cata siguió no obstante residiendo algún tiempo en la casa que Galarza había construído frente a la Plaza Nueva, haciendo

cruz al cuartel, residencia que se conserva con pocas modificaciones. Dicho lugar, en donde se levantaba anteriormente el rancho de uno de sus asistentes, fue adquirido por Galarza, quien levantó posteriormente su casa con ayuda de Máximo Santos, según ya relatáramos. Cata Linares era alta y elegante, según nos la describe una de sus antiguas modistas, Doña Gregoria Samas, hija de un capitán de Máximo Pérez, y hoy una anciana que sobrelleva sus 95 años con admirable espíritu y rara lucidez. Por 1914 se legalizó el divorcio, y poco después Galarza se casaba con Otilia Schultze, cuyo primer esposo había fallecido no hacía mucho. La nueva esposa de Pablo era de carácter firme e imperioso, lo que no dejó de influir en las costumbres del caudillo. Cuando llegaban visitas, era ella la que dirigía la reunión; Pablo intervenía apenas y jamás la contradecía en ningún punto. Otilia padecía una diabetes que se fue acentuando con los años, provocando finalmente una ceguera casi total. Su actividad por los derechos de la mujer fue particularmente intensa, compartiendo muchas jornadas con Paulina Luisi y otras intelectuales de la época. Era además incansable organizadora de fiestas, reuniones y campañas de beneficencia. El padre de Otilia fue Jefe Político de Durazno de 1916 a 1923, saliendo electo diputado en 1926. Su hermana Acacia, espíritu dilecto con el cual tuvimos ocasión de departir hace pocos años, fue prometida del infortunado dramaturgo Ernesto Herrera, quien solía pasar temporadas en la casa de Pablo. En la campaña de 1904, Herrera, siendo un muchacho, acompañó a Galarza, quien siempre le dispensó su aprecio, y es seguro que la frase con que el autor de "El León Ciego" alude a Máximo Pérez ("un gran corazón de hombre"), es el resultado de conversaciones que ambos matuvieran en 1910, en Durazno, Ernesto Herrera fue profesor en 1916 en el Liceo de Mercedes, muriendo poco después en Montevideo, víctima de una laringitis tuberculosa.

LA VEJEZ DEL CAUDILLO

Pablo fue espaciando cada vez más sus visitas a Soriano. Una de las últimas la efectuó en 1915, a raíz

de haber sido ascendido el 24 de febrero a teniente general, grado el más elevado del escalafón militar. En esa ocasión, como en las anteriores, paró en el Hotel de Doña Cipriana Lisaut, luego Hotel París, frente a la Plaza, y era de ver en esos días el desfile de adictos que acudían a saludar al caudillo. En ese año se le rindió un gran homenaje popular en el Politeama Colón. Detrás de Pablo, impecable como siempre, venía un asistente sosteniendo ceremoniosamente su famoso alfanje sobre un lujoso paño rojo. Visitó en esos días el Rincón de la Higuera, en donde, rememorando viejos tiempos, enlazó de a pie algunos potros y jineteó otros con su tradicional pericia. La despedida, lo mismo que el recibimiento, se hizo en la estación a toda banda, con la asistencia de autoridades y personalidades del departamento. Su perfume se sentía a la distancia. Mantenía siempre un sabio e instintivo contraste entre la sencillez de su palabra y la espectacularidad con que buscaba realzar todas sus presentaciones.

La vida del caudillo en Durazno fue entrando paulatinamente en un sosiego propio de sus setenta años. Sus descansos en la mecedora se fueron alargando, y Pablo fue así convirtiéndose en una especie de patriarca, al cual muchas madres llevaban sus hijos por la mañana para que los besara y bendijera. Alguno de ellos, como el hoy prestigioso poeta Pedro Montero López, lo recuerda aún con emoción no bien disimulada. Al igual que el viejo Gervasio, Pablo gustaba rodearse cada vez más de niños, llegando a criar a más de veinte, muchos de los cuales solían acompañarlo a la hora del almuerzo. Sabía además retribuir antiguas deudas personales, dispensando su protección a los descendientes de quienes consideraba sus acreedores; un hijo de Máximo Santos fue así incorporado como cadete a su regimiento, y parecida generosidad demostró con Justino y Máximo Pérez, nietos del caudillo con quien hiciera sus primeras armas en 1870. Digamos de paso —dato confirmado por el ya mencionado "Perilla"— que su afición a las carreras no disminuyó nunca, apostando a veces gruesas sumas de dinero. Entre los cuadros que conservaba con más cariño, Pablo reservaba un lugar de honor a la fotografía de una carrera que había ganado en Mer-

cedes cuando tenía dieciocho años. De tardecita gustaba salir a sentarse junto al portón, de rigurosos guantes blancos, los que no se sacaba ni para tomar mate, ocupando el centro de la rueda que no tardaban en formar sus amigos más fieles. En cierta ocasión, habiendo sorprendido a un borracho que le dirigía palabras soeces a su esposa, le dio el susto de su vida, apareciéndose entre los macizos de plantas y tomándolo de un brazo, para después dejarlo ir tan atemorizado como avergonzado. No era menor el susto que solía propinarle a los muchachones que acostumbraban robar naranjas de los árboles que se alineaban al frente de la casa; saliendo de pronto de su escondite, Pablo hacía restallar un látigo, provocando así la espantada de los rateros, quienes no volvían a aparecer durante mucho tiempo por las inmediaciones. No disponía el viejo tigre de otra ocasión para demostrar su fiereza, lo que hacía entonces con más humor que propósitos de agresión, dolido tal vez de que en su misma casa alguien se atreviera a proceder como si en ella no hubiera nadie capaz de hacerse respetar.

SU FAMOSO REGIMIENTO

Los ejercicios de su regimiento siguieron siendo su obsesión durante muchos años. Gustaba salir a su frente por las calles de Durazno, paladeando la admiración que él y sus hombres despertaban entre los espectadores. Al salir del cuartel —nos relataba el general Sandoval— un águila que parecía esperar siempre esas salidas, levantaba vuelo y describía círculos cada vez a mayor altura, hasta que se perdía de vista. Pero no bien regresaba el regimiento, el águila reaparecía, bajando en amplios círculos hasta posarse en el mástil de la entrada. Pablo tenía además un cuervo y un zorro atados con cadenas; aprovechando las ausencias del caudillo, los soldados habían amaestrado al zorro para la cacería de gallinas, hecho que pudo ser al fin comprobado por el mismo Galarza al ver regresar un día al zorro herido de chumbos. Años después, Pablo prefería quedarse frente a su casa esperando el re-

greso del regimiento, luego de sus maniobras en el pueblo. Si algún asistente venía a informarle entonces que su gente se había portado bien, no decía una palabra al respecto, agregando solamente algunas órdenes para las últimas maniobras del desfile; pero si llegaba a enterarse de que no se habían desempeñado con total corrección, entraba con ellos a la Plaza de Armas y les endilgaba una alocución violenta, sembrada al final de "ajos" profusos, dicho lo cual hacía dar vuelta bruscamente a su cabalgadura, para salir de inmediato a gran trote. Desde su retiro, Pablo gustaba escuchar los acordes marciales de la banda del maestro Leal, banda que solía acompañar las marchas del regimiento, pero su placer se trocaba en disgusto cuando sentía ejecutar partituras que no eran las usuales; "les están rompiendo la marcha", rezongaba entonces.

SU INDECLINABLE ATILDAMIENTO

En los últimos años de su vida, Galarza, perdida ya su gallardía de jinete, prefería salir a pasear en un coche tirado por dos hermosos caballos negros. En muchas ocasiones, como durante las maniobras que en el 35 se efectuaron en Peñarol, hacía seguir su coche por una sopanda cubierta y por un breque, atestados ambos vehículos con ropas de repuesto. En su casa de Durazno tenía una pieza repleta de caballetes con botas de varias clases, de gamuza, etc.; "parecía una zapatería", nos decía el general Sandoval. Su vestuario, en verdad, no admitía parangón: botas altas de charol, de varias clases, pantalones de montar azules con franja de oro, chaquetas con alamares también de oro, su boina colorada, con una borla colgando sobre el hombro, boina fabricada según diseño imaginado por él mismo, capa negra con forro punzó, y sus cinco espléndidas monturas, cada una de un color distinto, bordó, negra, marrón, verde y azul. Brillaba a la distancia su anillo de oro con brillantes y un gran rubí, y sabía lucir también cuando era necesario un elegante smoking. En sus visitas a Montevideo paraba comunmente en el Hotel

Alhambra, aunque algunas veces solía hacerlo en lo del compositor de caballos Tomás Guillén, quien tenía a su cargo el stud Gordon. En la exposición "El gaucho y su medio", organizada en Montevideo hace pocos años por "Amigos del Arte", pudo admirarse el apero completo de Pablo Galarza: ponchos patrias, chiripaes, boleadoras con correas trenzadas, lazos también de trenza, un antiguo mortero de madera y, entre tantas otras cosas, un cojinillo de tela, con tejidos especiales y flecos de refinada elaboración. En sus últimos años debió sin embargo renunciar muchas veces a su afición de jinete, recurriendo al uso de un Dodge que, como es natural, había mandado pintar totalmente de rojo.

GERVASIO

Los Galarza mantuvieron importante influencia en la política colorada interdepartamental. Ya vimos como, en 1910, Pablo pareció reafirmar una adhesión a Batlle que sus expresiones posteriores estuvieron lejos de testimoniar. Se dijo entonces que Batlle le llegó a ofrecer el Ministerio de Guerra, y que hasta le había ofrecido una residencia en la Avenida Lezica. Sucesos posteriores, como el alejamiento de Barbadora, así como algunas manifestaciones públicas de Galarza, pusieron en duda una amistad que sólo se conservaba en apariencia. Y las luchas por el Colegiado encontraron a Galarza demasiado cerca de Manini como para suponerlo adscrito a las ideas de Don Pepe. Así es como en Mercedes se fundaba en 1915 el Club Galarza, inspiración de Angel y Rogelio Dufour, cuyo galarcismo empezó posteriormente a debilitarse.

Gervasio, entre tanto, se mantenía mucho más cerca del ideal batllista. Una carta dirigida desde Melo el 17 de mayo de 1919 a su gran amigo Emilio Pérez, a cuya estancia de La Paraguaya solía venir por temporadas, no deja lugar a dudas acerca de sus sentimientos: "Hay que tener mucho cuidado en el período de tachas, estando siempre atento a la actitud de los blancos. No se preocupen mayormente de nuestras cuestiones internas, dentro del Partido, que todo se arreglará. Nosotros apo-

yaremos a Don Pepe, así es que deben mantenerse absolutamente prescindentes, hasta tanto yo les dé aviso".

Ese año los colorados de Soriano obtuvieron 3.582 votos contra 3.521 de los blancos. De dichos votos, 1.694 fueron batllistas, 1.221 galarcistas, 416 riveristas y 251 vieristas. Pocos meses antes Gervasio había mantenido un violento altercado con el Intendente Luis A. Zanzi, a raíz de un conflicto de influencias. La palabra "trompeta" —dijo entonces un cronista— se oyó pronunciar, sin que pudiera saberse quién era su autor. Se habló de duelo, pero todo no pasó de allí. Gervasio militó posteriormente en filas del sosismo. A través de la correspondencia con su amigo Emilio Pérez mantenida desde 1917 hasta poco antes de su fallecimiento, se puede apreciar la entidad de su influencia, así como su afán inalterable de cultivar una equidistancia que resultara propicia para la unión del Partido. En carta dirigida desde Villa Colón el 7 de noviembre de 1924, le informa a Emilio Pérez acerca de sus trabajos por la candidatura de Julio María Sosa, reaccionando contra una expresión de su amigo Rafael Ubiría, quien había manifestado su deseo de que lo dejaran "a un lado, como cuero viejo", pues estaba cansado de "las dadas vueltas de los grandes", a los que califica de "volcadores viejos". Escribe entonces Gervasio: Este calificativo no puede alcanzarme de ninguna manera, pues si algún mérito puedo ostentar con orgullo ante los Colorados de ese Departamento y especialmente ante los de esa sección, es la honestidad y desinterés con que he servido los intereses de mi Partido, pues ni siquiera solicité concurso, que pude haberlo merecido (y eso uds. lo dirán) cuando hube de sentarme en una Banca del Parlamento Nacional". A continuación de otras expresiones del mismo tono, exhorta a continuar unidos "en la fe del Partido, por su tradición y sus glorias, siguiendo invariablemente y con igual fe la orientación que a éste trazara sabiamente nuestro gran maestro Don José Batlle y Ordóñez". Su batllismo era sin embargo muy relativo, y así es como en carta de 1929 habla con indisimulada complacencia acerca del "desbande" que se estaba produciendo entre "los batllistas de Dolores".

MUERTE DE GERVASIO

A mediados de ese año Gervasio sufrió un ataque de anemia perniciosa. Pasó varios meses en Soriano viviendo en la chacra de su hermana Mónica, pero el mal era ya incurable, y el 17 de mayo de 1930 fallecía en Montevideo, en su residencia de calle Rivera 2858. Se le tributaron grandes homenajes, dando lugar la inhumación de sus restos en el Cementerio Central a un gran desfile militar encabezado por el Presidente Juan Campisteguy, así como a una profusa oratoria, la que se cerró con la palabra de su correligionario Enrique Rodríguez Fabregat. Pablo vino ese día desde Durazno en un tren especial repleto de partidarios.

La foja de Gervasio, tal como la resumía "La Voz de Soriano", había sido la siguiente: a los 15 años sentó plaza como soldado distinguido en el 2º de Caballería, ingresando al año siguiente al Colegio Militar. Un año después era alférez, y en 1886, antes de cumplir los veinte años, conquistaba los galones de teniente, para ascender a capitán en 1893, a mayor en 1894, a comandante en 1897 y a coronel graduado en 1903, año en que era ya Jefe Político de Soriano. Fue jefe de la División Soriano en 1904, incorporándose al Ejército del Sur que mandaba Pablo, e interviniendo en una larga sucesión de combates. Fue General de Brigada en 1912, Jefe Político de Río Negro y luego Jefe, sucesivamente, de las Zonas Militares Nº 4 y Nº 2. En 1912 fue ascendido a General de División. En 1923 ingresó al Parlamento como representante de Río Negro, y en 1929 volvió como representante de Soriano, electo por la fracción colorada "Por la Tradición". Figura de menos relevancia que su padre y que su hermano, no dejó sin embargo de hacer honor a su apellido, sobre todo por su valor en los campos de batalla. Para ilustrar el concepto riguroso que tenía acerca de las condiciones que debía llenar un militar, baste recordar que cuando su hijo hacía los ejercicios de tiro al blanco que le ordenaba y no obtenía en ellos buenos resultados, Gervasio le hacía dar chicote en los tobillos por uno de sus asistentes. En un artículo muy laudatorio que publicara "El Diario" de Mercedes del 17 de agosto de 1904, Ju-

lio María Sosa destacaba sus virtudes de sencilla campechanía y abierta franqueza, propia de todos los Galarza. Compartía también con Pablo su maestría en todos los quehaceres camperos, carneadas, domas, rastreadas o en cualquier otro de tales menesteres. Carecía no obstante del espíritu exhibicionista de Pablo; solía combatir vestido de negro, luciendo como única nota destacada las grandes letras rojas semigóticas de su divisa, con las que sólo enunciaba el nombre de la División que comandaba.

LA "NEUTRALIDAD" DE PABLO

En el conflicto que escindía entonces al Partido Colorado, Pablo no tomó nunca posición abiertamente, pero no era un secreto para nadie que sus relaciones con Batlle se habían enfriado considerablemente. Por 1920, advirtiendo que el Club Galarza, bajo la inspiración de Rogelio Dufour, no le demostraba una clara adhesión, Pablo fundó en Mercedes el Club Tupambaé. En una carta enviada desde Durazno a Emilio Pérez, Pablo había expresado su posición contraria al Colegiado, el cual —escribe— sólo habría de producir "encarecimiento y mal gobierno". La tensión que lo separaba por entonces de Don Pepe se manifestaba en hechos como los que nos relataba el general Sandoval, tales como las omisiones de su nombre en las invitaciones a las concentraciones militares y misas campales que solían efectuarse todos los años en el Día de la Raza. Batlle seguía de ese modo fiel a su política anticaudillista, la que mantuvo inflexiblemente desde la época de Santos. Visitado en cierta ocasión en Durazno por Manini y Amézaga, Pablo les expresó su deseo de "darlo todo por el Partido Colorado", pero aclaró que prefería seguir siendo neutral. No sabemos si quería evitar así un enfrentamiento franco con Batlle, desde que tales manifestaciones no condecían con otras que se le conocían y de las que tenemos testimonio. De todos modos, en esa lucha no tuvo militancia activa, aunque no dejó de ejercer importante influencia en los círculos colorados de Mercedes y Durazno.

"PABLO GALARZA, EL CIUDADANO Y EL HEROE"

Bajo este título publicaba recientemente Eduardo Buela un artículo en el que se revelan algunos aspectos interesantes de Galarza. Lo transcribimos íntegramente en virtud de contener conceptos e informaciones que nos permiten precisar mejor el perfil del caudillo.

"Conocí al General Galarza en 1927. Yo escribía en aquel año un periódico y le dediqué el primer número redactando con tinta roja "A Pablo Galarza, dignísimo Teniente General, defensor de las instituciones". Al día siguiente del envío en manos propias, me formuló una invitación para ser recibido en su casa. Concurrí esa misma tarde y me recibió con natural cordialidad agradeciendo la "original dedicatoria": fueron sus palabras. Lo acompañaba su esposa Doña Otilia Schultze, que escuchaba con atención la breve conversación que mantuvimos. No me produjo el General Galarza la impresión que yo esperaba, de acuerdo con cuanto había oído a su respecto, de figura casi legendaria. Pero tampoco me decepcionó: era un hombre afable, correcto, prolijo en su modesta casaca de soldado y boina borlada, ninguna palma, nada de galones; sabía escuchar y era breve pero justo en las respuestas. No hablaba de sí mismo y rehuía todo elogio con sincera indiferencia al panegírico.

Le manifesté que en cierta ocasión en rueda de gente del periodismo se había comentado elogiosamente su actitud al finalizar la guerra civil de 1904, y agregué que se dijo en efecto, "que él (Galarza) con su enorme prestigio pudo llegar a ser el Jefe del Estado sustituyendo al Presidente Batlle y que su actitud de reintegrarse al Cuartel era digna de un militar con elevado sentido del deber". Nunca me dijeron eso, —fue su breve respuesta con dulce sonrisa que denunciaba total sinceridad y sin ningún histrionismo.

Me despidió con tal cordialidad en aquella primera instancia que me animó a volver otras veces.

En cierta ocasión le pregunté si era cierto que tuvo fieras en los sótanos de su residencia, que había oído rumores acerca de eso.

—Rumores, —me dijo.

Más tarde me enteré por sus familiares que lo que había tenido eran perros daneses de gran tamaño.

—Venga a ver mi sótano, —dijo el General.

En sus sótanos había una bodega digna de un gran señor. Cualquier bebida de las mejores marcas. El tomaba solamente vino de Oporto. Le gustaba como buen anfitrión, ofrecer lo mejor: lo visitaban los Dres. Manini Ríos, Pérez Olave, Negro, Julio María Sosa, Grabriel Terra y otros.

El General había sido un gran lector: en la fecha a que me refiero tenía ya 76 años y la vista no le permitía el abuso: era Agrimensor y de su conocimiento del lenguaje es prueba evidente su informe sobre la Batalla de Tupambaé que firmó en su Campamento de Tarariras, en junio 25 de 1904. Al despedirse del Ejército del Sur que ha combatido a sus órdenes lo hizo con una proclama redactada con expresiones que no carecen de emotividad en el agradecimiento que expresa a sus subordinados.

Era hombre de gran valor personal. El extinto General Aníbal Pérez me relató que en cierta ocasión un Oficial llegó al Cuartel en estado de ebriedad y entrando al despacho del General Galarza le apuntó con el revólver diciéndole "voy a matarlo", a lo que el General Galarza le contestó "vaya tirando" y al decirlo tomó de una gaveta de su escritorio un puñal de pequeño tamaño, rodeó el mueble, desarmó al Oficial y a punta de puñal lo llevó a la Guardia y lo entregó.

Su vida social se limitaba a apoyar la obra de su esposa, que presidió una selecta Comisión de Damas, a la que se debe en gran parte la fundación del Hospital de Durazno, hoy un modelo de hospitales del interior. A pesar de la enorme influencia del General Galarza en Durazno y en todo el país, no pudo acusársele de practicar nepotismo. Si su hermano político ocupó por dos veces la Jefatura de Policía, lo cierto es que los gobernantes se la ofrecieron, tal vez para, por su intermedio, acercarse al General - Caudillo del Partido Colorado. Otro cuñado fue Comisario de la Sección Chacras, y por cierto fue un policía muy bien conceptuado.

Se le atribuía un hijo: Pablo Pereyra, más conocido

por Pablito Galarza; pero cuando se inició un juicio por paternidad, la acusación fue desechada por falta de pruebas. Pablo Pereyra, que era Escribiente de Policía, fue muerto al finalizar un baile en el Pueblo La Media Luna, en Carpintería, en 1934.

Puede decirse que Galarza apoyó todas las obras buenas que se iniciaban en Durazno: era un ciudadano ejemplar, respetado y querido. No se oye ninguna expresión que contradiga ese buen concepto. Es de lamentar que haya sido olvidado y que ni siquiera una calle lleve su nombre.

Falta escribirse un libro sobre este militar desaparecido. Podría titularse: "Galarza, ciudadano ejemplar, héroe olvidado". "

LOS ULTIMOS AÑOS DE PABLO

El último período de la vida de Galarza se nos revela con nitidez a través de una colección de veintiuna cartas que dirigiera a su sobrino Rufino Díaz Galarza, cartas que van desde el 17 de agosto de 1928 hasta el 28 de noviembre de 1935, y en poder hoy del señor Oscar Martínez. Podemos seguir a través de ellas, en efecto, algunas de las que entonces eran sus preocupaciones principales.

Desde la primera habla de la enfermedad de Otilia, enfermedad que empezó a manifestarse sobre todo al regreso del viaje que hicieran ambos al Rincón de la Higuera en el verano de 1928. "Mi secretaria está siempre enferma", dice en cartas posteriores; fue así que debió llevarla a Montevideo, en busca de un tratamiento adecuado para su diabetes y su afección a la vista, en abril del 29, en setiembre del 30, en marzo del 31 y en julio del 32. En esas cartas Pablo pide continuamente informes a su sobrino acerca del estado de sus campos y haciendas, y le envía órdenes sobre compras, ventas, arrendamientos y sobre muchos pequeños detalles de la administración y cuidado de sus propiedades; recomienda, por ejemplo, que "no aporreen mucho a los terneros" al marcarlos, que aprovechen la seca para efectuar compras, aunque —agrega— procediendo

con "mucho estudio", pues cree que se avecina un invierno muy frío, perjudicial para el ganado. En su carta de setiembre de 1930, carta en la que da permiso para que se corten árboles en "La Escalera" con distintos destinos, agrega de su puño y letra, debajo de la firma: "P.D. Te recomiendo que no cortes más que las maderas indispensables". En otra de sus cartas cree necesario señalar sus recomendaciones con sendos numerales, desde el "Nº 1" hasta el "Nº 8", discriminando prolijamente sus deseos.

A pesar de sus ochenta años y de una fortuna personal que era entonces considerable, Pablo no descuidaba el más mínimo detalle de sus asuntos, y hasta mantenía en vilo a sus capataces de Soriano anunciando, como en la carta de marzo de 1930, que en cualquier momento se aparecería "de sorpresa" en el Rincón. Algunos pedidos, como unas "guascas", por las cuales insiste, y un par de pájaros boyeros, con los cuales quería reemplazar a los que se le habían escapado por dejar la jaula abierta, nos dan la pauta de cómo perduraban sus aficiones camperas. Y entre ellas, ni qué hablar, las pencas criollas, las que le daban motivo a múltiples pedidos y recomendaciones acerca de la crianza, doma y envío de buenos parejeros. En la carta de julio de 1932, enviada desde su residencia en Montevideo (Rivera 2858), informa que Otilia sigue mal. En medio de sus preocupaciones no se olvida sin embargo de recomendar a su sobrino que no tenga trato con "careros" cuando deba proceder a efectuar arreglos en sus propiedades. Anuncia un viaje a Soriano para esa primavera, viaje en el que lo acompañaría Otto Schultze. Su firma ya no tiene la seguridad de trazo que siempre lo caracterizó; y esa falta de firmeza se advierte con mayor evidencia en su carta del 28 de noviembre de 1935, carta que, por ser la última que se conserva, transcribimos a continuación íntegramente.

"Montevideo, noviembre 28/935.
Sr. Rufino Díaz Galarza. Soriano.
Estimado sobrino:
Deseo que me escribas dándome noticias de cómo están los intereses confiados a tu cuidado; si ya procedis-

te a esquilar; qué cantidad de lana obtuviste y qué precios corrientes hay ahí para la lana, pues en Durazno hay buenos precios. Dime cuál es el estado del campo, vacunos, ovejas y equinos, lo mismo que cómo marcha la explotación del monte. Con recuerdos de todos para tí y los tuyos, recibe el aprecio de tu tío.

Pablo Galarza.

P. D. Posiblemente en estos días iré para Durazno."

MIEMBRO DE LA JUNTA DE GOBIERNO

Ya en la etapa final de su vida, contando 85 años de edad, se produce el último episodio importante de su actuación pública, episodio que fue visto por muchos como una claudicación imperdonable. El 31 de marzo de 1933, el Presidente Gabriel Terra disolvía las Cámaras y designaba una Junta de Gobierno Provisional entre cuyos miembros, y por directa sugerencia de Pedro Manini Ríos, figuraba el teniente general Pedro Galarza. Tal vez quiso Terra de ese modo pagar la deuda que había contraído años atrás con quien había hecho pesar su influencia para proporcionarle la diputación por Durazno. Pero lo evidente era que el nombre de Galarza resultaba entonces un símbolo aprovechable, como lo era asimismo su figura legendaria. En las revistas militares que poco después se llevaron a cabo en Carrasco, se le vio luciendo su impecable smoking, seguido de una jardinera con los baúles que contenían su impresionante vestuario. Recorrió los vivaques del brazo de Terra, pero a pesar de que no había renunciado a su proverbial coquetería, no podía exhibir ya la marcial apostura de años atrás. Si seguía inspirando respeto, era ahora por su cabeza encanecida, tanto como por el recuerdo aún vivo de sus pasadas hazañas.

"Triste ironía del destino —comenta Fernández Saldaña— la presencia casi fantasmal del viejo general, a quien se decoraba con el título de campeón de las instituciones, ante una mesa a la cual se sentaban, en frente suyo, algunos de los mismos enemigos políticos que habían formulado contra él imputaciones y calumnias

atroces. Pero sus ochenta y dos [rectificamos: ochenta y cinco] años y su notoria decadencia física e intelectual, absolvían por sí solos al general Galarza de las responsabilidades históricas de aquella hora".

SU MUERTE

Poco habría de sobrevivir Pablo a ese último avatar de su destino. Su salud desmejoró notablemente en 1937, "sin enfermedad aparente". Su cuerpo había adelgazado mucho y no era ni sombra del robusto soldado de 1904. En su casa de calle Carve casi Avenida Brasil, vivió los últimos meses casi recluído. Y aún tuvo entonces una actitud propia de su carácter al negarse a recibir al coronel Barbadora, quien se le apareció un día con tres hijos. Según nos manifestaba el general Sandoval, acompañante habitual del enfermo en esos días, Galarza no podía tolerar la presencia de quien lo había engañado más de una vez y a quien llamaba "un disfrazado". Fue en uno de esos días cuando, al bajar de la cama, Pablo sufrió una caída, resultando con la cadera fracturada. Ese accidente precipitó el desenlace. Y el 17 de octubre de 1937, a los 89 años de edad, terminaba la vida del famoso caudillo, muriendo poco tiempo después su esposa Otilia Schultze.

En 1956, como otra demostración del vigor de la raza, moría a los 105 años de edad Mónica Galarza de González, en la pequeña chacra de las inmediaciones de Villa Soriano en donde pasó los últimos años de su vida acompañada por una fiel servidora. Algún tiempo después, otra de las hermanas de Pablo, Bernardina Galarza de Lema, casi centenaria, se caía dentro de un aljibe del que fue extraída sin haber sufrido un solo rasguño. Pablo dejó una fortuna millonaria, constituida en primer lugar por sus estancias de Soriano, "La Escalera" en las costas del San Salvador, cerca del Paso de la Arena; "María", cerca de la costa del Río Negro; "Rincón de la Higuera" y "Santa María", esta última antigua propiedad de su hermano Gervasio. Tenía además otras propiedades y campos en Durazno.

HONORES FUNEBRES

La muerte de Pablo Galarza dio lugar a grandes manifestaciones de duelo, rindiéndosele honores de Vice Presidente de la República. Fue velado en una capilla ardiente en el Ministerio del Interior. En la orden del día del Inspector General del Ejército, general José María Gomeza, se dice de Galarza: "fue un verdadero arquetipo de la raza; parco en palabras, recatado en modales, sencillo en costumbres, sufrido en dolores, tranquilo en peligros, grande en sacrificios, austero en hábitos, consecuente en ideales, desinteresado en propósitos, celoso de su honra, pródigo de su sangre y sublime en sus gestos".

Las crónicas de la época relatan que el cortejo fúnebre tomó por 18 de Julio, a los acordes de una marcha fúnebre, mientras sobrevolaba el cortejo una escuadrilla de aviones militares. Ante el paso de la cureña que transportaba el cadáver y que custodiaban cadetes de la Escuela Militar, las tropas escalonadas a los costados iban presentando armas. En la portada del Cementerio Central habló primero el Ministro de Defensa general Mendívil en nombre del Presidente, luego el general Pedro Onetti, el diputado Telmo Manacorda, el senador Francisco C. Betelú, los tenientes coroneles Carlos Iribar y Saturnino Colmán, este último jefe entonces del famoso Regimiento N 2, el que se hizo además representar por cuarenta de sus hombres, y en último término el general Francisco Borges. Mandaba las fuerzas del ejército el Jefe del Estado Mayor coronel Victoriano Rovira.

Galarza era el último teniente general del antiguo escalafón. Desempeñó en total 38 años, tres meses y trece días de servicio activo, siete años, dos meses y tres días en situación de reemplazo, y dos meses y trece días en servicios civiles. Dijo de él el ministro Mendívil: "Afable y bondadoso, culto en sus expresiones, con aquella eterna sonrisa que daba dulzura a las líneas fuertes de su fisonomía, atento y caballeresco, de natural sencillez y caracterizada modestia, muy sensible, por su misma gentileza, a la conducta desconsiderada e incorrecta de sus semejantes".

La Biblioteca Americana editó en su honor un lujoso número de su revista "Grandes Figuras", en donde aparecen varias fotografías de interés: abrazando al general Eduardo Vázquez, revistando las tropas en Carrasco, flanqueado por Gabriel Terra y por Tomás Berreta, y otras con el Presidente del Paraguay, general Estigarribia. En todos los aniversarios de Tupambaé, la tumba de Pablo Galarza aparecía hasta hace poco cubierta por un ramo de claveles rojos, ofrenda con la que el general Alejandro Sandoval, fallecido recientemente, testimoniaba sus indeclinables sentimientos hacia su antiguo jefe.

* * *

Si ser histórico —como diría Simmel— es crear algo nuevo, estableciendo en los hechos una nueva configuración a lo ya existente y trasmitido, Pablo Galarza no puede ser considerado sino una prolongación fallida, una virtualidad ya eximida de actuar, segregada de una circunstancia que requería nuevas modalidades de estructuración. Impuso, es cierto, aunque en un radio de acción muy limitado, un estilo de vida, un sentido disciplinario personal, de autoexigencia y de asistencia incluso heroica (su intervención, v. gr., ante los afectados por la creciente y la viruela), una manera de actuar en base a muy definidos rasgos de carácter y personalidad, debiendo obviar para ello la escasa oportunidad que su época le concedía. Pero no podía —pues no estaba predispuesto ni educado para ello— imponer o determinar un sesgo nuevo a la colectividad, acorde con las necesidades del momento. No pudo tomar conciencia, por consiguiente, de la existencia de un "proletariado", de una clase oprimida, ante quienes para él seguían siendo, como para los caudillos de la vieja escuela, hombres que debían sentirse satisfechos —tal pensaba y creía— con sólo participar, así fuera como meros subordinados, en la gestión del jefe. Y desde que su gestión quedó circunscripta en planos inapelablemente determinados por autoridades superiores, a las que no podía siquiera interpelar lanza en mano, desde que sus cualidades personales, otrora ejemplares, no podían irradiar su influjo sino entre las paredes del cuartel, cuando no en peno-

sas incidencias electorales, sin fuerza social, su papel realmente histórico, quedó irremisiblemente relegado, reducido a la dimensión casi abstracta de un prestigio. Como general, como guerrero instintivo y sin mengua, tendrá su oportunidad ante las dos revoluciones de Saravia, pero su brillo será entonces de astro menor, poco más que de comparsa distinguido.

VALOR REPRESENTATIVO DE GALARZA

Han sido muchos los hombres que hemos entrevistado de los que sirvieron a las órdenes de Pablo Galarza, o que lo conocieran personalmente, y es digno de señalar aquí el aprecio y la admiración sin excepciones con que lo recordaban. Fue en gran parte instigado por esos sentimientos que me resolví a efectuar este trabajo. Muchos de los que hubiera querido que lo leyeran ya no existen. A ellos se los dedico, porque a ellos se debe principalmente que yo haya tomado mi resolución. Por nuestra parte, no pude dejar de sentir —y sin ello, creo, nada hubiera podido hacer— una profunda simpatía por la personalidad de nuestro biografiado, en la que sentimos con qué insuperable fidelidad encarnaban algunas de las más relevantes características de nuestra incipiente condición de uruguayos. Si algo nos atrajo en Galarza, fue así su capacidad para ser lo que tenía que ser, tal vez lo mejor que podía ser, dada la circunstancia en que vivió. Estamos lejos de decir que haya sido un arquetipo de validez universal. Otros fueron también lo que tenían que ser, y fueron sin embargo muy distintos. Galarza empezó por encarnar una conexión estrecha con su medio, pero lo que refuerza el interés que nos provoca, es que su aparición se produce en el momento exacto en que el "civilismo" y el progresismo liberal empezaban a jugar sus cartas decisivas y a querer borrar todo resto de "barbarie". No se trataba ya de la oposición de caudillos-principismo, tal como se había manifestado antes del año 80, y según la consideráramos en nuestro estudio sobre Máximo Pérez, aquel otro singular caudillo sorianense. Aquellas instancias aparecían en Galarza, si no reconciliadas, componiendo

al menos una personalidad en donde la oposición quedaba parcialmente reabsorbida, sin mengua alguna para el vigor y sentido con que se manifestaba, la vena más autóctona. Si el caudillo de estas tierras era, como quería Florencio Sánchez, el resultado de una mezcla híbrida de chulo y de charrúa, en Galarza faltaban por cierto aquellos desplantes fanfarrones, aquella verbosidad comadrera y aquellos salivazos por el colmillo que, según Florencio, tendrían su origen en el antepasado chulo. Resaltaba en él, en cambio, la sobria virilidad y entereza del charrúa, su rudeza de lapacho, bajo la apariencia lujosa y los modales depurados que eran su manera de apropiarse, con mesurada prestancia, de los atributos más visibles y redituables de la "civilización". Su valentía natural y el vigor de su temple afectaban así adoptar, como en aquel Joao Francisco que le era tan parecido a ese respecto, una prolijidad en el gesto y en la vestimenta que podía pasar por femenina, lo que redoblaba el magnetismo de una energía domesticada a tal extremo. La modosa afabilidad, el cultivado atildamiento, eran así en ambos una manifestación de fuerza, la expresión de un dominio de sí que impresionaba entonces, sin necesidad de alardes compulsivos, por la latente potencialidad que trasuntaba. Esa contención le procuraba un terreno más propicio a su don de intuición personal y a la rapidez de los reflejos con que hacía sentir su imperio sobre las circunstancias. Pero todas esas cualidades debían mantenerse cada vez más encerradas dentro del círculo de hielo y de hierro con que el civilismo, desde Julio Herrera y Obes, y sobre todo desde Batlle, sometió la altivez del caudillo tradicional, convirtiéndolo en un subordinado cómodamente utilizable para las grandes ocasiones. La década del 80 señaló el instante decisivo de ese viraje. Y si nos detuvimos particularmente en el asesinato del periodista Coello, producido en 1887, fue porque en ese año, y en ese episodio, puede reconocerse el momento culminante del proceso. Desde ese momento, en efecto, Galarza dejó de ser el caudillo de un pueblo para convertirse solamente en una personalidad de muy escasa gravitación política. Las revoluciones de Saravia fueron así una oportunidad casi póstuma, y si en ella pudo aún dar fe

de sus virtudes personales, fue ya en el sector restringido que correspondía más bien a las cualidades del militar de escuela. No pudo ser desde entonces, aún en pleno triunfo, sino un admirable representante de una especie virtualmente desaparecida. Y pudo así parecer casi una exhumación arqueológica su ungimiento a título meramente decorativo en la Junta de Gobierno de Terra. Se le utilizó entonces en aquellas efímeras vacaciones que nuestra ya impuesta conciencia civilista y liberal sufriera durante la tan comentada "dictablanda", traído a escena en un rasgo en donde el sentido de las conveniencias tenía algo de macabro humor. Sólo en ese irreal interregno pudo en efecto servir aún como paradigma de virtudes ya en desuso, y Terra no desperdició la que habría de ser la última ocasión para un caudillo que ya no podía siquiera soñar en llegar a serlo como antes, resignándose al papel subsidiario de apuntalar con su prestigio la estabilidad de un régimen que naciera prácticamente muerto.

EVOLUCION DE LOS CAUDILLOS

Cuando surgió Pablo Galarza, las posibilidades del caudillismo como oportunidad de ejercer poderes carismáticos estaban sufriendo crecientes restricciones. Máximo Pérez había emigrado en el 70, Timoteo Aparicio y los Caraballos dejaron de ser poco después factores decisivos. Proceso parecido se cierra en ese año en la Argentina, en donde puede entonces darse por clausurada la era del caudillo indomeñable. La campaña fue quedando sujeta, en pocos años, a relaciones y controles más estrictos. Desapareció, casi de golpe, el gaucho vagabundo, andariego, el espontáneo colaborador de cuanta patriada o rebelión excitara su instinto libertario. La propiedad rural, con Latorre, empezó rápidamente a estabilizarse, proceso que se aceleró con el subsiguiente alambramiento de los campos. Y desde que el gaucho, ante aquella red de vallas que se interponía en todas direcciones, debió echar pie a tierra y convertirse en desvalido caminante, el estanciero dejó de ser aquel señor feudal cuyo dominio y protección se abría a todos

los vientos y cuyas normas irradiaban con inapelable señorío, para ir convirtiéndose en cabañero calculador, cuando no en administrador a la distancia de sus bienes. Se retrocedía en ese aspecto a la era colonial, en la que convenía al propietario residir en Montevideo o Buenos Aires, con la diferencia de que sus proveedores gauderios reaparecían ahora como domesticados capataces y peones, a lo sumo como sedentarios puesteros. El lugar dejado así vacante por el caudillo rural debió ser ocupado por "el coronel", cuya dependencia del gobierno era desde entonces mucho más estricta. Como reflejo de tal transformación, el gaucho, a su vez, degeneró en "milico". A la mesnada romántica sucedió el regimiento; a la adhesión espontánea, la leva. En soldados y sargentos podía todavía despertarse, sin embargo, la aceptación casi voluntaria de un nuevo género de sumisión, seducidos por la imposición temperamental del comandante. Pero esa adhesión estaba inficionada ahora de obediencia. No podían dejar en efecto de servir, aunque sirvieran a veces con sincera devoción. Lo que antes fuera aventura, expresión de libertad, era ahora humillada servidumbre. El "coronel" no hacía por lo tanto sino conquistar lo que estaba ya bajo su imperio. Convertía a su gente en una fuerza regimentada, a la que no tenía necesidad ya de "moralizar" —como decía Máximo Pérez— con su ejemplo. La autoridad de su grado y la rigidez del reglamento, le eran suficientes. De ahí que no tuviera ya motivos para seguir viviendo regularmente en la campaña. Le resultaba ahora más conveniente residir en poblado, respaldado por su forzada reserva de seguidores, a los que servicialmente concentraba en el cuartel. La inclemencia de la ley lo exoneraba de lo que fuera años atrás una diaria compulsa y seducción de voluntades. Disponía ahora de una reserva de hombres a los que no necesitaba sino ejercitar, para usarla, más como amenaza potencial que como fuerza efectiva y actuante, en el calculado agenciamiento de los cargos y privilegios con que el gobierno premiaba al obsecuente. Debía así empezar por ser un buen subordinado, condición previa e indispensable para poder mantener sus huestes legalmente congregadas. Tal era su carta, su instrumento, la garantía de su influencia. Pero pagaba

la seguridad de ese dominio con la estrictez mucho mayor de su dependencia ante el Estado, de quien debió irse convirtiendo en sumiso personero. Había dejado de ser el lancero que acometía al enemigo campo afuera, para cumplir ahora las misiones harto menos gloriosas del apañamiento de las listas y de la determinación de las tachas. No era ya el jefe proclamado, desde el clásico precedente de La Paraguaya, por el pueblo que lo rodeaba. Su mandante era ahora el gobierno, de quien le llegaba toda prebenda o distinción. ¡En tanto Máximo Pérez recibió su casa de Mercedes a raíz de una espontánea colecta popular, Gervasio Galarza recibirá sus chacras y estancias por decretos del gobierno y de las autoridades departamentales, mientras Pablo, ya al cabo del proceso, recibirá su casa en Mercedes por donaciones casi clandestinas del Presidente Santos. En esas tres maneras de convertirse en propietarios se sintetiza con elocuencia la progresiva despopularización de los caudillos. A lo que podría agregarse que mientras Máximo Pérez despreció esos bienes jugándoselos íntegramente a la única carta de su rebelión final, Pablo se irá convirtiendo en minucioso administrador de los bienes que recibiera de su padre y de Santos, y que aquella radical dilapidación con que Máximo Pérez terminó su vida, se reducirá en Galarza a una meticulosa generosidad, a donaciones, amparos y protecciones que apenas si afectaban un superfluo exceso de su fortuna personal. Al establecer tales distingos, no estamos, por supuesto, juzgando a una persona, sino esbozando a grandes rasgos lo que no era más que el lógico producto de la circunstancia social en que vivía. Dio Pablo pruebas vastas y sobradas del poder irradiante de su personalidad, de una exuberancia temperamental y de un sentido coherente y tenaz de sus relaciones con los acontecimientos, en un grado tal que sería torpe injusticia considerarlo como un mero calculador de beneficios y como un súbdito obsecuente. Sus errores fueron casi todos por exceso, como se vio desde sus primeras actuaciones. Se le acusó, por ejemplo —y dicha versión nos llegó por conducto insospechable— de abusar eventualmente de sus subordinados, obligándolos incluso a llevar a cabo verdaderas redadas. de jovencitas para inescrupulosa

satisfacción de su avidez sexual. Llegaba así a sobrepasar, sin la menor reserva, normas básicas de respeto a los más humildes representantes de sus allegados. Pero no porque careciera de un sentido humano muy profundo y sincero, sino porque la invasora disponibilidad de su carácter, obstruídas como estaban las oportunidades de manifestarse como otrora, debían tomar por esos tenebroso atajos. Sus debilidades nacían así de su propia fuerza. Y es ante esos pecadores por acción excesiva que, aún dentro de las más cristianas de las concepciones —y lo decimos expresamente porque Galarza fue asiduo practicante del catolicismo—, debemos extremar nuestras disculpas, las que no podríamos conceder —como expresara Thibon— a los pecadores por omisión. En el camino hacia la autenticidad, cabe a la demasía un perdón que no puede dispensarse en el mismo grado a la abstención. Y Galarza no fue, después de todo, sino expresión cabal de la híbrida conmixtión de gauchismo y civilismo impuesta por la época, tal como puede apreciarse a todo lo largo de su vida.

INDICE

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

Colección de Bolsillo

1 — **R. J. Payró.** "Crónica de la Revolución Oriental de 1903".

2 — **G. Saad** y **H. Raviolo.** "Antología del Cuento Humorístico Uruguayo".

3 — **José Monegal.** "Cuentos Escogidos".

4 — **C. Visca.** "Emilio Reus y su Epoca".

5 — **E. Fierro.** "Antología de la Poesía Rebelde Hispanoamericana".

6 — **W. Lockhart.** "Vida de dos caudillos: los Galarza".

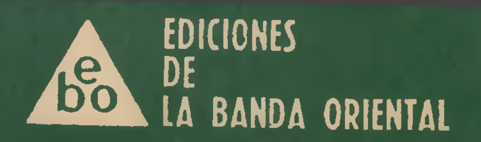
7 — **Juan José Morosoli:** Veinte obras maestras del cuento breve".

8 — **Javier de Viana:** Sus mejores cuentos breves.

Este libro se terminó de imprimir en Rusty S. A. Canelones 950, para Ediciones de la Banda Oriental el día 9 de enero de 1968.

Comisión del Papel. Edición amparada al art. 79, Ley Nº 13.349.





WASHINGTON LOCKHART

Nació en Montevideo en 1914, aunque reside en Mercedes desde los veinte años. Actualmente es director del Instituto José Mª Campos de esa ciudad. Ha publicado en el plano departamental "Historia del periodismo en Soriano", otra "Historia de la escuela en Soriano" y un estudio sobre Máximo Pérez. Fundó la Revista Histórica de ese departamento.

En el plano nacional colabora con el semanario Marcha, siendo asimismo co-fundador de la revista Asir. Con el sello de esta última publicó "El mundo no es absurdo y otros artículos". Mientras termina la preparación de otro volumen de ensayos, acaba de aparecer otro libro suyo "La vida cotidiana en la colonia".